



La Sosa nostra

Alfredo Rivera Flores

Alfredo Rivera encuentra que el papel de Gerardo Sosa Castelán en la vida hidalguense no es una anomalía sino una consecuencia natural del sistema. Ciertamente es que el ex rector de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo ha desplegado sus propias habilidades, una astucia que se aproxima a la inteligencia y una riesgosa carencia de límites, que lo singularizan. Pero su circunstancia lo hubiera impulsado de todos modos hacia el poder.

La obra fue compuesta mediante los procedimientos propios de la investigación académica: la indagación documental, la revisión bibliográfica, las entrevistas personales. Estas últimas estuvieron a menudo lastradas por el temor de los informantes, pues el modo personal de ejercer el poder en *La Sosa Nostra* mantiene la impronta que le marcó su relación con José Antonio Zorrilla Pérez, el hidalguense director de la policía política del régimen priísta que cumple una condena por homicidio.

Eso no obstante, Rivera consideró impostergable escribir este libro. Lo ha conseguido. Es un libro necesario y agradecible. Muchos hidalguenses le expresarán su gratitud por publicarlo. Yo lo hago ahora.

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La Sosa nostra

Porrismo y gobierno
coludidos en Hidalgo

Alfredo Rivera Flores

Prólogo de Miguel Ángel Granados Chapa



*;Sólo le pido a Dios
que lo injusto no me sea indiferente,
si un traidor puede más
que unos cuantos,
que esos cuantos no lo olviden
fácilmente.*

LEÓN GIECO

Primera edición, mayo del año 2004

Diseño de portada: Enrique Garnica Ortega
Fotografía del autor: Héctor Rubio Traspeña
Formación tipográfica: Librería, S.A. de C.V.

© 2004

D.R. ALFREDO RIVERA FLORES

© 2004

Por características tipográficas y de edición
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley

ISBN 970-701-471-7

IMPRESO EN MÉXICO



PRINTED IN MEXICO

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

*A los hidalguenses que fueron
vejados, humillados, afectados en su
patrimonio y violentados en sus vidas
por un grupo porril en connivencia
con los gobernadores.*

Reconocimientos

Siempre consideré que realizar este libro era socialmente necesario y por diversas razones me sentí obligado a tomar por mi cuenta dicha tarea. Imaginé que acceder a la información sería complicado por el largo tiempo transcurrido y, también, paradójicamente, que reciente los hechos narrados contribuiría a dificultar los juicios. Pero sobre todo, el grado de dificultad para la integración de este trabajo derivaría de que un número importante de los protagonistas mencionados en los hechos aquí narrados son en la actualidad políticos o funcionarios de relevancia para la vida pública de nuestra entidad.

Solamente mi convicción del interés de los hidalgenses por develar esa etapa de nuestra historia, y la seguridad de que muchos serían los apoyos recibidos para alcanzar el objetivo fijado, me hicieron abordar dicha tarea.

No me equivoqué. Generosamente fueron surgiendo los recuerdos, las anécdotas, la expresión de puntos de vista e información de todo tipo con los que pude integrar estas cuartillas. Muchas de esas aportaciones, con razón, fueron condicionadas al anonimato, pues consideraron los informantes que podrían ponerse en juego la conservación del empleo, la continuidad de su carrera política e, incluso, su seguridad personal y familiar.

Por ese motivo, omito el mínimo y justo reconocimiento de registrar aquí los nombres de todos los que hicieron posible este documento, y dejo en el ámbito de lo personal mi aprecio y gratitud por su valiosa colaboración, que hoy permite que salgan a la luz pública hechos que nunca debieron haber sucedido y que definitivamente jamás habrán de repetirse.

Estas letras son igualmente deudoras de familiares y amigos que con su paciencia, comprensión y cariño me inyectaron los ánimos necesarios para culminar el texto. Tampoco habré de mencionarlos, pues nuestro trato cotidiano me permite expresarles de viva voz la correspondencia de mis afectos. Sin embargo, pronuncio un nombre: Irma Rubio Traspeña, y el mencionarlo significa: ¡Gracias por todo y por siempre!

ALFREDO RIVERA FLORES

Prólogo

Un libro necesario y agradecible

A mediados de 1998 Alfredo Rivera propició, a solicitud mía, una reunión entre el entonces rector de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Gerardo Sosa, y el autor de estas líneas. Evoco ahora ese momento porque están de nuevo delante de mí ambos personajes, los protagonistas de la obra cuyo prólogo inicio: Rivera es el autor y Sosa el actor central de este libro, resultado de una investigación y una pasión. Subrayo ese encuentro como señal —no única, no la primera, no la última— de la relación civilizada entre ambos participantes de la vida pública hidalguense. Por consecuencia, errará quien atribuya un interés sesgado, un prejuicio irracional al examen que Rivera realiza sobre la presencia de Sosa en la historia de nuestra entidad. No hay en su enfoque nada personal, excepto la vehemencia de quien pugna por establecer con rigor la magnitud del daño que infiere a la colectividad quien privilegia sus intereses particulares sobre los generales.

Alfredo Rivera fue, en sus mocedades, un atleta consumado, campeón en carreras de medio fondo, particularmente en los mil quinientos metros. Recorrer en la pista atlética esa distancia (como los ochocientos metros, como los tres mil) requiere una combinación de destrezas, la que necesitan los velocistas y la que exige la carrera de resistencia. De esas habilidades, del despliegue de esas características se ha compuesto la vida de Rivera, y no sólo su desempeño en las pistas, donde alcanzó campeonatos.

Con prontitud y persistencia a la vez se formó profesionalmente

como contador público al que no le bastó ser hombre de números y se completó siendo hombre de letras. Tras su bachillerato en la escuela preparatoria del Instituto Científico Literario Autónomo, ingresó a la entonces Escuela Nacional de Contaduría y Administración de la UNAM y luego hizo estudios de posgrado tanto en la Universidad del Estado de México, como en la de Grenoble, en Francia. No fue casual la elección de este país, patria espiritual durante siglos de quienes tienen en alto el ejercicio de la libertad.

Perteneciente a una familia prototípica de la cultura del esfuerzo, Rivera fundó la suya propia con características semejantes. Los varios empeños profesionales de Irma Rubio Traspeña, su esposa, la llevaron a edificar (mucho más allá de la instalación material, obra suya también) la gran iniciativa de enseñanza que se acogió a la doctrina educativa, generadora de bienes colectivos, de Celestin Freinet, destinada a formar para la vida.

Rivera mismo ejerció la cátedra, en la escuela de contaduría de la universidad hidalguense, con tal acierto e ímpetu organizador que pronto fue elegido director del plantel. Como fue impulsado por genuinos propósitos de mejoría de la institución, no tardó en chocar contra los intereses creados, las ambiciones espurias y la burocracia engañosa que se han enquistado en esa universidad, cuya génesis está descrita en las páginas que siguen.

Muy claramente a partir de esa experiencia en la vida universitaria local, Rivera se ha hecho un militante de la política y la cultura. Pionero de la unificación de la izquierda, fue candidato a presidente municipal de Pachuca en 1985, postulado por una coalición de partidos casi inexistentes, lo que dio a su afán un carácter casi apostólico. Una década más tarde, creado ya el Partido de la Revolución Democrática, aspiró de nuevo a ocupar la alcaldía, con el apoyo de esa agrupación que necesita con urgencia mostrarse a la altura de las expectativas que suscitó su fundación, como respuesta al autoritarismo del PRI, el conservadurismo panista y el oportunismo del resto de las formaciones políticas. En ese parti-

do, Rivera ha sido pugnaz luchador por la democracia interna, por evitar que los intereses de grupo, de pandilla a veces, se impongan sobre los programas del partido, sobre sus postulados doctrinales, sobre sus propuestas éticas. No es un francotirador, ha elegido no serlo, y por eso buscó siempre la actuación conjunta con quienes predicán el mismo credo. Pero cuando ha descubierto que tras las palabras dignas se esconde la marrullería, la traición, la puesta de las convicciones en el mercado, disponibles para el mejor postor, no ha vacilado en denunciar activamente la distorsión en los objetivos de su partido.

No es, pues, un sectario que oculte los vicios de su bandería. Por lo contrario, si algo distingue su talante en la vida pública es, por un lado, su capacidad de diálogo, su búsqueda de coincidencias, su disposición para el debate de las ideas, que sustituya el intercambio de insultos y de improperios. Y, por otra parte, esa inclinación suya a la conversación pública lo ha llevado a practicar diversas formas de periodismo y de promoción cultural. Como autor de artículos y columnas, como director o animador de proyectos editoriales ha ejercido una militancia paralela a su activismo político sin dejar que se confundan una y otro. Su presencia organizadora se percibió en *La Mecha*, *La Calle*, *Nuevo Día*, *Visor*, que han sido intentos de contar con publicaciones periódicas que contribuyan al ensanchamiento de la vida pública, como lo ha sido la librería Espacio Cultural en la esfera del espíritu, de la creación, del arte. Cada sábado, desde hace muchos, su "Especial de las diez" se muestra como un ejemplo de creatividad radiofónica, atento su autor a estímulos que proceden de los cuatro vientos.

En fechas recientes, amén de su colaboración semanal en el diario *Síntesis*, Rivera ha dedicado su energía a participar y promover en el estado las tareas de Libertad de Información, A.C. (Límac), una agrupación que ha influido de modo determinante en la adopción de criterios y normas para la transparencia y el acceso a la información pública.

Todo lo anterior, toda la biografía de Rivera conduce inevitablemente a la escritura de este libro, que centra su atención en una persona, pero la ubica con amplitud en su entorno político, en su contexto histórico. Al examinar el trayecto vital de Gerardo Sosa, el autor encuentra que su papel en la vida hidalguense no es una anomalía, sino una consecuencia natural del sistema. Cierto es que el ex rector de la universidad hidalguense ha desplegado sus propias habilidades, una astucia que se aproxima a la inteligencia y una riesgosa carencia de límites, que lo singularizan. Pero su circunstancia lo hubiera impulsado de todos modos hacia el poder.

Como se leerá en las páginas que siguen, el sindicato estudiantil del que procede Sosa, y sobre cuya estructura montó su ascenso, fue parte del sistema político estatal como lo fueron otras corporaciones. Los dirigentes universitarios, que aspiraban no a servir sino a servirse, daban rienda suelta a su aspiración de empleados públicos actuando como dependientes de los gobernadores y de jefes de familias políticas. Al concluir sus estudios de derecho (en una escuela cuya organización era tan laxa que corría la especie de que para ser abogado allí sólo había que cumplir dos requisitos: inscribirse y no morir), hizo apadrinar a su generación por el gobernador Jorge Rojo Lugo, que después impulsó su carrera poniéndolo al frente de un artificial sindicato de servidores públicos aunque Sosa no hubiera tenido nunca una plaza de tal naturaleza.

Como ocurrió en Colima, en Jalisco, en Tamaulipas, la federación estudiantil fue plataforma para el control de la universidad entera, en donde la excelencia académica cedió su lugar a la eficacia organizativa en provecho del mandón, que durante un tiempo se contentó con ser rector en la clandestinidad hasta que, sin escrúpulo alguno —pues no puede citar en su currículum obra ni iniciativa alguna que justifique esa distinción— resolvió ocupar directamente la eminente posición desde la cual amplió sus aspiraciones políticas. Diputado local en sus mocedades, impulsor de alcaldes que le rinden tributo, diputado federal, avizoró desde la

rectoría, hacia 1998, la posibilidad de alcanzar la gubernatura. Desvió en servicio de ese propósito recursos públicos, que a la larga se concentraron en la Fundación Universitaria, convertida por arte de birlibirloque en una enigmática Fundación Hidalguense en cuyo dominio funda Sosa sus actuales, renovadas aspiraciones de ser gobernador.

La estructura política priísta, las relaciones entre los grupos dominantes, los negocios que desde el poder se realizan, los acontecimientos delictuosos que desde allí mismo se dispensan, y al mismo tiempo los esfuerzos no por infructuosos menos dignos de los reducidos segmentos que postulan la verdadera práctica universitaria y una más ancha vida democrática, todo está cifrado en este libro, obra con que se abre un nuevo empeño editorial de Rivera.

La obra fue compuesta mediante los procedimientos propios de la investigación académica: la indagación documental, la revisión bibliográfica, las entrevistas personales. Estas últimas estuvieron a menudo lastradas por el temor de los informantes, pues el modo personal de ejercer el poder en la Sosa Nostra mantiene la impronta que le marcó su relación con José Antonio Zorrilla Pérez, el hidalguense director de la policía política del régimen priísta que cumple una condena por homicidio.

Eso no obstante, Rivera consideró impostergable escribir este libro. Lo ha conseguido. Es un libro necesario y agradecible. Muchos hidalguenses le expresarán su gratitud por publicarlo. Yo lo hago ahora.

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

Introducción

Nací hidalguense. Me hice universitario. Cuando muy joven, esto es hace muchos días, acudí como alumno a esa institución que cambiaría sus siglas de ICL a ICLA, para finalmente constituirse en lo que a la fecha es la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Aunque mis estudios de licenciatura los culminé en la UNAM, pronto ocurrió lo que yo me pronostiqué desde temprana edad: volví a Pachuca y fui catedrático universitario. El honor de impartir clase dentro de esos muros se vio multiplicado cuando en 1974 fui electo director de la Escuela de Contaduría y Administración. Aunque luego la vida me llevaría a universidades extranjeras, mi corazón me impelió a volver siempre a la mía, a la UAEH. No fue fácil, pero tuve suerte; un día me sorprendieron mis sesenta años parado frente a un grupo de estudiantes hidalguenses.

Mi vida, pues, ha caminado en sendas cercanas siempre a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Fui el niño que soñaba con ascender sus escalinatas de la calle de Abasolo, el jovencito que las subió y soportó las novatadas, el estudiante de trigonometría que sufría con las fórmulas, el muchacho de los libros bajo el brazo, el enamorado de la tierna compañera de clases, el orgulloso defensor de la camiseta deportiva, el apenas profesionalista que debutaba ante un grupo, el maestro que se esforzaba por dejar en sus alumnos algo más que el conocimiento necesario para distinguir los cargos de los abonos, el director de la escuela trabajando por engrandecer la institución, el viejo maestro que cumple con un cometido. Durante todos estos años mi principal esencia ha sido el ser universitario, mi fe absoluta ha estado en las inteli-

gencias jóvenes que se suman al mundo de los estudios profesionales, y mi casa ancestral, la de la universidad de Hidalgo.

Durante este largo devenir de mi vida ligada a la universidad, ni mi carácter, ni mi simple gana, me han permitido presenciar las transformaciones de esa casa de estudios como un mero observador imparcial. Todo lo contrario, invariablemente he tratado de participar, de incidir. Lo intenté directamente desde las planillas estudiantiles, desde las juntas de maestros, desde el Consejo Universitario, desde las reuniones de directores, desde la política universitaria. Lo intenté indirectamente desde las publicaciones internas, desde la prensa y radio del estado, desde la investigación social, desde la política partidista. Lo he intentado siempre en millares de pláticas con los estudiantes, dentro y fuera de las aulas. No levantaré ahora el pendón de la inocencia; inocente no he sido, he querido siempre influir en el destino de la universidad. He querido incidir para hacerla mejor en lo que considero las mejores causas. Reconozco que no he logrado mucho y que podría estar equivocado. Pero creo que no.

Me he visto forzado a hacer este breve recuento para ofrecer al lector una plataforma desde donde comprender la gestación de este libro. Estas páginas no son una investigación encargada por la academia, no son una búsqueda de las regalías editoriales, no nacen con afán de golpear a carrera política alguna, no son una apuesta al viejo sueño de convertirme en escritor, no son resultado de la inspiración divina y seductora, no pretenden la pureza de la objetividad. Este libro es un eslabón más de esa cadena que ya he explicado: de ese proyecto de vida, de ese interés por participar, de todos esos años de análisis. Se sabe que quien no conoce la historia está condenado a repetirla; espero que al señalar aquí hechos que son bochornosos para cualquier universitario, cancelemos la posibilidad de que los volvamos a sufrir. Eso sólo justificaría la aparición de estas páginas.

Aquel lector hipotético que busque una historia de la Universi-

dad Autónoma del Estado de Hidalgo hará bien en abandonar la lectura ahora mismo. Para los fines de este trabajo no son importantes las fechas de la fundación o transformación del instituto, como tampoco la espectacular (y manoseada) historia del edificio de la calle de Abasolo, ni reproduciremos aquel decreto famoso donde se le reconoce su autonomía. Tampoco encontrará las tablas de crecimiento de la base estudiantil, ni de la plantilla de profesores. No contaré la leyenda de los fantasmas que rondan por los pasillos, ni por qué se eligió a la garza como su símbolo. No haré un reconocimiento a los catedráticos más destacados de su historia ni elogiaré la modernidad de sus nuevos edificios.

Mas no por ello se piense que el libro carecerá de interés, pues a cambio describiremos cómo se transformó nuestra universidad durante el último medio siglo, teniendo como base la conciencia de que una institución se transforma por la influencia de sus hombres y sus mujeres.

A esta institución la forjaron sus estudiantes, sus autoridades y los gobernantes del estado. Respecto de los estudiantes, al principio la responsabilidad cayó en los más inteligentes, los más cercanos a los libros, luego en los más políticos que aprendían de los juegos de poder de sus mayores y querían la representación estudiantil para labrarse su propia carrera en el servicio público. Más tarde, cuando se descubrió la fuerza política y económica que el representar al gremio estudiantil propiciaba, la política fue desplazada por la fuerza, el abuso y el miedo. Algún día, cuando el tiempo deslave las causas, las fechas y los nombres determinados, será difícil explicar a las generaciones del futuro cómo es que un grupo de rufianes armados comandaron a los vándalos descerebrados y mandaron a su antojo en la máxima casa de estudio, cultura y educación del estado de Hidalgo.

Los rectores, por su lado, en tanto autoridad máxima de la universidad, tuvieron también su qué ver. Hubo de todo: unos bien intencionados y otros que usaron el puesto para catapultar su pro-

pia carrera; honestos o verdaderos ladrones del inmenso presupuesto que podían utilizar sin rendir cuentas prácticamente a nadie; gente de estudio a quienes los libros no les eran objetos extraños y otros que lograron la rectoría cuando mejor les hubiera correspondido estudiar el bachillerato. Unos y otros dejaron su huella en la transformación universitaria, honda o tenue, para bien o para mal. También es cierto que todos ellos tuvieron que lidiar con una federación de estudiantes convertida en fuerza cada vez más poderosa y llena de soberbia, y con sus dirigentes que fueron mafiosos temibles. Y del otro lado con gobernadores que exigían al rector tranquilidad en la grey, silencio, calma, no estorbar.

Porque los gobernadores fueron el tercer factor de incidencia sobre la conformación de la universidad, y otra vez hubo de todo, como en botica. Los atrevidos que quisieron domar a la FEUH e imponer al rector; los aristócratas que no trataron ni con unos ni con otros y simplemente caminaron por una vereda donde no se los toparan; los que los inundaron de billetes públicos para comprar su incondicionalidad y hasta los que les temieron.

Este último medio siglo conformó, moldeó, inventó una máxima casa de estudios que fue haciéndose hasta caer en lo que es hoy la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Con sus virtudes y defectos, con su pasado y su porvenir, esta universidad es el resultado de los afanes de todos los que por allí pasamos. Pero de entre todos sobresale una figura, un hombre que fue sin duda quien mayor influencia tuvo para hacer de la universidad lo que hoy es; su nombre: Gerardo Sosa Castelán.

Estudiante sin brillo, líder por la fuerza de su carácter y la certeza de sus puños, hábil para crear alianzas, bronco comandante de sus subordinados, enemigo temible, se hizo dirigente estudiantil y desde el cargo inventó una nueva FEUH. Utilizó a los estudiantes, protegió a los vándalos, amedrentó a los profesores, propició enfrentamientos y terror, cimentó su fuero sobre la fuerza de los golpes y de las armas. Todo con un fin: tener el poder.

Gerardo Sosa Castelán se hizo del poder y lo empleó en su beneficio. Dirigió la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo, la FEUH; cuando dejó de ser su presidente pasó a ser simplemente su jefe: aquel que designaba al dirigente y le ordenaba su comportamiento.

No contento con ello, incursionó en los sindicatos, se hizo de la universidad toda, la dirigió a trasmano desde la secretaría general imponiéndose a un rector pusilánime; se hizo, a su vez, nombrar rector cuando le fue posible y propicio. Dejó la rectoría sin dejar el mando para convertirse en, valga la contradicción, líder moral de la universidad. Continuó su insaciable búsqueda del poder en la función pública; apenas ha concluido su encomienda como diputado federal por nuestro estado y va a buscar ser gobernador. Está seguro de conseguirlo.

Si Gerardo Sosa se postula como candidato a gobernador del estado, como seguramente hará, no tendrá de ninguna manera mi voto; su manera de hacer política me causa repulsa y su pasado le condena. Pero tampoco es una persona a quien yo odie, no somos enemigos o, al menos, él no lo es mío. Mantenemos un trato respetuoso y hasta cordial. Algunas ocasiones hemos compartido la misma mesa y bebido del mismo vino. Estos rarísimos encuentros no se han dado por cuestiones sociales; hemos siempre intercambiado opiniones políticas. En ese campo nuestras posiciones son antagónicas e irreconciliables como podrá constatarse en lo que he publicado en la prensa a lo largo de los años.

Pero, en fin, cuento esto también para poner en su sitio la péfida y simplista versión de que el objeto de este libro, sobre todo al aparecer en un momento político tan estratégico, es el golpear a Sosa para dificultarle la candidatura de su partido a la gubernatura. La verdad es que la empresa no me importa, su partido no es el mío y seguramente trabajaré en contra de esa candidatura la encabece Gerardo o no. Diré más: aun cuando Sosa Castelán no tiene mi simpatía, no diría que sus contendientes a la nominación priísta son mejores que él.

Aclarado esto, supongo que no habrá que añadir nada para dejar claro que el objeto de la ardua labor de preparar un trabajo como el presente es la institución de enseñanza. Miles de jóvenes hidalguenses se suman año con año a sus filas. Ellos necesitan algo más que edificios adecuados y maestros puntuales; requieren de una política cultural y deportiva, de un alto nivel académico y de investigación, y sobre todo de una organización democrática. La frase cliché de que esos estudiantes un día tomarán las riendas del estado, es cierta. Por eso es necesario no fabricar más profesionistas mediocres.

Cada uno debería de contribuir a moldear la universidad que queremos para el futuro. Ese es mi credo. Recordar los errores que se han cometido en el pasado es una forma de prevenir su repetición. A ello aspira este libro. Un libro que, como casi todos, debe su concepción al amor; en este caso, el mío infinito por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

PACHUCA, HIDALGO, ENERO DE 2004

Primera parte

La organización

Las huellas de la FEUH

PACHUCA, CIUDAD TRANQUILA

Toda la vida estuvo a un costo de la carretera México-Pachuca un viejo letrado que anunciaba: "Pachuca, ciudad tranquila" y en efecto lo era. La segunda mitad del siglo pasado la ciudad se debatía entre la paz, el lento ritmo provinciano y la modernidad y dinamismo con el que cotidianamente pretendía contagiarnos la capital del país. Todo se daba en absoluta calma.

La política solamente de manera excepcional producía sobresaltos significativos, como el protagonizado por la lucha entre los enormes egos de Luis Echeverría y Manuel Sánchez Vite que culminó con la caída del gobierno que encabezó efímeramente el médico Otoniel Miranda. Los cacicazgos locales mantenían y acrecentaban la fama de Hidalgo como estado priísta y las gubernaturas y presidencias municipales se ganaban por el partido en el poder sin rivales de consideración al frente. "Carro completo" era la expresión cínica y satisfecha con que presentaban los abultados resultados que cada vez más inflados amenazaban con alcanzar el tope del 100 por ciento a su favor.

La naturaleza era igualmente benigna con los pachuqueños. En 1949 se había producido la última inundación, que originara muerte y caos, y ya ningún río se salía de madre. Ni siquiera la euforia futbolística había prendido con el ímpetu que le dieron en épocas recientes los comerciantes del balompié y que provo-

caron tumultos en las frecuentes decepciones y en los raros campeonatos.

Vientos de violencia

Y sin embargo, en 1964 se había creado un organismo de representación estudiantil que pronto habría de alcanzar el nefasto poderío que violentó la rutina durante las décadas posteriores. La natural fogosidad juvenil, la presencia de algunos líderes carismáticos, pero sobre todo las mutuas conveniencias que descubrieron gobernantes y líderes estudiantiles, propiciaron una época violenta que pronto transitó de los golpes y pequeños latrocinios al uso cotidiano de las armas y el vandalismo a gran escala, sin reconocer freno ni autoridad, llegando incluso al asesinato.

Larga, muy larga fue la cadena de hurtos y vejaciones que sufrieron principalmente los habitantes de Pachuca y Tulancingo, pero a la que cada vez estuvieron más expuestos los residentes de otros municipios. Esa circunstancia negativa no se circunscribió solamente a las fronteras de la entidad, pues algunos de sus actos tuvieron repercusión nacional.

En ese renglón del vandalismo estudiantil hubo brotes violentos e incluso sangrientos en universidades como las autónomas de Guerrero, Sinaloa y Puebla, o en la Benito Juárez de Oaxaca; pero tal vez la organización más parecida, que incluso sirvió de modelo de diversas maneras a los líderes hidalguenses, fue la tristemente célebre Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG).

Una diferencia esencial entre el activismo de las universidades mencionadas y la de Hidalgo radicaba en que los movimientos estudiantiles del resto de las universidades estaban impregnados de una definición ideológica; lo mismo los comunistas poblanos que los llamados "enfermos" de Sinaloa, o los guerrerenses y oaxaqueños proclives a los movimientos guerrilleros; en cambio en Hidalgo la agitación no tenía mayor propósito que el del beneficio per-

sonal y de grupo, así como el del intercambio de apoyo e influencias con los políticos simplemente para alcanzar o mantener el poder en pocas manos. ¿O sería eso lo que lo definía?, ¿se trataba del priísmo universitario?

TRES BOTONES DE MUESTRA

Como se verá en la lectura de las páginas subsecuentes, los hechos delictuosos en que participaron los líderes feuhistas fueron incontables. En este capítulo habremos de destacar tres botones de muestra.

El primero, el asesinato del estudiante de arquitectura de la UNAM, Fernando Sánchez Vega; ejemplo del ataque masivo, anónimo, estúpido, sin intereses personales ni de grupo, simplemente producto del clima bravucón y violento que ellos mismos habían creado.

El siguiente, la quema del palacio municipal de Tulancingo, donde una circunstancia fortuita fue aprovechada por el gobernador en turno para castigar al funcionario que otro poder le había impuesto al tiempo que recomponía sus cuadros, sin importarle la ruptura del orden constitucional, utilizando para ello a los estudiantes universitarios cuyos líderes sabían que finalmente serían ellos los beneficiados.

El tercero, el secuestro del delegado nacional del Partido Revolucionario Institucional, Miguel Ángel Barberena, para obtener "el palomeo" de los aspirantes estudiantiles a las candidaturas a diversas alcaldías, haciéndose evidente en esa acción la conciencia de grupo con fortaleza política que trabajaba para su propio beneficio.

Asesinato de un estudiante

El 23 de noviembre de 1985 un grupo de integrantes de la FEUH se introdujeron violentamente a un baile de graduación de la Prepa-

ratoria 1, que se celebraba en el auditorio del Sindicato Único de Trabajadores del Poder Ejecutivo de Hidalgo. En algún momento, uno de los estudiantes que encabezaban el grupo feuhista quiso obligar a la pareja de un estudiante de la universidad nacional, que asistía a la graduación de su hermano preparatoriano, a que bailara con él, por lo que llegaron a los golpes. Fueron separados, pero los feuhistas se juntaron y en bola arremetieron por el desquite, siendo los hermanos Fernando, Alberto y José Antonio Sánchez Vega, alumnos de la UNAM los primeros, el principal blanco de su ira; los sacaron a golpes del salón, en la calle los continuaron vapuleando y finalmente los dejaron tirados, huyendo los atacantes. El padre de los hermanos, al acudir en auxilio de sus hijos apreció que Fernando, de veintidós años, había sido herido con un estilete y se desangraba. Murió antes de recibir atención médica en tanto que sus hermanos resultaron con heridas graves.

Los nombres y apodos de todos los dirigentes feuhistas se manejan como participantes en la gresca. Se inicia la averiguación previa número 12/H/1183/985 y nunca prospera. En el ámbito de la universidad, y en el mismo mes de noviembre, es expulsado Alfredo Monroy ("El Mugres" o "El Mugroso"), ex presidente de la Preparatoria 1, implicado en el asesinato de Fernando Sánchez Vega y se da por terminado el asunto.

La familia Sánchez, ampliamente conocida en la ciudad y de una histórica tradición de trabajo de calidad en la carpintería y ebanistería, fue amenazada para evitar que continuaran con la demanda. El pánico se apoderó de la familia pues por las noches recibieron telefonemas de voces anónimas que a nombre de José Antonio Zorrilla, por entonces director de la temida Federal de Seguridad, les advirtieron que más les convenía olvidarse de la denuncia, pues si no, los otros hijos la habrían de pagar.

Pero al filtrarse a la opinión pública detalles de la despiadada golpiza y la impotencia del padre, que solamente acertó a lanzarse sobre el cuerpo de su hijo en un vano intento de protegerle, la

población se agitó. Se multiplicaron las expresiones de repulsa contra el grupo delictivo; especialmente los clubes de servicio y las organizaciones empresariales se manifestaron. Sin embargo, todavía habrían de ocurrir muchos hechos violentos más para que el repudio a la mafia estudiantil se organizara. La averiguación sobre el traumático asesinato fue olvidada por las autoridades y la incapacidad de Guillermo Rossell para poner en orden al grupo vandálico se ratificó una vez más.

Quema del palacio municipal de Tulancingo

Luis Alberto Roche Carrascosa era reconocido en Tulancingo por ser alma y corazón de una amplia cantidad de instituciones filantrópicas. Figuraba como fundador de once organizaciones no gubernamentales que lo mismo pretendían mejorar las condiciones de vida de los ancianos que impulsar la formación de músicos y orquestas, pero sobre todo porque mantenía una cruzada en favor de la ecología.

Durante el gobierno de Jorge Rojo Lugo, Roche se integró al servicio público a cargo de los asuntos económicos con nivel de secretario, y ya en el mandato de Rossell de la Lama, impulsado por el presidente del PRI nacional Adolfo Lugo Verduzco, quien era su amigo, fue designado candidato del PRI a la alcaldía de Tulancingo, en contra de los intereses del mismo Rossell, quien había impulsado para esa designación a su amigo Fernando de la Peña.

El ejercicio del ingeniero Roche no resultó fácil, frecuentemente era exhibido por el gobernador y tratado con insultos, hasta que en septiembre de 1985 se le presentó al gobernador la oportunidad de actuar definitivamente contra Roche.

Tulancingo había visto crecer el poderío de los porros que, amparados por las dirigencias estudiantiles de Pachuca, hacían y deshacían. Su vandalismo constantemente les enfrentaba con las fuerzas del orden. El 18 de septiembre del mencionado año la po-

lucía detuvo a un estudiante que manejaba ebrio. Poco después, un numeroso grupo de estudiantes preparatorianos atacaban la Comandancia Municipal y golpeaban con palos a los policías. En los forcejeos el policía Ernesto Ríos López disparó a Tomás Carbajal Islas en el estómago; aunque él mismo recibió un balazo en la mano y fue golpeado salvajemente. El estudiante fue trasladado para su atención al Hospital General de la ciudad de México.

El día siguiente, desde las seis de la mañana, mientras la capital de la república era flagelada por un sismo devastador, en Tulancingo se difundió un mensaje radiofónico citando a todos los estudiantes de la Preparatoria 2. Por la mañana salieron de Pachuca rumbo a aquel municipio dos autobuses con estudiantes de la Preparatoria 3; algunos iban armados.

A mediodía, los estudiantes encabezados por Zenaido Meneses, presidente de la FEUH, recorrieron las calles de Tulancingo lanzando cohetes, gritando y amenazando para que el comercio cerrara. El secretario municipal, Pedro Soto Ortega, presentó su renuncia.

El día 20 las renunciaciones continuaron en la administración municipal. Los responsables de Comunicación Social y de Acción Social y Contraloría dejaron sus puestos; Luis Roche pidió el apoyo del pueblo. Los policías del municipio conurbado de Santiago Tulantepec abandonaron el servicio temerosos de ser atacados.

Creció el clima de tensión y explotó cuando se dio a conocer la muerte del estudiante lesionado, aún más porque no se aclaró que su fallecimiento fue a consecuencia de los sismos y no por la bala recibida. Así que cuando Luis Roche, conminado a renunciar por los funcionarios de Rossell, se niega, todo estaba listo para que actuara el congreso, controlado por el gobernador mediante su presidente Jaime Daniel Baños Paz, abogado que le debía el puesto a Rossell.

En tal circunstancia, el 22 de septiembre de 1985 a las tres de la tarde se decretó la desaparición de poderes en el municipio de Tulancingo; pero antes, la sociedad tulancinguense viviría un día

de sobresaltos. Cerca de las dos de la mañana hubo un bombazo a un costado de la presidencia municipal y otro más en la casa de la cultura; a bordo de una camioneta *pick up*, varios individuos realizaron disparos contra la presidencia municipal; se quedó sin agua el 60 por ciento de la población al ser saboteado el sistema de bombeo del pozo; en vehículos de todo tipo arriban estudiantes de diversas escuelas universitarias que recorren las calles en tropel.

El coordinador del congreso, Jaime Daniel Baños Paz se trasladó al hotel La Joya apoyado por una treintena de patrullas para instalar el Consejo de Administración Municipal. La sorpresa, que por supuesto corresponde a una lógica política evidente, se presentó al ser nombrado Aurelio Marín Huazo presidente del consejo que gobernaría en Tulancingo. Marín, quien contó desde su inicio político con el padrino del ex gobernador Rojo Lugo, había sido presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, diputado local y dirigente del sector popular del PRI.

Por la tarde, el centro de la agitación se trasladó al panteón municipal de San Miguel, rumbo al libramiento para Cuauhtepac, donde, en tanto, se llevaba a cabo el sepelio del estudiante muerto: todo el mundo sabía que se pretendía quemar la presidencia municipal. Los líderes estudiantiles habían estado en el velorio y al terminar el sepelio salieron encabezados por Zenaido Meneses en más de cincuenta camiones y otros vehículos. Desde las ventanillas los estudiantes blandían armas de distintos calibres.

Al llegar a la presidencia la encontraron desierta, pues sus cuatro guardianes se habían retirado. Los estudiantes quebraron a pedradas los vidrios, sacaron de un taller ubicado al otro lado de la carretera tanques de gasolina de 50 litros que tenían preparados e iniciaron la quemazón.

Sí, el vandalismo estudiantil desatado, pero tras ellos "la mano que mece la cuna"; el día 27 Zenaido Meneses fijaba su postura: "acudí al gobierno a pedir la destitución del cuerpo policiaco de Tulancingo; entonces el profesor José Guadarrama (secretario de go-

bierno) comentó sobre la posible destitución de Roche, pues no era del agrado del gobernador Rossell. Lugo Verduzco (presidente nacional del PRI) telefónicamente me encargó la seguridad de Roche Carrascosa, por ello me entrevisté con él en el hotel La Joya, le pedí sacrificar al secretario municipal Pedro Soto Ortega y que Juan José Ocadiz Canales ocupara su lugar.”

Una ficha de la Secretaría de Gobernación del 23 de septiembre de 1985 señala que Rossell de la Lama le dijo a Pablo González Ruelas, director de dicha secretaría, que elementos de su gobierno detectaron como colaboradores de Zenaido en los hechos violentos a Fernando Delgadillo Anaya y a Marco Antonio Ortega Olvera, ex agentes de la extinta Dirección Federal de Seguridad durante la época de Zorrilla Pérez, y pidió un grupo especial de agentes para detenerlos. Igualmente, solicitó llamar a cuentas a Zenaido para saber los motivos que tenía para subvertir el orden público constantemente, pues ante la renuncia de Roche ya no había motivos para que Zenaido incitara al incendio y saqueo de las oficinas públicas.

Posteriormente José Guadarrama Márquez, secretario de gobierno; Andrés García Montaña, procurador; Jaime Flores Zúñiga, presidente del Tribunal Superior de Justicia, y Jesús Adolfo Paniagua Espinosa, director de Seguridad Pública y Tránsito en la entidad, presentaron a nombre del gobierno la denuncia por daños a los inmuebles. Por supuesto, se trataba solamente de un acto protocolario que no llevó a ningún castigo.

Todavía Aurelio Marín Huazo, flamante presidente del apenas creado Consejo Municipal, hizo transmitir en la estación radiofónica NQ de Tulancingo el siguiente mensaje: “por la brutal represión policiaca hacia los pobres estudiantes culpo y responsabilizo a la anterior administración”. Y como todo alboroto conlleva múltiples intereses, otro grupo de estudiantes rompieron los cristales de la NQ en tanto protestaban contra la designación de Marín Huazo, pues ellos querían como presidente del Consejo Municipi-

pal a Cesáreo Márquez Alvarado, íntimo amigo de Gerardo Sosa y director de Servicios Escolares en la universidad.

Secuestro del delegado nacional del PRI

En noviembre de 1984 el problema que se le presenta al gobernador Rossell es de magnitud nacional. Se trataba de que el juego político interno del PRI tenía un nuevo actor: la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo y a través de su caudillo venía exigiendo una cuota de candidaturas a alcaldes superior a la que los sectores tradicionales del PRI demandaban: ¡17 candidaturas era su exigencia! Los buenos oficios políticos del gobierno ya les habían otorgado cerca de la mitad, pero se entendía que cumplir la demanda total era un absurdo.

La situación se complicaba más porque los estudiantes para los que pedían muchas de las candidaturas eran rechazados por la clase política de los municipios que deseaban representar y los cuadros locales amenazaban con no disciplinarse y llevar a cabo movilizaciones. El caso era especialmente delicado en Zempoala, donde la federación pretendía imponer a Ariel Meneses Pérez, hermano de Zenaido. El malestar en Atotonilco el Grande no era menor, ante la imposición que pretendían de Mario Salinas como candidato.

Cuando el tiempo para el registro se agotaba parecía que dirigentes y partido llegarían a un acuerdo; pero los representantes de Rossell cedieron a las presiones de los políticos de Atotonilco el Grande y sustituyeron a Mario Salinas, que ya había sido palomeado favorablemente en la lista, y con ello se rompieron las negociaciones.

Al mediodía del 14 de noviembre de ese 1984, unos 150 integrantes de la FEUH, fuertemente armados con pistolas y metralletas, llegaron al edificio del PRI estatal ubicado a un costado del Parque Hidalgo, subieron hasta las oficinas del delegado nacional del par-

tido, el ingeniero Miguel Ángel Barberena, y, en medio de jalones y patadas, lo secuestraron ante el azoro de los políticos presentes y la impotencia de los vigilantes.

Arrancaron sus vehículos y formando una columna de verdaderos capos se dirigieron al rancho que en las afueras de la ciudad les había sido donado por Rossell. Éste simplemente sobrevolaba el lugar en el helicóptero de gobierno. Horas después sus negociadores se habían puesto de acuerdo con los estudiantes. La casi totalidad de las candidaturas demandadas les habían sido concedidas. Poco duraron las manifestaciones de rechazo de los habitantes de Zempoala y otros municipios: si no los convencía el aparato gubernamental, lo hacía la fuerza bruta de la federación.

De tal manera quedaron bajo el control político de la federación, entre otros, los siguientes municipios: Acaxochitlán, Atotonilco el Grande, Cuauhtepic, Santiago Tulantepec, Eloxochitán, La Reforma, Omitlán, Zapotlán de Juárez, Zempoala y Singuilucan. No hubo ningún argumento político para que fueran éstos y no otros los municipios bajo el poder de la federación estudiantil, simplemente hubo dirigentes feuhistas oriundos de esos municipios o grupos locales que buscaron el cobijo de la FEUH.

Los periodos gubernamentales

LA CONNIVENCIA

Los líderes que dirigieron la federación de estudiantes universitarios durante casi cuarenta años se desempeñaron con distintas tonalidades e igualmente influyeron y fueron determinados de muy variadas maneras por los rectores y gobernadores con los que coincidieron en su ejercicio; por esa razón, abordaremos el conocimiento de la federación agrupando a los protagonistas por sus características relevantes (véase el cuadro resumen en el apéndice).

PERIODO ROSA (1964-1968)

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1964	Adalberto Chávez Bustos	Juventino Pérez Peñafiel	Carlos Ramírez Guerrero
1965			
1966	Jaime Flores Zúñiga		
1967			
1968	Leopoldo Guasso Sánchez		
1969			

Así comenzó...

La historia parecía simple. En realidad lo era, además de común en los centros escolares: un grupo de amigos comparten sus sueños y juran que hermanados habrán de alcanzar todos los puestos políticos, el éxito, el dinero, las mujeres, la fama; en fin, que van a conquistar el mundo.

Los juramentos se hacían en uno de los pocos edificios bellos de la, por entonces, aún provinciana capital hidalguense: el que albergaba a la escuela normal Benito Juárez. Adalberto Chávez Bustos acababa de ganar la presidencia de la sociedad de alumnos y había sido acompañado en el empeño por sus amigos Rubén Carreño Carrillo y Élmér Hidalgo. Pronto se les unirían Jaime Flores Zúñiga, Hernán Mercado Pérez y Eduardo Herrera.

El profesor Javier Hernández Lara, secretario de la normal con un puesto en el PRI y miembro del grupo político magisterial de Manuel Sánchez Vite, charlaba con esos estudiantes y les ampliaba horizontes. Uno de éstos consistía en la formación de un organismo estudiantil más amplio, una Federación de Estudiantes Hidalguenses que aglutinara a los estudiantes de la normal y, por supuesto, a los del politécnico y la universidad.

Las cosas no se dieron como habían planeado. Los dirigentes del politécnico, con un perfil demasiado técnico, adultos y con otras responsabilidades, no se interesaron en actividades de grilla que quitaban el tiempo. Los preparatorianos, dirigidos en aquel entonces por Salvador Guasso, vieron "menos" a los representantes de una institución mayoritariamente formada por mujeres y con un título de menor prestigio (normalista) y no le entraron.

Pero los que soñaron con esa federación de estudiantes no se desanimaron, simplemente esperaron una mejor circunstancia. Ésta se dio cuando todos ellos, cursando o ya terminada la carrera normalista, se inscribieron en la preparatoria y después en la Escuela de Derecho. Ahí, nuevamente Adalberto Chávez los encabezó y ganó la presidencia de la sociedad de alumnos. Entonces buscaron a los dirigentes del resto de escuelas universitarias. Las continuas reuniones realizadas en las aulas de la Escuela de Derecho, ubicadas en un ala del viejo edificio central universitario de las calles de Abasolo, fructificaron en el ciclo escolar de 1964: los representantes de la preparatoria y las escuelas de ingeniería, derecho, enfermería, trabajo social y medicina integraron la Federa-

ción de Estudiantes Universitarios de Hidalgo, la FEUH, que en su Congreso Constitutivo eligió como su primer presidente a Adalberto Chávez Bustos. En ese momento, ninguno de los comprometidos con la novedosa organización estudiantil imaginaba el poderío que ésta iba a alcanzar, y mucho menos que ellos no habrían de ser los máximos beneficiados. Más lejos aún estaban de saber que quien habría de darle trascendencia a la federación apenas cursaba la primaria en alguna escuela de Acaxochitlán.

Los fundadores tenían claro que la federación era el mecanismo para abrirse camino en el mundo de la política y para obtener cargos públicos. Antes, habían gozado de los clásicos beneficios de los líderes estudiantiles: flexibilidad de la administración universitaria con los alumnos que no cumplían con los requisitos, viajes, aportaciones en efectivo, derechos de picaporte, uniformes deportivos, vales de gasolina, etcétera. Al extender los beneficios y privilegios a discreción entre diversos sectores de estudiantes, formaron grupos de seguidores, pero sobre todo fortalecieron la federación. En este proceso de consolidación fue clave la disciplina ante el rector y los directores, así como la observación de las reglas de renovación de la dirigencia estudiantil. Los ex presidentes de la federación se convertirían en un órgano de definición del sucesor, quien sería electo por consenso; el presidente saliente tenía voto de calidad. Respetaron escrupulosamente el periodo de dos años de ejercicio. De tal manera, al terminar el siglo habían dirigido la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo 17 comités ejecutivos.

El grupo que creó la federación y que encabezaba Adalberto Chávez Bustos pretendía utilizarla para allegarse apoyos económicos, facilidades en lo académico y, sobre todo, abrirse las puertas con algunos funcionarios para conseguir puestos de trabajo.

De hecho, en el periodo de Leopoldo Guasso, si bien perdieron presencia, comenzaron a alcanzar en parte sus metas al convertirse en funcionarios universitarios. Chávez Bustos fue nombrado secretario de la preparatoria y posteriormente subdirector

de Servicios Escolares; Guasso Sánchez dirigió la biblioteca y de ahí pasó a la Dirección de Cultura sin importar que no tuviera ningún gusto ni mérito para desempeñarse en estas áreas. Está claro que esos puestos le permitieron a Adalberto Chávez ampliar su influencia con los alumnos y fortalecer su posición en la federación, así que sin problemas definió la sucesión de 1966 a favor de su compañero de viaje, el profesor normalista y estudiante de derecho Jaime Flores Zúñiga.

Juventino Pérez Peñafiel, un respetado y culto abogado, quien había cursado sus estudios en la Escuela de Derecho de la propia universidad, se desempeñaba como rector de la misma desde abril de 1964, cuando sustituyó al licenciado Rubén Licona Ruiz, primer rector de la universidad, quien a su vez, se había incorporado como secretario general del gobierno de Carlos Ramírez Guerrero.

Carlos Ramírez Guerrero

Tal vez porque había pasado mucho más tiempo como maestro en las aulas preparatorias y universitarias que en el Palacio de Gobierno, o porque a pesar de haber sido senador su política seguía siendo pueblerina, o por su mismo talante, lo cierto es que Carlos Ramírez Guerrero no usó su poder como gobernador para corromper a los estudiantes.

Por supuesto, conocía a los líderes estudiantiles, les daba consignas y no se daba por mal servido, pero podríamos decir que se trataba de arreglos *amateurs*. Sus ambiciones no pasaban por la utilización de los estudiantes, aunque tampoco tuvo los problemas que lo obligaran a otro trato.

Polvos del 68

El movimiento médico de mediados de los sesenta y los barruntos del 68 permitieron a Carlos Ramírez Guerrero y Juventino Pérez

Peñafiel, gobernador y rector respectivamente, valorar las posibilidades de la organización estudiantil como una forma de control de los estudiantes, pero no estaba en su talante servirse indiscriminadamente, así que no les dieron sino un mínimo juego.

La trascendencia del movimiento del 68 aquí también originó una excepción. En la Preparatoria 1 se decidió apoyar el movimiento. Desde el principio participaron, entre otros estudiantes, Roberto Meza, Prisciliano Gutiérrez, Carlos Santillán (presidente de la Preparatoria 1) y Silvia Contreras García de la escuela de medicina; Jaime Flores Zúñiga (presidente de la federación) y Adalberto Chávez Bustos líder y fundador de la misma. Pronto se dividieron, los primeros pugnaban por acatar las directrices estudiantiles nacionales en tanto que los de la federación optaron por tomar decisiones locales "independientes"; detrás de esta decisión se encontraba el acatamiento de la línea del gobernador. De hecho la federación se había comprometido con Ramírez Guerrero a no ocasionar problemas al gobierno; para cumplirlo rompieron una huelga.

El maestro Miguel Ángel Serna Alcántara y el periodista Ignacio González Flores, en el número cuatro de la revista *La Calle*, publicada en octubre de 1988, presentaron un amplio reportaje conteniendo las opiniones de los principales protagonistas del 68 en Hidalgo. Algunas de sus expresiones nos clarifican sus respectivos desempeños.

Carlos Santillán Carmona recordaba: "Flores Zúñiga, líder de la FEUH, encaró a los huelguistas y los calificó: 'pinches chamaquitos, ustedes qué saben de huelga, este movimiento se ha acabado y ahora mismo lo levantamos, vamos a quitar las banderas' y diciendo y haciendo, arrancó la rojinegra bandera."

Silvia Contreras García, de la escuela de medicina y única mujer en el comité de huelga, recordó que "Chávez Bustos llegó a intimidar a los estudiantes de medicina que se encontraban en huelga exigiéndoles que dejaran de escandalizar", e incluso Roberto Meza aseguró que "Chávez Bustos junto con Flores Zúñiga

apoyaron al grupo porrill denominado los 'Pachus' de la FEUH con el objeto de controlar el movimiento estudiantil en Hidalgo." Abel Venero y Manuel Vargas Meneses "El Colocho" participaron como golpeadores.

El rector Pérez Peñafiel convocó a los huelguistas a que reflexionaran sobre la afectación económica que sufriría la universidad si persistían en el paro. Roberto Meza señaló: "Los juniors de la política, 'los niños bien' y la mayoría de los maestros se desligaron del movimiento. Maestros como Rafael Cravioto Muñoz y Rafael Arriaga Paz intentaron realizar examen de su materia cuando la Preparatoria I estaba en paro, saliéndose iracundos al no poder romper la huelga en el plantel. Además, como Cravioto Muñoz tenía en sus manos el diario local de Hidalgo impidió que los sucesos estudiantiles se dieran a conocer a la opinión pública." Silvia Contreras y Prisciliano Gutiérrez paliaron la desinformación montando equipos de sonido en sus vehículos y voceando por las calles.

¡Intégrese!

A pesar del tibio apoyo que en Hidalgo se le dio al movimiento, los mecanismos de control y represión del gobierno federal no querían dejar cabos sueltos. Una tarde, un pelotón del ejército fue al edificio universitario de las calles de Abasolo en busca de Adalberto Chávez. Localizado, simplemente le ordenaron: "Intégrese." Así, de manera "pacífica", se consumó la que pudo haber sido la única aprehensión, pero mientras el grupo de soldados descendía las escalinatas universitarias, Juan Manuel Menes, alumno de preparatoria, sorpresivamente gritó una consigna a favor de los estudiantes y también se lo llevaron.

Ambos fueron conducidos al cuartel de la XVIII Zona Militar. Aunque recibieron buen trato y les dieron de comer, pasaron allí la noche. Al día siguiente, el propio gobernador, en compañía del

general Leyva, comandante de la zona militar, fue al cuartel. Entonces liberaron a los estudiantes sin mayor averiguación. Más aún, Ramírez Guerrero los invitó a desayunar a su casa y les manifestó su pena, pues, "ése no había sido el trato".

Poco después, el gobernador sería el vocero presidencial al anunciarle a "las fuerzas vivas" que el profesor, licenciado, líder y senador de la república, Manuel Sánchez Vite, sería el próximo mandatario estatal. Ahí se terminó el periodo romántico de la FEUH.

Con el enemigo en casa

Arturo Herrera Cabañas, un activista cultural que participó activamente junto con su esposa Irma Eugenia Gutiérrez en el movimiento estudiantil con los contingentes de la UNAM, escribió en la revista *La Calle*:

En la conmemoración del primer aniversario del 2 de octubre de 1968, las instalaciones centrales de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo fueron ocupadas por el ejército y la policía, en un operativo ocurrido a las 19:00 hrs. del 1° de octubre de 1969. La ocupación duró sólo hasta las 22:00 horas de ese día, pues el rector de entonces, el licenciado Juventino Pérez Peñafiel, en compañía de algunos profesores universitarios, asistió al Palacio de Gobierno a dialogar con el gobernador Sánchez Vite. Poco después de esa ocasión, la universidad recibió apoyo de parte del gobierno federal (autobús, equipo para laboratorio, mobiliario), y el gobierno estatal también otorgó sus beneficios a los dirigentes estudiantiles (invitaciones a actos relevantes, designaciones en puestos de la administración, apoyo financiero para actividades estudiantiles).

Después de aquel 2 de octubre, el general Hernández Toledo, militar que dirigió las operaciones sangrientas contra los estudiantes en Tlatelolco, llegó a Pachuca como comandante de la XVIII Zona Mili-

tar. Cuando era rector de la universidad hidalguense el licenciado Jesús Ángeles Contreras el general Hernández fue invitado en varias ocasiones a visitar las instalaciones universitarias, e inclusive para presidir algunas celebraciones importantes.

PERIODO TRICOLOR (1968-1975)

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1970	Armando Ponce Coronado	Jesús Ángeles Contreras	Manuel Sánchez Vite
1971			Donaciano Serna Leal
1972	Miguel Abel Venero		Manuel Sánchez Vite
1973			
1974	César Arroyo		

Manuel Sánchez Vite

El licenciado Ramírez Guerrero, como todo gobernador de aquellos tiempos, era el “intérprete indiscutido de la voluntad de las bases priistas”, así que, como narra César Vieyra, “Una tarde del mes de octubre de 1968 nos mandó llamar el gobernador a la dirección del PRI, donde yo fungía como secretario de Acción Popular, para informarnos que las corrientes políticas favorecían a Manuel Sánchez Vite para gobernador y nos exhortaba para que nos sumáramos a su precandidatura.”

En 1969 era ya largo el camino recorrido por Sánchez Vite, pero más largas aún las ambiciones políticas del profesor oriundo de Molango, Hidalgo, quien realizara estudios en la escuela regional campesina de El Mexe.

Los cargos sindicales que ocupó como trabajador de la educación le sirvieron para hacerse de un lugar en el panorama político hidalguense, y esto a su vez le fortaleció para escalar en la organización magisterial, con tal éxito que alcanzó la presidencia del Comité Ejecutivo Nacional del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación.

En paralelo, además de haber cursado la licenciatura en derecho en la UNAM, fue electo diputado federal por el II Distrito de Hidalgo con cabecera en Tulancingo y formó parte de la XLIII Legislatura (1955-1958). Posteriormente, en abril de 1963, al tomar posesión como gobernador del estado Carlos Ramírez Guerrero, éste lo nombró procurador general de justicia de la entidad, cargo en el que se desempeñó por poco tiempo, pues resultó designado, junto con el mayor Oswaldo Cravioto Cisneros, senador de la república (1964-1970).

La campaña del candidato a gobernador fue el desfile triunfal de los priistas de entonces por ciudades, pueblos y rancherías. En su caso se facilitaba aún más esta suma, pues participaba de manera señalada el magisterio, por haber dirigido Sánchez Vite el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación; igualmente, su relación con el presidente Gustavo Díaz Ordaz y con el secretario de gobernación Luis Echeverría le proporcionaba beneficios extras. Ya vendría el tiempo de comprobar que “las amistades para siempre” se terminan por el cruce de los intereses personales.

Como gobernador, Manuel Sánchez Vite siempre tuvo muy claras las metas que se proponía alcanzar. Por lo que a la universidad autónoma del estado se refiere, la consideraba un espacio que habría de contar con mayor y mejor infraestructura, que habría de recibir fortalecimiento económico, que tendría que desempeñarse sin la agitación y turbulencia que en otros estados caracterizaba a esos centros educativos y, sobre todo, que sería un espacio absolutamente bajo su control.

A través de puestos de trabajo había copado a la organización estudiantil y ya comenzaba a apoyar en su incipiente carrera política a quienes destacaban como líderes. Los maestros universitarios en su totalidad prestaban sus servicios por horas y el resto de su tiempo ejercían como profesionistas ajenos a la política, o se desempeñaban como funcionarios de los gobiernos municipal o estatal, es decir, tenían una dependencia laboral del jefe del gobierno.

Si bien Sánchez Vite reconocía las cualidades de jurista del licenciado Pérez Peñafiel, éste no entraba en sus planes para continuar en la rectoría, por lo que decidió sustituirlo lanzando la maquinaria periodística en favor del presidente del tribunal de justicia del estado: Jesús Ángeles Contreras.

El 10 de abril de 1970, Pérez Peñafiel renunciaba a la rectoría. Se produjeron algunas muestras de inconformidad de los funcionarios más cercanos al rector, pero pronto fueron acalladas al conocerse que se le canjeaba el puesto universitario por la presidencia del Tribunal Superior de Justicia y que el titular de éste ocuparía la rectoría. El clásico "enroque".

Paisano y amigo

Jesús Ángeles Contreras nació, como Sánchez Vite, en el municipio de Molango y, como él, se tituló de maestro y licenciado en derecho en la UNAM, ejerció de maestro de banquillo y de juez, antes de acceder a la presidencia del tribunal. Durante muchos años impartió cátedra en la Escuela de Derecho de la UAEH y de sus experiencias publicó su *Compendio de derecho penal*. Poeta reconocido, premiado en distintos certámenes, publicó algunas plaquetas de poesía. Para el medio era un profesionista culto, pero la incipiente burocracia universitaria lo recibió con un cierto rechazo pues era un candidato impuesto por el gobernador y sustituía al respetado rector con el que habían trabajado ya casi siete años.

Rápidamente se terminaron las prevenciones en contra de Ángeles Contreras, pues mantuvo en sus puestos a sus tibios opositores; consintió a las mesas directivas de las sociedades de alumnos; apoyó sustancialmente a los integrantes de la federación; incorporó a pasantes a diversos puestos y, aprovechando la cercanía con Sánchez Vite, obtuvo mejoras presupuestales para la universidad. Se comenzó a hablar de la construcción de una magna unidad universitaria.

Las fuerzas críticas le cuestionaban la elevación de las colegiaturas y otras medidas que pretendían hacer "redituable" la universidad, la muy escasa actividad cultural, la cada día más evidente injerencia gubernamental en las cuestiones universitarias, la mediocridad de algunos universitarios y el fuero que iba dando a los líderes estudiantiles.

Pronto Adalberto Chávez se convirtió en secretario de la preparatoria y posteriormente en subdirector de Servicios Escolares, aunque fue Jaime Flores el primero que se insertó en los puestos públicos e incluso, joven aún, llegó a diputado local, pues el gobernador Manuel Sánchez Vite había decidido incorporarlo a su equipo. Los demás tuvieron suerte dispareja: Hernán Mercado se desligó del grupo estudiantil e igualmente llegó a la diputación local, pero por la vía del sindicato magisterial.

Jesús Ángeles Contreras fue conformando el grupo más fuerte de la universidad: directores, funcionarios y maestros de tiempo completo; pero paradójicamente iba siendo rebasado por los estudiantes. Armando Ponce y Miguel Abel Venero, como presidentes de la FEUH, rompieron muchas de las prácticas de buen comportamiento heredadas de los estudiantes del ICLA. A partir de ese momento los maestros comenzaron a ser violentados en sus decisiones académicas por los dirigentes estudiantiles.

Con Sansón a las patadas

Sánchez Vite tenía ambiciones políticas e iba a utilizar todas sus cartas para realizarlas. Una, muy importante, sería la de los estudiantes. Éstos, a su vez, pronto descubrirían que la representación estudiantil podía constituir un rico filón a explotar.

Le fue sumamente fácil a Sánchez Vite entrar en contacto con los líderes. Gabriel Romero Reyes, su secretario general de gobierno había sido secretario general de la universidad, donde mantenía una fuerte presencia.

El gobernador recibió a los dirigentes estudiantiles en el exclusivo cuarto piso del recién inaugurado Palacio de Gobierno y en pocas palabras estableció los términos del compromiso: "quiero una universidad en absoluta calma; por mi parte, yo los ayudaré". Aceptado el trato, Gabriel Romero se entrevistó con cada uno de ellos y de dicha plática fueron saliendo con plazas asignadas en distintas dependencias: Miguel Abel Venero, "El Coco", a la sazón presidente de la federación; "El Chihua", "El Negativo", Armando Ponce (que sería su consentido), Jorge Uribe. Al licenciado Jaime Flores ya lo había hecho diputado. La de los bomberos y la de policía serían las dependencias más socorridas con aviadores en sus nóminas.

El viento soplaba a favor del profesor de Molango y Luis Echeverría lo designó presidente nacional del Partido Revolucionario Institucional. Ponce Coronado resultó beneficiado al ser nombrado dirigente nacional juvenil. A su vez, él benefició a sus amigos de la federación, les ubicó en puestos y les hizo probar las migajas del poder nacional. La vida les sonreía, pero pronto les habría de mostrar el ceño fruncido.

Las pequeñas pero continuas diferencias entre el presidente de la república y el presidente nacional del PRI se agudizaron. El punto culminante fue la negativa de Sánchez Vite para sumarse a las descalificaciones que Echeverría hacía al sector obrero. De hecho, Sánchez Vite lo retó al impulsar y asistir al mitin de apoyo a Fidel Velázquez que se llevó a cabo en Tepeji del Río el 12 de enero de 1972. En marzo de ese mismo año, apenas quince meses después de haber partido hacia la capital a dirigir el partidazo, Sánchez Vite y sus huestes regresaban, no triunfalistas como se fueron sino con un poderoso enemigo: Luis Echeverría, presidente de la república.

Los malos modos tenían dos frentes: Sánchez Vite quería Hidalgo para los hidalgenses, es decir, escudado en el federalismo se apropiaba del derecho a designar sin la bendición presidencial a su sucesor; y por el otro, su pleito con Echeverría le había hecho

perder el piso y las proporciones, así que atacaba a Mario Moya Palencia, presidenciable que parecía iba a ser el designado por el presidente. En ambas acciones los dirigentes estudiantiles universitarios realizaron un intenso activismo a las órdenes del gobernador: "Nos citaba temprano, nos asignaba una camioneta y viáticos y nos daba los volantes que debíamos repartir en las cámaras, embajadas y secretarías de gobierno. Ya sabíamos; teníamos que subir a los pisos más altos de los edificios y bajar a toda velocidad repartiendo los documentos, en la calle abordábamos la camioneta y ¡vámonos a otra dependencia!", dice un testimonio.

Parecía que el empuje de Sánchez Vite había logrado imponer sus condiciones en Hidalgo. El 11 de octubre, en el marco de una reunión anunciada como "Asamblea Estatal de Alianza entre Obreros y Campesinos", la poderosa voz de Miguel Abel Venero, el líder estudiantil, se dejó escuchar proponiendo la candidatura del doctor Otoniel Miranda Andrade. Todo indicaba que el PRI simplemente apechugaba el palo dado. Su presidente, Jesús Reyes Heróles, poco después fue a Pachuca a oficializar la candidatura sanchezvitista a favor de Otoniel Miranda Andrade, que en enero de 1975 fue electo gobernador constitucional; de las mismas elecciones surgía la XLVIII Legislatura cuya conformación ratificaba lo poderosa que era la mano de Sánchez Vite.

Por su parte, los dirigentes de la FEUH seguían beneficiándose de sus relaciones con el poder político, pues la diputación que habían usufructuado en la XLVII Legislatura del congreso del estado en la persona de Jaime Flores, ahora se les refrendaba en la de su presidente, Miguel Abel Venero Martínez, "El Coco", en el VI Distrito, correspondiente a Zacualtipán.

El beneficio para la federación sería mucho más amplio. Empezaron los nombramientos de funcionarios estatales y en ellos poco a poco se insertaron los líderes estudiantiles. Son más los que aparecen en las nóminas, y ahora en los mandos medios. Pero breve sería la jauja. El poder presidencial no estaba derrotado, solamente

había manejado los tiempos políticos que el maquiavelismo echeverrista señalara. Bastaron veintinueve días para que el movimiento orquestado desde la presidencia de la república culminara con la desaparición de poderes en el estado de Hidalgo.

Si bien no era nueva la expresión de poderío absoluto de la voluntad presidencial, nunca antes había sido tan pronta y contundente. Los grupos políticos del estado se reconfiguraron. El senador Raúl Lozano Ramírez fue gobernador por poco tiempo. Estaba claro que los Rojo retomaban el poder, y así fue. Jorge Rojo Lugo asumió la gubernatura de Hidalgo y la clase política encabezada por los legisladores federales, que sin ningún rubor habían pasado de ser beneficiarios del sanchezvitismo a colaboradores en la caída de su jefe, de inmediato se alinearon del lado donde estaban los nuevos triunfadores.

Los líderes estudiantiles, poco avezados en la política de las ligas mayores, reaccionaron con lentitud. Todos fueron destituidos de sus puestos y, peor aún, se les iniciaron averiguaciones por una serie de delitos. Augusto Ponce Coronado, hermano mayor del fallecido Armando, y Clemente Zamudio, un porro que había sido expulsado de la Escuela de Medicina de la UAEH y que se había refugiado en la Universidad Autónoma del Estado de México, intercedieron ante Carlos Hank González, quien les dio a los feuhistas protección y chambas. El panorama se tiñó entonces de rojo.

PERIODO ROJO (1975-1981)

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1975	Aurelio Marín Huazo	Carlos Herrera Ordóñez	Othoniel Miranda Andrade Raúl Lozano Ramírez Jorge Rojo Lugo
1976			José Luis Suárez Molina
1977	Gerardo Sosa Castellán		
1978			Jorge Rojo Lugo
1979	Francisco Olvera Ruiz		
1980			

Jorge Rojo Lugo

La cultura popular hidalguense acuñó desde lejanos tiempos la expresión "La casa real" para referirse al clan de los Rojo, los Lugo, los Gil: políticos de diversas formas emparentados con Javier Rojo Gómez y detentadores del gobierno del estado por varios sexenios. En 1975 Jorge Rojo Lugo dejó la dirección del Banco Nacional de Crédito Rural para alcanzar la gubernatura del estado y con ello la rueda de la fortuna política volvió a favorecer a los feuhistas.

Antes de tomar posesión como gobernador en abril de 1975, Jorge Rojo Lugo elaboró una estrategia para controlar las distintas áreas de la escena política de Hidalgo. Los informes le hacen saber inequívocamente que los exiliados de la federación son quienes dominan en la universidad. Decide reutilizarlos. Seguirán siendo vándalos, pero ahora serán "sus vándalos". Así que los convoca, les lee la cartilla y les dicta su exigencia: necesita y quiere una universidad tranquila, en paz. A cambio, les ofrece el cierre de las causas penales en su contra y puestos en diferentes secretarías del gobierno. Aceptan felices. Esa noche, en el departamento de César Arroyo, el festejo fue en grande. Arroyo era el nuevo presidente de la federación, pues había sucedido a Venero cuando éste se preparaba para ser diputado (y lo fue, por 29 días). Breve sería también el poder de Arroyo, pues vio truncada su presidencia en

la federación al verse involucrado, junto con otro estudiante de apellido Richards, en el asesinato de una prostituta. Nunca se le procesó.

En los días siguientes los líderes se fueron enterando de cuáles eran sus nuevas chambas. La suerte les sonreía, obtuvieron mejores puestos. Alguno como "El Chihua" llegó incluso a juez y después a magistrado. Gozaron, pues, de la protección del gobernador, que designó al secretario de gobierno, Rubén Licona Rivemar, como su representante ante los universitarios. Aurelio Marín Huazo, nuevo presidente de la FEUH, era el interlocutor. Fue él quien les comunicó a sus compañeros sus nuevas adscripciones.

El reparto de empleos iba a tener un efecto que trascendería la circunstancia personal de cada líder que se conformó con el sueldo, el pequeño espacio de poder y la facilidad de dar por terminada de una u otra manera la carrera profesional. Todos se fueron alejando de la universidad con la consecuyente pérdida de poder.

Entonces apareció Gerardo Sosa Castelán. Joven, serio, incluso tímido, tomaba poco, pero se juntaba con ellos. Venía del municipio agrícola de Acaxochitlán y le costó superar el cambio y desenvolverse en la capital del estado, pero pronto se habría de revelar como el más ambicioso, el más sagaz.

Jorge Rojo Lugo comprendía perfectamente la ventaja de tratar con representantes para controlar a los universitarios. Eligió entonces una terna de consentidos: Aurelio Marín Huazo, Jaime Vázquez Gómez y Gerardo Sosa Castelán.

A Marín Huazo, para empezar, lo hizo diputado local por Tullancingo. En 1979, cuando José Antonio Zorrilla Pérez se convirtió en presidente estatal del PRI, Huazo ocuparía la secretaría general.

Jaime Vázquez Gómez fue el segundo protegido de Rojo Lugo, probablemente el preferido. Charro, muy joven había sido presidente municipal de su tierra, Zapotlán. Una noche, cuando volvía de una fiesta en Toluca con Gerardo Sosa y Cesáreo Márquez Alvarado, el amigo de toda la vida de Sosa, sufrieron un ac-

cidente en el que Vázquez Gómez murió; Sosa y Márquez resultaron ilesos.

El tercer protegido fue Gerardo Sosa. Cuando Marín Huazo ocupaba la presidencia de la federación de estudiantes, Sosa llegó a presidente de la sociedad de alumnos del Instituto de Ciencias Sociales (Icso). A mitad del sexenio de Rojo Lugo, Marín se hizo diputado local y le heredó a Gerardo Sosa la presidencia de la federación. Estos movimientos contaron con la anuencia de Rojo Lugo.

Hasta ahí parece haber llegado la preeminencia de Marín Huazo sobre Gerardo Sosa. Rojo Lugo decidió crear y controlar el Sindicato Único de Trabajadores al Servicio del Estado y le otorgó a Gerardo Sosa la secretaría general, sin que, como dijimos, haya sido un obstáculo que no fuera trabajador del gobierno. Habíamos dicho también que cada uno de los líderes universitarios, incluyendo a Marín, había tomado su pedacito de poder y su salario y se había ido alejando de la universidad; no sucedió lo mismo con Sosa, quien se dedicó a imponer a los presidentes de las sociedades de alumnos y a cooptar a otros consejeros, de tal manera que, cuando se dieron cuenta, tenía el control del Consejo Universitario.

En la federación, por supuesto, sólo su voz se imponía sin que faltaran los brotes de inconformidad, que Sosa apagaba de una u otra forma, como cuando impuso al frente de la federación a Francisco Olvera y posteriormente al frenarle sus afanes de control. Sus incondicionales eran golpeadores probados y él mismo era una máquina de tirar golpes, sin jamás rendirse ante los que recibía. No le bastaba ganar, tenía que humillar y convencer a los oponentes de que con él no podrían, que más les valía no volver a oponérsele.

Era costumbre, hasta la presidencia de Sosa, que se consensuara entre los anteriores presidentes el nombre del sucesor. Al término de su periodo propusieron a Edmundo Paniagua Vargas, uno de los hijos de una aguerrida familia, para sucederlo. Sosa no aceptó y dijo: "será Francisco Olvera". De esa decisión se derivaron numerosos enfrentamientos, incluso armados. De uno de éstos, en el que

hubo balazos en plenas escalinatas universitarias, fue testigo el entonces rector, Carlos Herrera Ordóñez. Hubo de intervenir el gobierno para zanjar el conflicto aceptando la imposición de Sosa a favor de Francisco Olvera, quien presidió la federación de 1979 a 1981. A Paniagua Vargas, para calmarlo, le prometieron una diputación local.

Carlos Herrera Ordóñez

Los sacudimientos políticos que originaron la caída de Otoniel Miranda, el interinato de Raúl Lozano Ramírez y la llegada de Jorge Rojo Lugo a la gubernatura del estado, alcanzaron igualmente a la rectoría de la universidad.

Jesús Ángeles Contreras, perteneciente al equipo de Sánchez Vite, fue obligado a renunciar, no sin antes haber pasado por una etapa de fuertes enfrentamientos entre los seguidores del mismo Ángeles Contreras y un grupo de directores, maestros y alumnos que pugnaban por democratizar la universidad. Como suele suceder y ante la falta de compromiso de Rojo Lugo, surgió como rector un tercero en discordia: el ingeniero Carlos Herrera Ordóñez, quien había sido director de la escuela de ingeniería y quien ostentaba las famas de buen administrador, eficiente profesional y políticamente muy conservador.

Durante sus dos periodos en la rectoría ratificó esas condiciones, pero lo más criticable de su ejercicio fue la extrema debilidad que demostró ante los ilícitos de los estudiantes, especialmente ante el avasallamiento de autoridades que ya venía realizando Gerardo Sosa a partir de su llegada como presidente de la federación en 1977.

PERIODO LILA (1981-1986)

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1981	Luis Rey Ángeles Carrillo	Juan Alberto Flores Alvarez	Guillermo Rossell de la Lama
1982	Antonio Briones Soto		
1983			
1984	Zenaido Meneses Pérez		
1985			

Guillermo Rossell de la Lama

Acomodamientos personales entre los integrantes de su gabinete llevaron a José López Portillo a prescindir de su secretario de turismo y, a pesar de su absoluto desarraigo, el arquitecto Guillermo Rossell de la Lama fue enviado a gobernar el estado de Hidalgo. En abril de 1981, Jorge Rojo Lugo entregó el gobierno a su sucesor.

Se iniciaba también el ejercicio de la LI Legislatura estatal. En ella aparecen como diputados Gerardo Sosa Castelán, por Tulancingo, y Edmundo Paniagua Vargas, por Zimapán. Los dos deben su condición de legisladores a la decisión y fuerza política de Rojo Lugo, pero también, al menos, a la anuencia de Rossell, quien desde su campaña para gobernador reconoció el poderío de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Hidalgo y quiso sumarlos a su causa.

Jaime Daniel Baños Paz —un joven político que en cuanto terminó la carrera de derecho fue designado secretario de la Presidencia Municipal de Pachuca al inicio de la gestión del profesor Rafael Cravioto Muñoz, y que a la semana de asumir el cargo fue destituido por haber cerrado la zona roja de Pachuca para festejar a plenitud su nombramiento— tuvo después un golpe de suerte: invitó a los integrantes de la FEUH que estudiaban derecho o que ya habían cursado la carrera a sumarse a la campaña de Rossell, al que no conocían. Simplemente rotularon en una camioneta: “Brigada jurídica de apoyo al candidato” y se sumaron a la comitiva.

En algún momento Rossell requirió gestiones jurídicas para dar respuesta a las demandas que le hacían los ciudadanos en las giras y le comenzó a encargar asuntos a la "brigada". Tan bien funcionó la química entre Rossell y Baños Paz, que éste fue nombrado presidente del Tribunal Superior de Justicia del Estado, con la consiguiente derrama de puestos para quienes lo habían acompañado en la campaña.

Jorge Uribe, por ejemplo, fue nombrado juez en Molango. Que a los treinta días haya sido denunciado por aprovecharse ilícitamente en alguna resolución y que Baños Paz le haya pedido la renuncia y lo ubicara sin escándalo en otra posición, esa ya es otra historia.

Más grave y significativa que la suma de individualidades feuhistas que se adhirieron a la campaña de Rossell fue el apoyo de hecho que el candidato priísta recibió del entonces rector Carlos Herrera Ordóñez, a nombre de la comunidad universitaria. En un almuerzo, con la asistencia de alumnos, maestros y autoridades universitarias, Carlos Herrera pronunció un discurso de loa a los priístas que ratificaba la entrega de la autonomía universitaria al futuro gobernante. El último párrafo del mensaje no dejó lugar a dudas:

El clima de perfecta armonía entre los factores que mueven y hace perfectible a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, nos permite atisbar un horizonte claro y limpio. Sin cortapisas, podemos reafirmar ante el señor arquitecto Guillermo Rossell de la Lama, que nuestra vocación es institucionalista, que nuestra calidad de amigos no es transitoria ni se funda en un interés bastardo, que nuestra identidad es tan cierta que no se puede ocultar y que mucho nos honra compartir con él esta serie de reflexiones que pasean en este ámbito universitario.

Así enseñaba la oreja el rector, que gritaba a los cuatro vientos que no tenía partido y se enfurecía a la menor mención del Partido Comunista o de alguna otra expresión política opositora.

Parecía que los diputados heredados no le darían problemas a Rossell. Paniagua se diluyó, consiguió que su nombre apareciera en la nota roja por algunos escándalos; se conformó con puestos menores del aparato priísta para finalmente desaparecer del mundo político.

Sosa, mientras fortalecía su poder por la vía del Sindicato de Trabajadores al Servicio del Estado, no solamente permitía sino que alentaba el vandalismo que encabezaban los sucesivos dirigentes de la FEUH y que iba en aumento con cada nuevo presidente. Durante su gobierno, Rossell tuvo que lidiar con: Luis Rey Ángeles Carrillo (1981-1982), Marco Antonio Briones Soto (1982-1984) y Zenaido Meneses Pérez (1984-1986). Estos dirigentes realizaban algunas acciones a título personal, pero sobre todo respondían en su desempeño a las instrucciones de Sosa Castelán, quien ya para entonces, solo con su alma, decidía al sucesor en la presidencia feuhista.

Al inicio de la gestión rosselliana Sosa estaba sumamente fortalecido. Las circunstancias externas favorecían su ambición, audacia, viveza y carencia de escrúpulos. La entrega de puestos públicos que Rojo Lugo y Rossell habían instrumentado a favor de los principales dirigentes universitarios los había alejado de la universidad. Con esto, dejaron el terreno libre para que Sosa se convirtiera en el único amo y señor de la representación estudiantil.

Avanzando se retrocede

Cuando la mala conciencia de Luis Echeverría, entonces presidente de la república, abrió las arcas y los mecanismos de fortalecimiento estudiantil, Carlos Herrera Ordóñez haciéndose eco de esa tendencia nacional encabezó en el Consejo Universitario modificaciones a la Ley Orgánica, con lo que a partir de entonces se hizo paritaria la representación estudiantil con la de los profesores en el seno de dicho consejo, con el agravante de que las represen-

taciones recaían en los presidentes de las sociedades de alumnos de las diversas escuelas, que habían dejado de ser los estudiantes más destacados para ser sustituidos por los porros más agresivos. Muy pronto todos esos votos estaban controlados por Sosa Castelán.

En los últimos meses de su mandato, Rojo Lugo había creado la ley que daba forma al Sindicato de los Trabajadores al Servicio del Estado. Y con la ley había impuesto a Sosa, uno de sus protegidos, no importándole que ni siquiera fuera trabajador del gobierno estatal. Algunos analistas ven en ésta y otras medidas de Rojo Lugo en sus últimos tiempos de gobernante maniobras para ganar espacios de poder en el nuevo gobierno, encabezado por el arquitecto Rossell de la Lama.

El vandalismo aumentó paulatinamente durante las direcciones feuhistas de Luis Rey Ángeles Carrillo y Marco Antonio Briones Soto. En esos años apareció uno de los personajes más nefastos de la fuerza estudiantil: Zenaido Meneses Pérez, quien llegaría a protagonizar una larga cadena delictiva y que, en sentido estricto, puso de rodillas a Rossell. Muchas son las versiones que corren acerca del porqué del sometimiento gubernamental a la fuerza bruta de Zenaido, pero todas ellas coinciden en la amenaza de chantaje, aunque señalan diversos motivos. Haya sido lo que haya sido, la verdad irrefutable era que Zenaido le tenía tomada la medida al gobernador.

Desde 1981 Zenaido figuraba en los pleitos e incursiones violentas. En junio de ese año, por ejemplo, acompañó a Jesús Olvera Rodríguez, presidente de la sociedad de alumnos de la Preparatoria 2, que siempre andaba armado, a obligar a los estudiantes a firmar una carta en la que pedían la destitución del ingeniero Daniel Román Arteaga, director de la preparatoria.

El 26 de julio de 1983, en compañía de Antonio Briones, fue en expedición punitiva al restaurante Alex Steak, ubicado en el Rancho Luna. Ahí lesionaron a Magdaleno Pérez, una víctima de Gerardo Sosa que tiempo atrás se había atrevido a denunciarlo. Así “vengaron” el agravio por la denuncia que había presentado

en contra de Sosa. Seguramente ahí se ganó Zenaido la buena voluntad de Gerardo Sosa, quien decidió, en su momento, imponerlo como el siguiente presidente de la FEUH.

La designación de Zenaido, el 8 de febrero de 1984, pronto se hizo sentir: al otro día fue destrozado un bar en Tulancingo; en la siguiente semana Zenaido encabezó con Briones Soto a un grupo de estudiantes, que para recuperar la placa de un vehículo involucrado en un choque causaron destrozos en la delegación de tránsito en Tepeapulco; en marzo secuestraron cerca de 45 camiones para protestar por el incremento de las tarifas; saquearon comercios y los camiones repartidores de alimentos y bebidas que encontraron a su paso y penetraron a la fuerza en el palenque instalado con motivo de la feria anual de la entidad. Zenaido tomó en mayo posesión de la presidencia de la FEUH. Como una de sus primeras medidas ofreció a las organizaciones de comerciantes, a través de un documento con su firma, que evitaría asaltos y saqueos a sus comercios a cambio de “donaciones voluntarias”.

A todo esto Rossell hizo oídos sordos. Las averiguaciones no prosperaron nunca, los expedientes desaparecieron, pero en noviembre de ese 1984, el problema que se le presenta es de magnitudes nacionales. Al imponerle al PRI por la fuerza de las armas la designación de sus candidatos y secuestrar al delegado nacional y futuro gobernador de Aguascalientes Miguel Ángel Barberena, Sosa satisfacía a sus seguidores, demostraba al gobierno su poderío, sentaba las bases políticas en diversos municipios para sus futuras campañas y hacía evidente que su avidez política no tendría freno.

PERIODO VERDE (1986-1992)

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1986	Agustín Sosa Castellán	Juan Manuel Menes Ilaguno	Adolfo Lugo Verduzco
1987			
1988			
1989			

Adolfo Lugo Verduzco

Pronto, en abril de 1987, habría un nuevo gobierno. Adolfo Lugo Verduzco llegaba al estado desvinculado de la clase política en un sentido personal, pues sus estudios y su vida política y profesional se habían realizado en la ciudad de México; en términos familiares, por el contrario, no solamente era muy conocido, sino que su presencia justificaba el hartazgo de los sectores más críticos de la población que señalaban la prolongada permanencia del grupo de Huichapan en el poder. “Cacicazgo” le llamaban, simplemente. Los seis años del gobierno de Rossell eran muy pocos para olvidar que su antecesor también había sido un Lugo.

Con la designación de Lugo Verduzco se prolongaba el recuento de los gobernantes pertenecientes a la misma poderosa familia: Bartolomé Vargas Lugo, de 1929 a 1933; Javier Rojo Gómez (padre de Jorge Rojo Lugo), de 1937 a 1940; José Lugo Guerrero (padre de Humberto Lugo Gil), de 1941 a 1945, y Jorge Rojo Lugo, cuyo sexenio completó con un gobernante interino y terminó en 1981.

De tal manera que siendo tan cercanos en tiempo los sexenios de los primos, muchas serían las herencias de Jorge Rojo que afectarían el desempeño de Adolfo Lugo. La principal de éstas era la federación de estudiantes. Jorge Rojo había hecho crecer a Gerardo Sosa, Rossell había sufrido con el poderío estudiantil por Sosa mismo y por su lugarteniente y compadre Zenaido Meneses. Jus-

tamente éste, apenas había entregado la presidencia de la FEUH a Agustín Sosa.

En la rectoría, Juan Manuel Menes estaba cumpliendo un año en el puesto, pero en realidad se ocupaba de las relaciones públicas y de las cuestiones culturales, pues Gerardo Sosa ejercía la autoridad real.

Las buenas relaciones iniciales entre el gobierno y la universidad pronto resultaron fracturadas y de hecho desembocaron en un abierto enfrentamiento entre Gerardo Sosa, escudado en la federación y representado por su hermano Agustín, y el gobierno de Adolfo Lugo Verduzco, representado por el secretario general de gobierno, Ernesto Gil Elorduy. La razón principal de la lucha era el Sindicato de los Trabajadores al Servicio del Estado, pero se abrían y cerraban muchos otros frentes. A cada momento, las declaraciones de Agustín eran contra Gil Elorduy en tono amenazante, como la publicada en el diario *Excelsior* en mayo de 1989:

Si el gobernador del estado de Hidalgo, Adolfo Lugo Verduzco, no interviene personalmente para poner en orden las relaciones entre la comunidad universitaria y la administración estatal hidalguense, se pueden producir serios enfrentamientos políticos que pondrán en peligro la tranquilidad de la entidad [...] Desde hace tiempo en las oficinas del gobierno del estado se ha venido tejiendo una campaña de desprestigio, de calumnias y de ataques políticos en contra de la comunidad universitaria.

Las denuncias eran, a veces, al estilo clásico, anónimo: “Grupos políticos interesados en romper las buenas relaciones que guardan gobierno y universidad”; pero en otras pedían la cabeza de Ernesto Gil, acusándolo de filtrar informaciones a los medios en contra de los universitarios destacados, como parte de su campaña de posicionamiento para lograr desde la secretaría general de gobierno un espacio como diputado federal o senador.

Otras declaraciones simplemente evidenciaban la pobreza intelectual del hermanito: "es más importante pensar en la deuda externa que secuestrar camiones, más importante analizar las ideologías de los partidos que robar refrescos..." Ese mismo día, el 18 de marzo del 88, se denunció que en el homenaje que la federación le organizó al rector Menes Llaguno en la plaza de toros Vicente Segura, se paralizó el transporte público por secuestros de camiones, algunos de ellos a mano armada, y se reportaron siete atracos a camiones repartidores de refrescos y cerveza. También se reportaron secuestros e incidentes violentos en otros municipios del estado.

El tono belicoso de Gerardo Sosa, expresado en la voz de su hermano, cambió radicalmente un poco después, pues el 13 de junio de 1989 fue aprehendido en una de sus residencias, ubicada en el Paseo de la Reforma de la ciudad de México, José Antonio Zorrilla Pérez, el ex director de la Federal de Seguridad, acusado del asesinato del periodista Manuel Buendía. Ese día culminaba la caída política del que fuera un poderoso policía y padrino del grupo hidalguense "La Sosa Nostra".

Don Manuel Buendía fue asesinado el 30 de mayo de 1984 y prontamente hubo indicios de que Zorrilla Pérez, primer jefe policiaco en llegar al lugar del crimen, mucho tenía que ver con él. De tal manera iban creciendo las evidencias que el entonces secretario de Gobernación, Manuel Bartlett, sugirió al presidente de la república que mantuvieran a distancia al titular de la Dirección Federal de Seguridad. Por esa razón, y para protegerlo, lo designaron en 1985 candidato al congreso de la unión por el estado de Hidalgo.

La campaña de Zorrilla, que se realizó con gran derroche de recursos, por supuesto que estuvo acompañada por los universitarios, que se desplazaban más que nunca en una interminable hilera de lujosas camionetas importadas. Seguían creyendo que la candidatura era el paso previo de Zorrilla a la gubernatura del estado. Pronto llegó el desengaño.

Acusados del asesinato de Enrique Camarena Salazar, agente de la DEA, y del piloto mexicano Alfredo Zavala Avelar, las autoridades detuvieron a Rafael Caro Quintero y Ernesto Fonseca Carrillo "Don Neto" a quienes se les habían encontrado credenciales de la Dirección Federal de Seguridad, firmadas por el todavía candidato a diputado. Con eso fue suficiente, el Comité Ejecutivo Nacional del PRI, casualmente encabezado en ese momento por el entonces senador Adolfo Lugo Verduzco, decidía dejar a Zorrilla fuera de la candidatura.

De inmediato llegaron a Hidalgo y en especial a Pachuca oleadas de agentes federales siguiendo pistas del desempeño delictivo de Zorrilla Pérez y de los jugosos beneficios que de ahí se derivaron. Por ello investigaron la propiedad de ranchos, casas, vehículos, así como una larga lista de prestanombres, ciertos o inventados. Los hermanos Sosa Castelán y Zenaido fueron señalados pero nada se comprobó fehacientemente. Zenaido no se escapó de recibir la famosa "calentada".

Fueron capturados por la Policía Judicial Federal el presidente de la sociedad de alumnos de la Preparatoria 2, Alfredo Gómez Lira, alias "El Ratón", y Mario Franco, integrantes de la FEUH. Se les acusaba de robo y venta de vehículos de procedencia extranjera. Al momento de ser detenidos en la ciudad de Tulancingo tenían en su poder, entre varios automóviles de procedencia ilegal, algunos propiedad de Zorrilla Pérez.

En Pachuca, Carlos Herrera fue detectado cuando manejaba un lujoso vehículo importado que abandonó con todo y los familiares que lo acompañaban. Se inició así una intensa persecución que culminó cuando fue aprehendido dentro del tanque de agua de su azotea. Hubo algunas otras anécdotas similares, pero lo cierto es que una vez más los integrantes de la federación vieron pasar cerca de ellos el brazo de la justicia, que no los alcanzó.

Agustín, el hermanito

Considerando que una de las funciones primordiales de todo organismo estudiantil, es velar por la constante evolución de la misma [la universidad] y que la lucha de los estudiantes debe estar acompañada de la constante búsqueda de nuevos dirigentes, la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo, tiene a bien convocar a elecciones para la renovación del comité ejecutivo periodo 1986/1989.

A continuación de lo citado en el párrafo anterior, que acompañaba al escudo de la universidad puesto (¿simbólicamente?) de cabeza, se convocaba a elecciones en la Federación de Estudiantes de Hidalgo para el 15 de agosto de 1986. La sociedad hidalguense aplaudió la buena noticia, que anunciaba el fin del reinado de terror del ya para entonces pasante de derecho Zenaido Meneses Pérez. Lejos estaban los hidalguenses de imaginar lo que seguiría. Los porros que habían hecho méritos en campaña, y que por ello se creían con derecho a suceder a Zenaido al frente de la organización estudiantil, muy pronto reconocieron que no les tocaría, pues donde manda capitán es ungido el hermanito. Sí, Agustín, hasta entonces un pequeño líder de la preparatoria, hábil para los golpes (por supuesto, marca de la casa), fue prontamente “destapado” como candidato a la presidencia feuhista. Agustín Sosa Castelán, el hermano menor de Gerardo Sosa, se registró. Fue el único candidato que contó con el apoyo unánime de los grupos.

El 15 de agosto de 1986 en el marco del XIII Congreso Ordinario de la FEUH en el aula Miguel Hidalgo de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en presencia del rector Juan Manuel Menes Llaguno y de los dirigentes sindicales, del personal académico y del administrativo —Jaime Rivas Gómez y Dionisio García respectivamente—, Agustín fue electo presidente de la federación. En su discurso Menes Llaguno repetía la cantinela: “la

organización estudiantil ha sido satanizada, pero es factor importante de la autonomía universitaria”.

La semana previa a la toma de protesta fue de intranquilidad para los pequeños comerciantes y choferes del servicio de transporte público. Diariamente los estudiantes secuestraban camiones y asaltaban comercios y vehículos repartidores. El cambio de poderes fue una apantallante ceremonia con cierre de calles, cuerpos de seguridad con equipos de intercomunicación, edecanes y la presencia del gobernador del estado, Guillermo Rossell de la Lama.

Nada cambió en el estilo de liderazgo feuhista, la sociedad vivía en una intranquilidad constante, amén de que la universidad decayó a muy bajos niveles académicos. En una institución en donde la honradez y la honorabilidad deberían de estar siempre presentes, se traficaban calificaciones, constancias, certificados, cartas de pasante e incluso títulos profesionales. Igualmente, el ascenso en el escalafón de los trabajadores y el acceso a puestos de dirección estaba impregnado por las distintas caras de la corrupción.

José Antonio Zorrilla Pérez

Joven economista, inteligente, decidido y sin escrúpulos, José Antonio Zorrilla Pérez pronto se haría de una carrera singular en el mundo político: la velocidad de su ascenso, tan sorprendente como su caída en desgracia, concretada por una larga permanencia en la cárcel, su inmensa riqueza, así como un poder absoluto en el manejo de la dirección de la Federal de Seguridad, constituyen, entre otros, los rasgos relevantes del político que abriría las puertas de la delincuencia mayor a los integrantes de la federación de estudiantes universitarios, que hasta entonces se habían mantenido como porros y delincuentes de poca monta.

Había nacido el 15 de mayo de 1942 en Zimapán, Hidalgo, aunque otra versión señala que nació en fecha y lugar distintos y que, como medida de legitimación para aspirar a la gubernatura

del estado, adquirió un acta de nacimiento apócrifa. Lo cierto es que su activismo en la Facultad de Economía de la UNAM le llevó a ocupar la subdirección nacional del PRI entre 1965 y 1968; después fue secretario particular de Fernando Gutiérrez Barrios, titular de la Dirección Federal de Seguridad durante el sexenio de Luis Echeverría.

Fueron las pesadas redes del poder nacional que manejaba su jefe, y no los endeblez los lazos que entonces mantenía con la política de su estado, las que le dieron una candidatura a diputado federal por el V Distrito Federal con cabecera en Huejutla. Una vez que terminó la L Legislatura decidió quedarse en Pachuca y recibió de Jorge Rojo Lugo la dirigencia estatal del PRI. Lo acompañó como secretario general del Comité Ejecutivo Aurelio Marín Huazo, ex presidente de la FEUH y protegido de Rojo Lugo. Ejerció dicho cargo durante el periodo 1979-1981 y renunció a él para integrarse al equipo inicial del gobernador Guillermo Rossell de la Lama en calidad de subsecretario general de gobierno. Su paso por esa responsabilidad fue breve, pues en enero de 1982, por recomendación del mismo Rossell de la Lama, el presidente José López Portillo lo designó director de la Dirección Federal de Seguridad. Para lograr ese nombramiento y sustituir en el puesto al tristemente célebre Miguel Nazar Haro mucho influyó su cercanía con Gutiérrez Barrios.

El extraordinario poder del que dispuso Zorrilla Pérez se incrementó por la circunstancia de que el nuevo presidente de la república, Miguel de la Madrid, decidió no tomar bajo su control personal a la Dirección Federal de Seguridad y dejar en manos de Manuel Bartlett, su secretario de gobernación, dicho organismo. Diversos analistas coinciden en señalar que el *modus operandi* entre Zorrilla y Bartlett era simple y benéfico para ambos: Zorrilla Pérez no tenía cortapisas y a cambio trabajaba para la candidatura presidencial de Bartlett.

Cuando José Antonio Zorrilla, a sus escasos 40 años, gozó de un poder absoluto, simplemente enloqueció. Comenzó por no

desmerecer en la ferocidad con que sus antecesores, especialmente Javier García Paniagua y Miguel Nazar Haro, enfrentaron a la disidencia; a la par, la corrupción en la Dirección Federal de Seguridad y el enriquecimiento de un puñado de jefes eran escandalosos. Pero fue la protección y connivencia con el narcotráfico lo que mayor poderío le otorgó y finalmente, también, lo que cavó su tumba política.

El 30 de mayo de 1984 fue asesinado el periodista Manuel Buendía. Un año después continuaban las investigaciones y en ellas aparecían con frecuencia cabos que conducían hasta Zorrilla Pérez quien, por cierto, había sido el primer jefe policiaco en llegar al lugar del crimen. Las cosas se complicaron en ese 1985 con el secuestro y asesinato del agente de la DEA Enrique Camarena, así como de Alfonso Zavala, su piloto mexicano. De tal manera se comprometía con esos hechos a la Dirección Federal de Seguridad, que Bartlett le sugirió al presidente De la Madrid la conveniencia de hacer renunciar a Zorrilla.

Aprovecharon las inminentes elecciones legislativas para nominarlo como candidato a diputado federal por el primer distrito con cabecera en Pachuca. La campaña fue dispendiosa, sin límites; el candidato suplente, Marco Antonio González, ofrecía a los periodistas refrigeradores, salas, televisores, "lo que quieras". Pocos días duró la campaña pues el mismo Manuel Bartlett comunicó al presidente que, dado que las investigaciones en torno a la Dirección Federal de Seguridad comprometían en demasía a su ex titular, lo conveniente era cancelar la candidatura de Zorrilla como diputado. El 24 de mayo de 1985, Zorrilla Pérez hubo de solicitar a la Comisión Federal Electoral que su nombre fuera borrado de la lista de candidaturas del PRI.

Zorrilla salió del país, fue turista en España, donde vivió un tiempo; luego, se convirtió en prófugo de la justicia al ser acusado como autor intelectual de la muerte de Manuel Buendía. Finalmente ha purgado más o menos la mitad de una condena de 25

años en la cárcel de La Palma, mejor conocida como de Almolo-ya, aunque algún reportaje lo ubica como preso con privilegios extraordinarios.

Dios los cría

Juventud, ambición desmedida, falta de escrúpulos, afán de poder y de enriquecimiento rápido sin que importaran los medios y una proclividad a la violencia fueron algunas de las características que Zorrilla compartía con los líderes universitarios. De ahí que resultara natural que durante la permanencia de José Antonio en Pachuca se iniciaran amistades y relaciones entre ellos que se intensificaron por gusto y conveniencia en cuanto Zorrilla se convirtió en el director de la Federal de Seguridad.

Zorrilla, deseoso de que se conociera el poder del aparato policiaco del que era el jefe sin límites, con frecuencia invitaba a los líderes universitarios hidalguenses a visitarlo en sus oficinas. Los relatos y las descripciones del lujo y el poder atestiguado por los que habían podido estar en ese auténtico búnker de la Plaza de la República marcaron, equivocadamente, a muchos jóvenes.

Hasta entonces las tropelías estudiantiles habían estado significadas por las madrizas en bola o por el uso de chacos y navajas; se sabía que los dirigentes portaban pistola y algunos hechos de sangre se derivaron de esa circunstancia, pero pronto todo eso pareció juego de niños. Los líderes se dejaron ver por doquier con armas de grueso calibre, y no una ni dos; en sus incursiones parecían verdaderos comandos empuñando, a cual más, los famosos “cuernos de chivo”. Los vehículos en los que se movían también cambiaron. Del par de viejas sedanetas que en los principios de la organización habían sido su caricaturesco transporte, pasaron a una decena de coches compactos, casi siempre en manos de los presidentes de las sociedades de alumnos de cada escuela, pero al llegar Zorrilla al poder los líderes estudiantiles de Pachuca y Tulancingo

comenzaron a exhibirse en automóviles de lujo, camionetas de importación y todo tipo de vehículos sin placas.

Los signos externos de riqueza e ignorancia, propios de los agentes con charola (también de los narcos) de aquellos tiempos, fueron penetrando en los espacios universitarios, en las calles y centros de diversión: las gruesas esclavas y cadenas de oro, el arma evidente, los arrancones, el circular y estacionarse arbitrariamente, los estéreos a todo volumen, los pleitos, las cuentas sin pagar, las violaciones.

Cientos de universitarios se sumaron, al menos alguna vez, a los actos de vandalismo a los que convocaban y encabezaban sus líderes. Muchos jóvenes se deslumbraron por esa forma de vida y trataron de imitarla. En cada escuela se formaron pirámides informales de poder con base en el arrojo, la habilidad para golpear, la capacidad de embriagarse, la decisión de participar en locuras. Los diarios locales dieron cuenta de la larga lista de tropelías.

Los ciudadanos en general y los pequeños comerciantes en particular sufrieron las consecuencias de las actividades delictivas que, o no eran denunciadas por las amenazas de represalias o, si lo eran, veían obstaculizada la investigación y casi siempre desaparecía el expediente. Estanquillos, cervecerías, vinaterías y tiendas de comestibles intentaron paliar su indefensión colocando mallas y rejas metálicas en sus negocios. El vandalismo replegaba a los ciudadanos.

El de los taxistas fue otro gremio que sufrió el vandalismo imperante. Cuando bien les iba tenían que hacer el servicio de manera gratuita, pero con frecuencia les robaban, además de ser golpeados y desvalijado su vehículo. Los espectáculos artísticos tenían que aportar una cantidad importante de boletos a la federación, y aun así no se libraban del llamado portazo.

A pesar de tan lamentables circunstancias de desorden social, la peor parte se dio intramuros universitarios. Maestros y autoridades fueron disminuidos, vejados. Bastaba con que un integrante de la federación le presentara una lista de alumnos a un maestro, para que automáticamente tuvieran derecho a examen, sin que impor-

tara que nunca hubiesen asistido a clases esos estudiantes. Los líderes disponían de las actas oficiales de exámenes, y con ellas en la mano iban a solicitar autoritariamente que se le cambiase a algún estudiante la calificación.

Los pocos maestros que se opusieron a dichas prácticas resultaron fácilmente despedidos. El simple hecho de presentar un expediente con una relación de firmas solicitando la remoción de un profesor, sin importar el motivo, era suficiente para que el director de la escuela o instituto le pidiese su renuncia. Algunos entendieron la imposibilidad de luchar y se acomodaron, otros simplemente dejaron de impartir clases. A propósito de clases, era impresionante el número de suspensiones y los motivos por demás baladíes por los que las aulas permanecían vacías.

Divide y vencerás

Ernesto Gil Elorduy, si bien oriundo de Sinaloa, realizó estudios y actividad política en el Distrito Federal. Llegó incluso a ser secretario particular de Luis Echeverría, así que cuando decidió continuar su carrera política en Hidalgo, tierra de alguno de sus ancestros, fácilmente accedió a diversos puestos. En enero de 1985 llegó a la Presidencia Municipal de Pachuca y de inmediato el Grupo Universidad le planteó su "derecho" a ocupar diversas plazas. Accedió a integrar en la dirección de mercados a Zenaido Meneses y a Esteban Mercado. Pronto a este último se le pescó *in franganti* en algún cobro indebido y fue dado de baja.

Gil Elorduy, recientemente convertido en secretario de gobierno, recibió la visita de Gerardo Sosa y éste le señaló que en el gobierno de Rossell los universitarios habían tenido una veintena de puestos, que eran espacios que les correspondían y que su presencia política se había incrementado en la administración de Lugo Verduzco, por lo que requerían para los estudiantes cincuenta puestos de diferentes niveles.

Gil Elorduy acordó con el gobernador que no aceptarían otorgar ningún espacio a la federación como grupo de poder y así se lo manifestó a Gerardo. Posteriormente se presentó Agustín Sosa, por entonces presidente de la FEUH, a reclamar la negativa a su hermano y amenazar con movilizar a los estudiantes; lo mismo hizo Sabás Salinas, quien amenazó con hacer que los trabajadores del gobierno tomaran el palacio. El carácter aguerrido de Sabás provocó una fuerte discusión que terminó cuando Gil Elorduy ordenó que lo sacaran de su despacho.

La decisión no cambió y a partir de entonces los ataques del Grupo Universidad al gobierno de Lugo Verduzco se enfocaron en la persona de Ernesto Gil. Pero Lugo Verduzco y sus asesores habían preparado un golpe definitorio para sacudirse la presión y chantaje que el Grupo Universidad les imponía a través de su presencia en el Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado de Hidalgo.

Sorpresivamente, el 18 de diciembre, el Congreso del Estado aprobó una nueva Ley de los Trabajadores al Servicio de los Gobiernos Estatal y Municipales así como de los Organismos Descentralizados del Estado de Hidalgo, misma que entró en vigor el día siguiente de su publicación en el Periódico Oficial de fecha 21 de diciembre de 1987. Con ello quedaba abrogada la ley anterior y de hecho se desmembraba el sindicato controlado por Sosa.

Se desató la guerra en dos frentes: el jurídico, en el que el despacho del conocido abogado Ignacio Burgoa Orihuela, apoyado por los universitarios hidalguenses Raúl Arroyo, Arturo Corrales y Ernesto Jiménez, intentó infructuosamente lograr un amparo; y en el plano periodístico, donde los líderes publicaban una serie de "Manifiestos Sindicales" frente a las autoridades estatales que hacían declaraciones y eran apoyados por los periodistas proclives al gobierno. A veces aparecían otros actores que simplemente evidenciaban las redes de poder de Sosa Castelán, por ejemplo Francisco Rodríguez Pérez, dirigente de la federación de comerciantes

en pequeño declaró que “si el gobierno ‘agrede o ataca’ a este grupo ‘poderoso’, movilizará setenta mil locatarios del estado”. Rodríguez Pérez reconoció que desde hacía mucho tiempo daban apoyo a ese grupo, porque “nos ayuda a que nuestros hijos entren a la universidad, e indicó que existían funcionarios menores del gobierno de Lugo Verduzco que querían acabar con él”.

Sosa por su parte usaba su fuerza en la universidad para apuntalar su lucha contra el gobierno. Declaraba: “la acción de separar por poderes al sindicato tiene la finalidad de disminuir la fuerza y la presencia política del Grupo Universidad. Se pretende restarle una fuerza y presencia política inobjetable, pero no se vale que con ese objetivo se atropellen los derechos de los trabajadores.” Igualmente creaba fantasmas para chantajear: “existe inquietud entre los universitarios, ya que con la misma facilidad con que el gobierno envió una nueva ley en contra de los trabajadores al servicio del estado, en vacaciones o semana santa podría enviar otra para modificar la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo”. No se mordía la lengua para declarar: “nunca justificaremos la violencia cualquiera que sea el motivo; los universitarios podrían recurrir a mítines y ante el presidente de la república en caso de que surgiera la posibilidad de que se tratara de modificar la Ley Orgánica de la UAEH”.

Gil Elorduy declaraba: “ni hegemonías ni fantasmas, ni mucho menos las pretensiones de un estado dentro de otro estado”.

El 15 de abril de 1989, reconociendo en parte la derrota y pretendiendo rescatar “de lo perdido lo que aparezca”, Gerardo Sosa, al frente de los integrantes del desaparecido sindicato, constituyó la federación de los sindicatos que agrupan a los servidores públicos del estado, quedando por supuesto Sosa Castelán como secretario de su comité ejecutivo.

Pero ya su condición de liderazgo se veía mermada, pues además del desmembramiento de los sindicatos, la ley impulsada por Lugo Verduzco asentaba en unas “Condiciones generales de tra-

bajo” las relaciones laborales con los burócratas, dejando sin efecto el anterior contrato colectivo de trabajo. Por otra parte el personal del poder judicial pugnaba constantemente por salirse del control de Sosa Castelán, lo que finalmente lograron al constituir el Sindicato Único de los Trabajadores al Servicio del Poder Judicial, al tiempo que expresaban su conformidad con las condiciones generales de trabajo como instrumento que regularía las relaciones laborales entre el poder judicial y los empleados de base del mismo.

El magistrado y licenciado Eduardo García Gómez, presidente del Tribunal Superior de Justicia del estado, había sido fuerte opositor a las políticas de Gerardo Sosa y, por ende, impulsor de la autonomía de este sindicato. Pero no había sido el único apoyo para Lugo Verduzco. De hecho, cuando resintió la fuerte presión del Grupo Universidad, Lugo Verduzco acudió a Mario Highland, representante del gobierno de Hidalgo en el Distrito Federal, personaje muy apreciado por Rojo Lugo y con cierto ascendiente sobre Sosa. Igualmente contó con Francisco Jiménez, oficial mayor de su gobierno. Fueron ambos quienes llevaron el peso de enfrentar las cotidianas embestidas del sindicato y su capo mayor.

Igualmente estuvieron a su favor las luchas por el poder que emprendió en el sindicato un grupo contrario a Sosa Castelán y Sabás Salinas. Este grupo lo encabezó Juan López López, quien si bien resultó derrotado, originó a Sosa, Salinas y especialmente a su sucesor Néstor Quintero, grandes dolores de cabeza que incluso llevaron a la renuncia del mencionado Quintero.

Para suplir a Néstor Quintero, quién dejó la Secretaría General del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio del Poder Ejecutivo (SUTSPEH) en medio de acusaciones de malversación de fondos, Gerardo intentó imponer a Andrés Becerril, el incondicional joven que había sido su secretario y que era en mucho desconocido para la burocracia del poder ejecutivo, pero en un sorprendente giro, el rival al que se enfrentaría era Sabás Salinas.

Sí, el mismo que había sido íntimo amigo de Gerardo, dirigente sindical y diputado local y que había perdido esas condiciones por el asesinato que perpetró en el Bar Porky's en la persona de Claudia Estela Gómez Sánchez y que, después de dos años y diez meses de andar prófugo de la justicia, había cumplido una condena y regresaba a la vida sindical declarando a todo el que lo quería oír que sus relaciones con el Grupo Universidad se habían terminado definitivamente puesto que, "Ante su problema, lo habían dejado abandonado."

En medio del transcurrir de esta pugna entre Lugo Verduzco y Sosa Castelán, se había dado el "exilio" de Sosa en el extranjero, a efecto de que no provocara ruido en las elecciones municipales que se aproximaban. Fiel a su divisa de convertir las derrotas en triunfo, meses después regresó blasonando haber cursado estudios en Harvard.

A partir de su pérdida de influencia en la burocracia gubernamental, Gerardo se replegó a sus dominios universitarios. Aún daría mucho de que hablar, e incluso a la vista de las circunstancias actuales, parece ser que la disputa por la candidatura del PRI al gobierno estatal reeditará el enfrentamiento entre Ernesto Gil Elorduy, ahora convertido en senador, y Gerardo Sosa Castelán.

El sindicato tras bambalinas

En enero de 1991 se seguía tensando la relación entre el gobierno de Lugo Verduzco y Gerardo Sosa, y el frente más socorrido era el sindicato de trabajadores al servicio del gobierno. El doctor Néstor Quintero, quien fungía como secretario general del sindicato, planteaba a los trabajadores, entre otras molestias, el que "el gobierno no le ha dado ninguna solución a la recategorización, para que puedan obtener un mejor salario" y que "no aceptarían por concepto de quinquenio la muy baja cantidad que les ofrecía el gobierno y que se ubicaba entre cinco y siete mil pesos".

En realidad se trataba de un intento de aparecer ante los trabajadores como un líder vigente y con capacidades para ser el defensor de sus derechos. Pero lo cierto es que ya su tiempo se agotaba y su suerte estaba en manos de Gerardo, que negociaba en su nombre. Éste se reunió el 20 de febrero de 1991, a las 11 de la mañana, con el licenciado Francisco Jiménez Camacho, oficial mayor del gobierno y hombre de todas las confianzas del gobernador, en la famosa lonchería pachuqueña Luz Roja, ubicada frente al Palacio de Gobierno. Ahí, en resumen, Gerardo propuso un calendario para limpiar la directiva del sindicato del poder ejecutivo estatal:

viernes 22 de febrero: renuncia el doctor Néstor Quintero Rojas, titular de dicho sindicato

sábado 23: reunión privada del licenciado Sosa con los dirigentes de los sindicatos de los poderes ejecutivo, legislativo, judicial y de servicios públicos municipales para hacer de su conocimiento dicha renuncia

del lunes 26 en adelante se sacará la convocatoria para elegir al nuevo representante del ejecutivo

Y todavía preguntaba si la elección se haría por asamblea o por voto directo.

Con base en todo lo anterior, el licenciado Sosa establecía:

- a) Que se jubile al doctor Néstor Quintero con \$ 1 500 000.00.
- b) Que se coloque al doctor Quintero en algún empleo, puede ser en servicios coordinados con el doctor Corzo.
- c) Jubilar a Rocío, María de los Ángeles y Liberio Baños, miembros del comité ejecutivo del doctor Néstor Quintero.
- d) Liquidar a Nicolás Ramos y a Enrique Márquez, miembros del comité.
- e) Asimismo, se pide que se le pague a Néstor Quintero la ayuda sindical de \$ 4 500 000.00 que está lista, pero no quiso recoger.

- f) Que se les ayude con \$ 15 000 000.00 para la propaganda de los candidatos.
- g) Que no hay problema, que él controla a Juan López.
- h) Que la solicitud de expulsión del sindicato de algunos disidentes quede sin efecto, procediendo únicamente la de Juan López y que ésta se anuncie en la asamblea.
- i) Que se hable al procurador para decirle que se va a expulsar a Juan López, porque como se va Néstor también Juan ha de irse.
- j) Que se le pregunte a don Mario y al señor gobernador si no hay inconveniente para incluir dentro de los candidatos al licenciado Sabás Salinas.

PERIODO GRIS (1993-2003)

Líderes a la baja

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores
1990	Ramón Martín del Campo	Gerardo Sosa Castelán	Jesús Murillo Karam
1991			
1992			
1993	Marco Antonio Sánchez Altamirano	Juan M. Camacho Bertrán	Humberto Lugo Gil Manuel Ángel Núñez Soto
1994			
1995			
1996			
1997	Héctor Navarrete Mendoza	Juan M. Camacho Bertrán	Humberto Lugo Gil Manuel Ángel Núñez Soto
1998			
1999	Alejandro Rosas García	Juan M. Camacho Bertrán	Humberto Lugo Gil Manuel Ángel Núñez Soto
2000			
2001			
2002			
2003			

La denominación de “gris” para este periodo no tiene nada que ver con los gobernantes que en él figuran, ya que el activismo y afán de control político de parte de Murillo son lo más alejado a la grisura y la idea comprada por Manuel Ángel Núñez Soto de contar con posibilidades de convertirse en candidato del PRI a la presidencia de la república lo hace figurar constantemente en las diver-

sas tribunas nacionales. En cuanto a la universidad se refiere, Camacho Bertrán continuó sin sobresaltos la inercia de los planes diseñados para la institución y, desde luego, Gerardo Sosa era quien seguía llevando la voz cantante.

Gris es más bien el tono que cuadra al desempeño de Sánchez Altamirano, Navarrete Mendoza y en menor medida a Rosas García. Ellos constituyeron la parte final de los liderazgos feuhistas. A excepción del zipizape que protagonizara Rosas al frente de los integrantes de la federación en una discoteca, la gestión de los tres dirigentes mencionados fue de bajo perfil. En 2003 definitivamente se había terminado la etapa del vandalismo constante e incluso del influyentismo en los diversos trámites universitarios.

El cambio no había sido tanto por convicción propia, sino que, al ejercer Sosa la rectoría, por definición estaba comprometido a mantener en orden a los universitarios y lo logró. Por otra parte, sus planes políticos a corto plazo le obligaban a construirse una imagen ajena al porrismo que años antes había próhijado.

Jesús Murillo Karam

No eran malas las relaciones entre la rectoría y el gobierno estatal a cargo de Jesús Murillo Karam, pero distaban mucho de ser cálidas, pues desde siempre los dos líderes se habían tratado con lejanía. De hecho, las relaciones se limitaban a los actos protocolarios. Cada uno había reconocido que el otro mantenía un férreo dominio en sus propios espacios y pretendieron no inmiscuirse en los terrenos ajenos.

Murillo, oriundo del Real del Monte, fue el primer gobernador egresado de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y solamente había tenido pequeños enfrentamientos con la federación en su desempeño como secretario general de gobierno en la época de Rojo Lugo. Posteriormente, la universidad llegó a brindarle algunas distinciones, como cuando resultó electo goberna-

dor del estado y el Comité Ejecutivo del Sindicato de Personal Académico de la Universidad y la FEUH publicaron sendos desplegados de felicitación, a pesar de violar con ello la reglamentación universitaria.

Carta abierta a:

Lic. Genaro Borrego Estrada,
Presidente del Comité Ejecutivo Nacional del PRI

Lic. Beatriz Paredes Rangel,
Secretaria General del CEN del PRI

Senador Héctor Hugo Olivares Ventura,
Secretario de Coordinación Regional del PRI

C. Armando López Campa,
Coordinador Regional del PRI en Hidalgo

Lic. Leopoldo Rodríguez Murillo,
Presidente del Comité Directivo Estatal

Los maestros de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, militantes del Partido Revolucionario Institucional y miembros del Sindicato de Personal Académico de nuestra Máxima Casa de Estudios, expresamos nuestro orgullo porque el licenciado Jesús Murillo Karam, profesionista egresado de esta institución y a la vez ex catedrático de la misma, haya sido nominado por nuestro partido a la candidatura para Gobernador Constitucional del Estado de Hidalgo, por lo que manifestamos nuestro pleno apoyo a ésta, y estamos ciertos que por su capacidad y trayectoria política llevará a los hidalguenses a un mayor nivel de justicia social.

Atentamente

El comité ejecutivo y comités seccionales del SPAUAEH
Septiembre 30, 1992

Responsable de la publicación:
Dr. Waldo Lechuga Traspeña,
Srio. De prensa y propaganda

Expresiones de esta naturaleza son violatorias, como ya se dijo, de la legislación universitaria, y sin embargo casi nunca originaban respuesta de esta comunidad. Años de sujeción y acatamiento a las directrices emanadas de los gobernantes estatales, siempre en favor del Partido Revolucionario Institucional, habían condicionado la aceptación pasiva de dichas prácticas, que no cambiaron cuando Sosa Castelán hizo distancia con la línea del poder ejecutivo, ya que a su vez él se arrogó todos los poderes y cuando así le convido no los puso a disposición del PRI y el gobierno.

La única voz crítica era la del activo grupo de "Universitarios por la Democracia", que respondía en la medida de sus posibilidades, tratando de no dejar impunes las connivencias con el prísmo. En respuesta al anterior desplegado, publicaron el siguiente:

A la opinión pública
A la comunidad universitaria
Al H. Consejo Universitario de la UAEH

El pasado miércoles 30 de septiembre del presente año se publicaron en el periódico *El Sol de Hidalgo* inserciones de organismos representantes de sectores universitarios que se manifestaban en torno al candidato a la gubernatura por el Partido Revolucionario Institucional.

Esa acción constituye una grave infracción a la normatividad universitaria que nos rige actualmente y que en su Ley Orgánica, su Estatuto General y el Estatuto del Personal Académico, indican expre-

samente la prohibición de cualquier propaganda partidista en la universidad.

En nuestro carácter de académicos universitarios, protestamos por el uso del emblema de nuestro sindicato para fines de política partidista y demandamos del Comité Ejecutivo del SPAUAEH, la pública e inmediata rectificación del mencionado desplegado y su aclaración en una Asamblea General.

Del mismo modo, solicitamos atentamente al H. Consejo Universitario y al licenciado Gerardo Sosa Castelán, rector de la UAEH, el pronunciamiento necesario sobre estas acciones y llamamos a evitar el uso corporativo de representaciones universitarias y, al mismo tiempo, a iniciar un proceso de revisión de nuestra legislación a fin de que deje de disfrazarse el debate político al interior de nuestra institución.

Estudiantes, académicos y trabajadores universitarios debemos ejercer plenamente los derechos ciudadanos como expresión de nuestra voluntad individual, en esto se fundamenta la dignidad como sujetos y nuestro carácter de universitarios.

Atentamente

Pachuca de Soto, Hidalgo, 2 de octubre de 1992.

Académicos universitarios

Lic. Teresa Samperio León; C. P. Alfredo Rivera Flores

Lic. Miguel Ángel Serna; Dr. Francisco Patiño Cardona Alcántara

El Sol de Hidalgo, lunes 5 de octubre de 1992

Manuel Ángel Núñez Soto

A pesar de que Gerardo Sosa contendió en las elecciones internas del PRI contra Manuel Ángel Núñez Soto, las nulas posibilidades de triunfo de Sosa impidieron alguna diferencia seria entre ambos. Por el contrario, el triunfo de Núñez Soto permitió a Sosa sumarse prontamente con sus felicitaciones al ganador.

Posteriormente Sosa rescató para su partido la diputación federal por el distrito de Tulancingo y cobró el acuerdo de convertirse en coordinador de la fracción hidalguense en el congreso. Ello permitió contactos políticos protocolarios, que se fortalecieron cuando el gobernador Núñez Soto "se hacía de la vista gorda" ante la intensa campaña que Sosa realizaba desde la Fundación Hidalguense para posicionarse como el lógico sucesor de Núñez Soto. Incluso, el mismo gobernador distinguió a Sosa Castelán permitiéndole repetidas veces que a nombre del gobierno del estado inaugurase obras por muchos millones de pesos.

La relación de Gerardo Sosa ante Murillo y Manuel Ángel fundamentalmente se desarrolló en el plano político y casi nunca se consideró a la federación de estudiantes universitarios, que seguía languideciendo y que finalmente hubo de ser desaparecida a mediados de 2003.

Por su parte la federación de estudiantes no le daba problemas a Núñez Soto, a excepción del desaguisado que protagonizó el último presidente formal de la organización: Alejandro Rosas García; si bien ese hecho afectó principalmente a la presidencia municipal panista de José Antonio Tellería.

Sucedió que los alumnos del Instituto de Ciencias Económico-Administrativas llevaron a cabo una fiesta en la discoteca Nivel X a la que también asistieron los integrantes de la federación. A la medianoche se suscitó una riña entre los dos grupos y tuvieron que intervenir los agentes de seguridad del lugar, que fueron vaporeados. Los contendientes empezaron a destruir el local y a hurtar vino y cerveza. Los propietarios del negocio demandaron la presencia de la policía municipal, pero la llegada de ésta solamente logró que la gresca alcanzara dimensiones mayores, convirtiendo las calles céntricas de Pachuca en campo de batalla.

Se solicitaron refuerzos policiacos, lo que permitió el aseguramiento de más de un centenar de estudiantes. Una vez ubicados en las galeras de la policía municipal destrozaron la malla de la

parte superior para escapar, no sin antes apedrear 17 patrullas de la policía municipal y destruir equipo de cómputo y de oficina, lo que originó una nueva trifulca con los uniformados. De ésta salió fuertemente golpeado el presidente de la federación, Alejandro Rosas García; los hechos quedaron consignados en la averiguación 12/DAP/R/XII/216/2002.

La opinión pública pachuqueña repudió enérgicamente las actitudes violentas, señalando su temor de que fuera el inicio de un retorno a la época de violencia impune que protagonizó la federación en las décadas de los ochenta y noventa.

No hubo tal riesgo de retorno a la violencia, pues el jefe de la universidad y por ende de la federación estudiantil, para esas alturas, era el más interesado en que los estudiantes no cometieran desmanes. De hecho, un perfil bajo era lo que más le convenía a Sosa; por ello, su malestar contra Rosas creció y tal vez ahí decidió que pronto tendría que ser relevado.

Sosa acudió al edificio de la federación a regañar y a amenazar a Rosas; como invitado de piedra estuvo en la reunión el rector Camacho Bertrán. Cuando los ánimos se caldeaban llegó al edificio un contingente estudiantil que previamente había sido convocado por Rosas con la intención de realizar una marcha por la ciudad para exigir castigo a "la brutalidad policiaca". Gerardo Sosa rápidamente se desistió de las amenazas a Rosas y éste aceptó suspender la marcha. A Sosa no le convenía ese acto, prefería acabar con el problema tranquilamente, lo que incluía pagar en efectivo a los propietarios de la discoteca los daños causados, lo que terminó el conflicto.

Sosa todavía intentó, a guisa de correctivo, impedir la presencia de Alejandro Rosas en la mesa de honor durante el informe del rector, lo que tampoco logró, pues Rosas amenazó con introducirse a la fuerza en el recinto utilizando a los estudiantes. A partir de entonces quedó claro que estaban enfrentados, y por supuesto Sosa tendría la última palabra.

La plataforma

La visión de Sosa, o seguramente de sus asesores, le hizo construir una fundación universitaria durante sus últimos tiempos como rector de la universidad. Esa misma visión y el abuso consecuente le llevaron a transformar en un golpe de mano la Fundación Universitaria en Fundación Hidalguense.

Dicha fundación se convirtió en el corazón de las actividades promocionales de la figura de Gerardo Sosa. Enormes cantidades de dinero se derrocharon en todo tipo de actividades con las que Sosa Castelán fue recorriendo los 84 municipios hidalguenses. Vagas explicaciones en torno al patrocinio de fundaciones extranjeras constituían las respuestas de Sosa para explicar el origen de sus fondos. El alto nivel de secretismo con que se maneja hace imposible conocer con certeza esos y otros movimientos financieros.

Juan Manuel Camacho Bertrán

La renuncia de Gerardo Sosa Castelán a la rectoría universitaria para contender en las elecciones internas de su partido en 1998 abrió la puerta para que Juan Manuel Camacho Bertrán, hasta entonces secretario general de la UAEH, accediera al cargo. Nuevamente Sosa Castelán reproducía el esquema tantas veces practicado por él y se convertía en el "poder tras el trono". Camacho Bertrán fue un buen estudiante de la propia universidad y siempre figuró en las representaciones estudiantiles; esto lo llevó a convertirse prontamente en funcionario universitario y, con la protección de Sosa, alcanzar la secretaría general y posteriormente la rectoría de la propia universidad.

Cada cual en su lugar

En marzo de 2002 Juan Manuel Camacho Bertrán rendía ante las autoridades estatales y la comunidad universitaria su IV informe como rector. De pronto, interrumpió la lectura de las triunfalistas cifras con que pretendía sustentar el “destacadísimo papel de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo en el ámbito nacional”, para dar lectura a una tarjeta que llevaba preparada:

A quienes hurgando en el pasado pretenden manchar a la institución con hechos que fueron circunstanciales y que solamente les sirven para esconder su mediocridad y como bandera para sumar simpatías a una ideología o partido político, la comunidad universitaria los rechazará enérgicamente. La historia pondrá a cada cual en su lugar.

Se trataba de una clara alusión al trabajo de investigación que habría de constituir este libro. En la “Plaza Pública” de Miguel Ángel Granados Chapa había aparecido información sobre la elaboración de este trabajo. La respuesta de la rectoría no era novedosa. Algunos han considerado a la autonomía universitaria como una auténtica extraterritorialidad, como si la universidad fuera un mundo aparte donde ni el gobierno ni la sociedad tienen derecho a inmischirse. Más aún, con excepción de un reducido número, tampoco a los universitarios se les ha concedido jamás el derecho de saber a fondo qué sucede en su universidad.

Resulta evidente la enorme importancia de que universitarios y sociedad en general accedan al conocimiento de la institución de educación superior más importante del estado. Es menester que, además del conocimiento, se incursione en la reflexión y valoración de su propio desempeño. Pueden no ser muy importantes los recursos que recibe la universidad de parte del estado, pero sí representan un muy significativo esfuerzo para las capacidades económicas de una de las entidades más empobrecidas del país.

Siendo importantes las responsabilidades por el manejo de los recursos económicos, son aún mayores las que se derivan del mediocre manejo académico de la institución. La sociedad tiene el derecho de saber qué se hace con ese bien histórico, científico y cultural llamado universidad.

Acciones y actores

La cuota de poder político que consiguieron los integrantes de la FEUH con el asalto a las oficinas del PRI estatal en noviembre de 1984 fue el detonante para que, conscientes de la impunidad de que gozaban, multiplicaran los actos violentos, delictivos, y sembraran el terror y la inseguridad en Pachuca, Tulancingo y lugares circunvecinos.

Recordemos que en 1985 Guillermo Rossell de la Lama iniciaba la segunda parte de su sexenio. En la rectoría, Juan Alberto Flores Álvarez vivía el tercer año de su único periodo al frente de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Zenaído Menezes Pérez, inscrito en la escuela de leyes, se desbocaba en su carrera vandálica y de acumulación de riqueza al frente de la FEUH. Gerardo Sosa controlaba al sindicato de los burócratas, a los integrantes del Consejo Universitario y preparaba la nominación de su hermano Agustín para dirigir la federación. Seguía tejiendo sus redes.

En el congreso, Marco Antonio Briones Soto había heredado la curul que ya se consideraba pertenecía a la FEUH. En esa LII Legislatura figuraban también como diputados Hernán Mercado Pérez, del grupito fundador de la organización estudiantil pero que se había encumbrado en la política por la vía del sindicalismo magisterial, y Javier Romero Álvarez, que había sido dirigente del Sindicato de Personal Académico de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (SPAUAEH).

En esas circunstancias sintieron que la ciudad les pertenecía y multiplicaron sus desmanes. Las escuelas particulares, el servicio

de transporte y los sindicatos se constituyeron en los principales objetivos de su violencia.

Acumulación del saber

El apoderamiento de diversas preparatorias particulares por parte de la universidad fue un conflicto constante. El esquema, con algunas variantes, fue siempre el mismo: al presentarse un problema en una escuela entre estudiantes y autoridades —incluso entre una fracción de estudiantes con otro grupo estudiantil, situación frecuente por el control de las sociedades de alumnos— uno de los grupos en pugna acudía en busca de ayuda a la Federación de Estudiantes Universitarios, que tomaba partido y agudizaba el conflicto, lo que a su vez provocaba diversos problemas al gobierno estatal y finalmente se optaba porque dicha escuela fuera incorporada a la universidad y nombrara a los directivos. Por su parte la federación estudiantil designaba una nueva sociedad de alumnos.

Estas acciones permitían a Sosa y su grupo contar con las plazas que sus huestes iban exigiendo, y al otorgárselas el poder de Gerardo se iba ampliando, pues más dependencias universitarias quedaban bajo su control.

Rapados y despojados

El caso de la preparatoria particular José Ibarra Olivares fue distinto y ejemplar. Esta escuela, que gozaba de un sólido prestigio, estaba incorporada a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Un día, apenas iniciados los cursos, un grupo de feuhistas, encabezados por “El Carnes”, que se esforzaba por ser el porro más destacado con un interminable rosario de hechos vandálicos en su haber, allanaron los edificios de la secundaria y la preparatoria. El objetivo era rapar a los alumnos de nuevo ingreso; esta práctica iba cayendo en desuso en la universidad y nunca se había

acostumbrado en la Ibarra Olivares. Algunos alumnos se resistieron a ser rapados y hubo enfrentamientos a golpes. “El Carnes” no estaba satisfecho y por la tarde regresó con casi un centenar de preparatorianos. Penetraron por la fuerza, raparon y vejaron a los alumnos, insultaron a los maestros, faltaron al respeto a las alumnas y ante la intervención del director, el reconocido maestro Antonio Chávez Ibarra, la emprendieron contra él a insultos, patadas y empujones.

Los padres de familia acudieron al gobernador del estado a pedir castigo para los culpables y garantías para la integridad de sus hijos. Rossell se comprometió a satisfacer ambas demandas pero, en vez de ello, cabildeó con los padres que ocupaban algún puesto en el aparato de gobierno y los convenció de no ratificar sus denuncias. Se presentó a una reunión en la preparatoria, donó balones y otros materiales deportivos e informó que a la siguiente semana se pavimentaría el patio de la escuela y se llevarían a cabo otras mejoras a cargo del gobierno. El problema había sido solucionado.

Zenaido Meneses, convertido en defensor de las tradiciones, arremetió contra los directivos de la Ibarra Olivares y el 24 de agosto de 1985 solicitó la desincorporación de esa escuela de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo: “Por ser una escuela de ricos, que pretende manchar el nombre de la FEUH.” En noviembre de ese año se integró una comisión investigadora en el Consejo Universitario de la autónoma de Hidalgo para estudiar el caso de la Ibarra Olivares acusada de “comercializar la educación”. Poco tiempo después se dictaminó la desincorporación.

Zenaido

Durante 1985 los ciudadanos de Pachuca y Tulancingo habían protestado incansablemente por la cadena de hechos delictivos que los estudiantes de la federación perpetraban contra los comercios, los bares, los taxistas y la población en general. Se había crea-

do un clima tal de inseguridad que salir de noche a restaurantes, bares y discotecas, era correr riesgos serios.

Los representantes de las cámaras de Comercio y de la Industria de la Transformación, así como la recientemente creada Alianza Ciudadana, protestaban en diversos tonos exigiéndole al gobernador Rossell de la Lama que frenara la impunidad con que los estudiantes y sus líderes se desempeñaban.

Dichos organismos, conjuntamente con el gobierno del estado, decidieron en julio de 1985 la creación de la Comisión Estatal para la Prevención de Conductas Antisociales de Hidalgo y pidieron la colaboración del rector, pero esta comisión nunca llegó a funcionar.

Zenaido Meneses, con total desvergüenza, hacía declaraciones en los diarios ubicándose como víctima. El primero de agosto denunciaba una supuesta campaña de desprestigio contra la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo y la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Exhibiendo su ignorancia en la redacción de un desplegado, exigía que la escuela Ibarra Olivares fuera desincorporada de la UAEH y pedía que se investigaran atentados contra la organización estudiantil.

A mediados de agosto los estudiantes de la preparatoria Ricardo Flores Magón de Ixmiquilpan quisieron destituir por fraude al director de su escuela, pero éste recurrió a Zenaido, quien llegó encabezando a setenta integrantes de la FEUH, trasladados en dos autobuses, y se provocó una gigantesca riña colectiva.

No todos los pleitos los encabezaba Zenaido; en ocasiones cedía el lugar a su hermano: en mayo de 1984 Ariel Meneses, presidente de la sociedad de alumnos de la Preparatoria 3, se hizo acompañar de un grupo de estudiantes que llegaron a la preparatoria de Tepatepec para intimidar y golpear a quienes pretendían desconocer a la mesa directiva de la escuela.

Estudiantes de la Preparatoria 1, mediante un oficio firmado por Zenaido, pidieron "regalos" a los comerciantes de la calle de Guerrero para ser rifados. Los que no cooperaron fueron saquea-

dos. Al final de esa jornada, encabezados por Zenaido, dieron el famoso "portazo" y penetraron por la fuerza al palenque de la Feria Hidalgo 84.

Aun antes de que ostentara la presidencia de la FEUH, Zenaido ya gozaba de la representación estudiantil y ejercía una práctica de "convenios" con la cual pretendía enmascarar y silenciar el vandalismo desatado. El 8 de mayo del 84 se suscita una riña colectiva entre estudiantes de la preparatoria Salvador Allende en la discoteca New York de Ciudad Sahagún, donde lesionan de un botellazo al propietario del lugar. Posteriormente, éste recibe una llamada telefónica de Zenaido diciéndole que él pagaría los daños y curaciones a condición de que no denunciara los hechos ante las autoridades. Eran los tiempos en que todavía le preocupaban las autoridades.

En agosto de 1985, a petición de los estudiantes, Zenaido se entrevista con el gobernador para conocer los motivos del estancamiento del proyecto Rancho Cadena. Esta propiedad fue donada por Rossell a la FEUH y serviría supuestamente para hospedar a estudiantes foráneos, contaría con canchas de tenis, squash, restaurantes y gasolinería.

En agosto de 1986 coexiste en la prensa un doble discurso. Por una parte, Agustín Sosa dice estar recibiendo apoyos estudiantiles para convertirse en presidente de la FEUH, declara constantemente que acabará con el vandalismo estudiantil; y por la otra, con el lenguaje de los hechos, Zenaido arrecia su ofensiva. Se formulan cargos contra estudiantes universitarios en agravio de la embotelladora Racsa, Comercial de Hidalgo, Sabritas y otras.

El 5 de ese mes, 2,500 estudiantes de la universidad, encabezados por Zenaido, secuestran autobuses para ir a Tulancingo mientras que diez estudiantes de la prepa Salvador Allende se apoderaron violentamente de varios autobuses en Tepeapulco y se introdujeron en las oficinas de la policía judicial causando destrozos y desvalijando un auto ahí estacionado. "Ser universitario no es patente de corso", declaró Agustín.

Estudiantes de la FEUH saquearon la sucursal de la cervecería Corona en Actopan. Los comerciantes de Pachuca amenazaron con hacer paros si no se detenía el vandalismo. Se generaliza la exigencia para despistolizar a los integrantes de la federación.

Uno de los titulares del diario local señala el día 19: "Cordial reunión de la FEUH con Lugo Verduzco." Del día 20 al fin de mes diariamente hubo noticias de atracos y vandalismo estudiantil que incluyeron el asalto y golpiza a un taquero que hubo de ser hospitalizado. Sin embargo, el día 26 el gobernador declaró que no había enfrentamiento con la FEUH y Javier Vargas, alias "El Carnes", exigió respeto a la comunidad estudiantil acusando a la policía de maltratar a los estudiantes detenidos por balear al taquero.

Agustín Sosa se quejó de que "se quiere crear una imagen falsa de los estudiantes". El día 27 irrumpieron 1,500 estudiantes en una reunión de la Federación Auténtica de Sindicatos Municipales de Hidalgo, lesionaron a 30 trabajadores provocando daños por más de 100 millones de pesos al cine San Francisco, en cuyo local se celebraba la reunión. Otro nefasto personaje, Carlos Herrera, es quien encabezó el secuestro de camiones para realizar esa incursión. Colaboradores del semanario *Acción* fueron golpeados por estudiantes cuando auxiliaban a una persona herida.

Ningún escenario les era ajeno para sus desmanes y todo pretexto les servía. En un encuentro de fútbol del equipo Pachuca, Zenaido, al frente de 200 porros con armas y tubos, inconformes por el resultado destrozaron el estadio Revolución Mexicana, quemaron cinco patrullas y destruyeron los camiones de Televisa e Imevisión; lesionaron a algunos jugadores y se robaron las medallas y los trofeos, además de que involucraron a los aficionados en el pleito con los granaderos y por ello quedaron muchos golpeados o afectados por los gases lacrimógenos.

En octubre de 1986 estudiantes de la Preparatoria 2 asaltaron una camioneta repartidora de Gamesa, ataron fuertemente de las manos al chofer y lo arrastraron varios metros con el vehículo

provocándole lesiones de gravedad. El agente del Ministerio Público dijo que no podía hacer nada. La vida les cobró una a los Pérez Meneses: ese día, al pretender ganarle el paso al tren en Zempoala murió Azaél, hermano de Zenaido.

A pesar de la estrecha amistad entre Gerardo y Zenaido, que incluso había culminado en compadrazgo, Sosa fue estableciendo distancia con él, ya que por una parte no atendió a la invitación de superarse académicamente y, por otra, siguió viéndose innmiscuido en diversos escándalos y delitos aun en el plano familiar. En junio de 1989, por ejemplo, la cantante Araceli Álvarez Oropeza, más conocida por el nombre artístico de Araceli Parra, esposa de Zenaido (de quien tramitaba divorcio en un juicio), fue embestida en su automóvil. Conjuntamente con su hermana Ana María levantó una denuncia por daños en propiedad ajena en contra de Zenaido. Dicha denuncia quedó asentada en la averiguación previa número 12 H/571/949.

Duro contra los ruleteros

El secuestro de autobuses y el asalto a comercios, vinaterías y bares se convirtió en la nota periodística de todos los días. De vez en cuando, algún estudiante con más fuero aprovechaba el río revuelto para cobrar cuentas personales; entonces la agresión era a negocios particulares de otro tipo, como la del 10 de octubre de 1986: un grupo asaltó el taller de servicio Automundo, propiedad de Guillermo Vega, golpeando a cachazos a los empleados y reteniendo a uno de ellos en las oficinas de donde robaron más de un millón de pesos.

Pero los taxistas eran uno de sus blancos preferidos. Para protestar por los robos y abusos, el 8 de octubre de ese mismo año, más de cien taxistas se manifestaron ante *El Sol de Hidalgo* pues por enésima ocasión uno de su gremio había sufrido una agresión de los líderes estudiantiles. Javier Vargas Pacheco, "El Carnes", de-

claró que los agresores eran impostores. Y quedó la excusa para siempre. Cada vez que fueron denunciados, los estudiantes declararon que los culpables no eran estudiantes, pero se ostentaban como tales. El mismo Rossell, ante el secuestro de autobuses, respondió señalando como culpables a los estudiantes de El Mexe.

Tanta impunidad ensoberbece a los estudiantes. El 18 de septiembre, casi cien de ellos atacaron el cuartel de la policía en Cubitos; portaban armas de grueso calibre. El ataque, en el que dismantelaron tres patrullas, fue una represalia por las acciones contra los estudiantes. La policía no respondió a la agresión.

De tiempo atrás eran constantes las afectaciones que infligían los estudiantes a los taxistas y a los propietarios de autobuses urbanos y foráneos. Las continuas demandas levantadas nunca surtían efecto; así que cuando, el día de la agresión a los trabajadores de la Federación Auténtica de Trabajadores Municipales, los estudiantes de Pachuca y Tulancingo secuestraron camiones y autobuses para trasladarse al cine San Francisco, los concesionarios del transporte decidieron suspender el servicio aumentando el inmenso caos que se vivía en la ciudad.

Los hechos fueron denunciados ante la agencia del Ministerio Público por Roberto Gómez Valencia, representante de la asociación civil Líneas Urbanas de Pachuca. Ahí mismo se señaló a Carlos Herrera Carrera, hijo del ex rector del mismo nombre y uno de los más agresivos porros, de ser quien encabezaba a los estudiantes. Al ser devueltos los camiones esa tarde, se apreciaban diversos daños que el representante de las líneas señaló podrían ser del orden de los cien mil pesos.

“Unos 300 mil usuarios se quedaron sin servicio”, declaró José Luis Rossano Monterrubio presidente de la Alianza de Camioneros del Estado de Hidalgo. Pachuca, Ciudad Sahagún, Cuauhtepic y Santiago Tulantepec fueron las poblaciones que se quedaron sin transporte urbano. La nota de *El Sol de Hidalgo* del sábado 29 daba cuenta del malestar de la población por los actos vandálicos que ori-

ginaron la suspensión del servicio. Por su parte la representación de los camioneros declaró la prolongada lista de agravios que el gremio había sufrido a manos de los estudiantes y sus conocidos líderes.

Los taxistas hicieron pública su solidaridad hacia los transportistas y denunciaron a su vez las agresiones estudiantiles a su gremio, al tiempo que exigían castigo para los responsables. El paro se planteó con carácter de indefinido hasta no encontrar garantías para el ejercicio de su trabajo.

El 29 de agosto, la Federación de Autotransportistas Hidalguenses, integrada por trece asociaciones, dirigieron a los titulares de los tres poderes, al procurador del estado y a la opinión pública el siguiente desplegado:

Desde el inicio de actividades escolares en las escuelas preparatorias y en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, los transportes urbanos de las ciudades de Pachuca, Tulancingo y Tepeapulco-Sahagún han venido sufriendo secuestros y detenciones, para su utilización en hechos tan lamentables como el sucedido el día 27 de los corrientes.

Situaciones y actos que no podemos seguir soportando ya que nos afectan, no sólo en el aspecto patrimonial sino en la confiabilidad que el pueblo debe tener en un sistema de transporte público, que al ser detenido y secuestrado lesiona básicamente la economía de las ciudades antes mencionadas.

Por tal motivo solicitamos a usted, C. Gobernador, se nos conceda una AUDIENCIA, con el objeto de que se dé una solución y protección para otorgar el servicio, con las garantías que consagran tanto nuestra Constitución Política del Estado como la de nuestra Nación.

Con todo respeto solicitamos de la ciudadanía nos disculpe las molestias que este acto [el paro] les ocasiona y asimismo les exhortamos a apoyar esta decisión para defender los intereses de la sociedad de estos hechos vandálicos, igualmente agradecemos el apoyo de las organizaciones filiales de esta federación.

A pesar del tono comedido de los transportistas, queda claro que en distintas ciudades y durante bastante tiempo el secuestro de autobuses por parte de los integrantes de la federación estudiantil se había convertido en una práctica frecuente, con la consiguiente afectación a la ciudadanía.

Fiel a su bajo perfil público, el licenciado Lugo Verduzco no dio la audiencia que le solicitaban y responsabilizó al secretario de Gobernación, licenciado Ernesto Gil Elorduy, del diálogo con los inconformes. El paro se levantó 24 horas después, una vez que los permisionarios recibieron garantías de la representación de gobierno de evitar las acciones vandálicas. Igualmente fueron exhortados a presentar las demandas correspondientes con la seguridad de que serían atendidas. El licenciado César Vieyra Salgado, un eternizado funcionario, a la sazón procurador general de Justicia declaró: "ya se recibió la denuncia y se inició la averiguación de los hechos, vamos a esperar la terminación de la misma y claro que los culpables serán castigados conforme a derecho". Nunca hubo consignaciones y menos castigo a los culpables.

Sindicatos

Gerardo Sosa mantenía un absoluto control sobre el Sindicato de Trabajadores al Servicio del Estado que le entregara en bandeja Jorge Rojo Lugo; igualmente, disponía de los sindicatos de personal académico (SPAUAEH) y de trabajadores de la universidad (SU-TEUAEH), pero quería más, necesitaba más.

Su involucramiento con los sindicatos presentaba diversas caras. Podía sumarse a los liderazgos, apadrinándolos en sus demandas e incluso elaborándoles los planteamientos para negociar; otra vía era la de tomar partido y apoyar las campañas de alguno de los candidatos que disputaban la secretaría general, o de plano intentar suniar en paquete toda la agrupación de trabajadores. Algunos ejemplos: la última semana de febrero de 1985 *El Sol de Hidalgo*

dio cuenta en repetidas notas de que, azuzados y asesorados por Gerardo Sosa, dirigentes del Sindicato de Trabajadores Municipales de Tepeapulco pidieron la destitución del presidente municipal Luis Barrios Saldierna, por "inepto e ignorante". Los estudiantes "apoyaron" el movimiento con asaltos y saqueos a comercios y transportes. El grupo era encabezado por el líder del sindicato, Eliseo González Ordóñez y por Sabás Salinas.

Los porros irrumpieron también en la asamblea que realizaban los mineros de la sección uno del Sindicato Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos obstaculizando las votaciones y con ello el triunfo de la planilla democratizadora. Unos días después, con amplia presencia estudiantil, una nueva asamblea se llevó a cabo y en ella triunfó el candidato apoyado por Sosa y la federación. Desde ese día, Fermín Soto León "acordaba" cotidianamente con Sosa, lo que sería uno de los principales motivos para que el 26 de noviembre de 1986 fuera destituido de su cargo.

La Federación Auténtica de Sindicatos Municipales, a cuyo frente estaba el politizado dirigente Gabriel López Bracho, resultó un hueso duro de roer, pues nunca cedió a los afanes de asimilación del grupo sosista, ni siquiera al ser objeto de varios atentados, incluido el incendio de sus oficinas en junio de 1987.

Un hueso muy duro de roer

Gabriel López Bracho, un humilde trabajador del departamento de limpias de la Presidencia Municipal, se había convertido en líder de los trabajadores de su gremio no solamente de Pachuca, sino que había avanzado en su activismo sindical de tal manera que había creado la Federación Auténtica de Sindicatos de Trabajadores al Servicio de los Municipios del Estado de Hidalgo (FASTSMEH) que se iba fortaleciendo con la suma de representaciones sindicales de distintos municipios.

Dicha organización sindical y su líder no solamente no contaban

con la buena voluntad de Gerardo, sino que de hecho estaban enfrentados; Sosa Castelán, deseoso de controlar también los sindicatos municipales, había creado una organización similar que había puesto en manos de María Elena Acosta Carrillo, a la que apoyaba en su intento de allegarse los sindicatos de limpieza de otros municipios.

El conflicto entre ambas federaciones era constante y tenía muchos frentes. En el ámbito de la Junta Local de Conciliación y Arbitraje, Sosa iba de gane, pues los funcionarios de los distintos niveles, casi todos egresados o estudiantes de la universidad, o eran sus amigos o eran susceptibles de dejarse influir en favor de la federación única, supuestamente dirigida por María Elena. Pero por su tenacidad y convicción Bracho estaba siendo un "hueso muy duro de roer".

A mediados de junio la FASTSMEH, por boca de López Bracho, anunciaba un movimiento "de repudio al favoritismo con que ha actuado la Junta Local de Conciliación y Arbitraje", pues se negaba a conceder el registro provisional a tres de sus sindicatos afiliados, pero, en cambio, lo había hecho de inmediato con los sindicatos presentados por la Federación Única de Sindicatos Municipales. Incluso, señaló: "los trabajadores están decididos a tomar las instalaciones de la junta, donde están congelados desde hace varios meses los registros provisionales de los sindicatos municipales de Huejutla, Mineral del Chico y Santiago Tulantepec".

Estudiantes lanzados contra el sindicato

El 27 de agosto de 1987 la FASTSMEH convocó a su segundo congreso con motivo de celebrar su primer aniversario. Éste se llevaría a cabo en las instalaciones del cine San Francisco. Apenas se habían iniciado los trabajos cuando irrumpió un grupo de estudiantes, principalmente de las preparatorias 2 de Tulancingo y 3 de Pachuca. Vociferando llegaron y arrancaron mantas del congreso, rompieron y saquearon las vitrinas de la dulcería y causaron

destrozos en la butaquería, impidiendo con ello la continuación de los trabajos sindicales.

La nota del corresponsal de *Excelsior* daba cuenta de que los daños que perpetraron en las instalaciones los cerca de 1,500 porros, se calculaban en cien millones de pesos, amén de que resultaron lesionados cerca de treinta empleados municipales. Posteriormente a la agresión los representantes sindicales de los quince municipios asistentes al congreso se concentraron en el parque Hidalgo donde, después de valorar los daños, López Bracho señaló como cabeza visible del vandalismo al licenciado Gerardo Sosa Castelán y anunció un paro de labores para exigir al gobierno seguridad y respeto a sus actividades sindicales, así como castigo a quienes los agredieron.

El licenciado Jesús Murillo Karam, presidente del Comité Directivo Estatal del PRI, entrevistado por el periodista Alberto Witvrun respondía con su vehemencia característica: "no permitiremos que se rompa la paz social del estado, y para ello utilizaremos toda la fuerza del partido"; al reiterar su apoyo al derecho de asociación defendía a sus agremiados: "el partido velará por todas sus organizaciones" y le marcaba su territorio a la federación estudiantil, al tiempo que hacía una velada crítica a la pasividad de respuesta del gobernador al señalar que, de haber agresiones en contra del PRI, "estamos dispuestos a todo. No se puede ser líder o autoridad si se tiene miedo". Finalmente deslindó: "no estamos en contra de la universidad, sino de quienes la utilizan".

El 29 de agosto Pompeyo Ángeles, uno de los hermanos que se posesionaron durante más de veinte años del Sindicato de los Servicios Coordinados de Salubridad, firmaba como secretario general del comité ejecutivo estatal de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado (FSTSE) un desplegado solidarizándose en el viejo estilo con el líder de su partido y, claro, con el señor gobernador: "Nuestra organización está en contra de cualquier acto que impida el libre ejercicio de voluntades en los sindicatos que estén debidamente organizados en nuestra entidad, pues

debemos tomar el ejemplo claro y preciso que nos da el gobernador del estado, licenciado Adolfo Lugo Verduzco.”

Y vinieron más desplegados, pero sobre todo de las “fuerzas vivas”. Los diputados Juan Carlos Alba Calderón, Daniel Campuzano Barajas y el profesor Hernán Mercado Pérez, en representación de los sectores agrario, obrero y popular del PRI, expresaron su rechazo a los actos vandálicos y se manifestaron “alerta y listos para defender a nuestras organizaciones y al régimen de derecho y paz pública que merecen y desean los hidalguenses”. Desde luego, al lado de la condena aparecían los elogios y los apoyos incondicionales para el dirigente del partido y el gobernador.

José Leiza Kanán, presidente de la Cámara de Comercio de Pachuca, condenó igualmente el vandalismo y pidió la aplicación de medidas drásticas para evitarlo, señalando que “los comerciantes exigen el respeto a la población, por lo que los desmanes deben terminar”.

Pero fue el Comité Ejecutivo de Autotransportistas Hidalguenses el organismo que más duramente protestó a través de declaraciones y desplegados, respondiendo además con hechos, pues llevaron a cabo un paro del transporte que acabó de centrar la atención en el vandalismo que se había venido soslayando.

Pocos días después, el 8 de septiembre, los trabajadores municipales de Pachuca y Tepeapulco realizaron una marcha por las principales calles de la capital hidalguense y se declararon en paro laboral por doce horas para “protestar por la impunidad en que ha quedado la agresión que sufrió la convención de la Federación Auténtica de Sindicatos Municipales del Estado de Hidalgo (FASMEH) a manos de los estudiantes enviados en su contra por los líderes Gerardo y Agustín Sosa Castellán”, según declaró su dirigente Gabriel López Bracho, al tiempo que anunciaba futuras suspensiones de actividades en todos los municipios.

Los miembros de la federación contraatacaron denunciando que durante la marcha los trabajadores municipales habían llegado

hasta el edificio feuhista y los habían provocado y que también habían roto los vidrios. No hubo más, las autoridades se lavaron las manos y cada grupo se quedó con “sus ofensas”.

“El Carnes”

Desde su ingreso a la preparatoria se dio a conocer. Fácil para el pleito, entrón para todo, vulgar en la apariencia y en la forma de comportarse. Casi nadie recordaba su nombre: Francisco Javier Vargas Pacheco, pero para nadie era desconocido su apodo: “El Carnes”; el sobrenombre resultaba natural, pues provenía de una familia propietaria de varias carnicerías.

Estando desde entonces las dirigencias estudiantiles de las diversas escuelas universitarias en manos de quienes conjuntaban el mayor número de golpeadores, pronto llegó “El Carnes” a presidente de la Sociedad de Alumnos de la Preparatoria 3. No fue limpia su designación y pronto le cobraron cuentas los seguidores de su antecesor en el cargo, Rubén Cerón, quien con 50 porros golpearon a los porros de “El Carnes”. Cuando el zafarrancho estaba en grande llegó Ezequiel Salinas, “El Cheque”, disparando ráfagas de metralleta que hicieron huir a todos. Había un aprendizaje intensivo de la violencia y Vargas Pacheco fue de los mejores alumnos. “El Carnes” no descansaba, cotidianamente participaba en los pequeños hurtos y latrocinios, pero cada vez lo hacía más en grande.

El 17 de agosto del mismo año 1987, pistola en mano, secuestró un autobús de las Líneas Unidas Sierra de Hidalgo. El asalto fue en la carretera a Real del Monte. Subieron de peligrosidad sus incursiones y, sin embargo, siguió intocable. Rossell se negó a actuar. Ni siquiera lo hizo cuando en agosto de 1986, al frente de 15 estudiantes, baleó una patrulla en Tulancingo; mandó por refuerzos y llegaron cerca de 200 estudiantes, muchos de ellos armados, amenazaron con atacar a los policías y éstos prefirieron encerrarse para evitar problemas.

Es hasta el 13 de mayo de 1989 cuando aparece su nombre en una averiguación (12H/490/989), pero esta vez él resultó el agredido. Fue baleado por dos individuos en el restaurante Alex cuando se encontraba junto con su novia Biserka Gómez Suestanova. Después de permanecer cinco horas en el restaurante, "El Carnes" y su acompañante fueron golpeados por los individuos que minutos antes habían penetrado al lugar y sin más expresión que "ahora sí nos la vas a pagar" iniciaron la agresión en la que hubo incluso disparos.

Sin embargo, a pesar de haber presentado Gómez Suestanova denuncia ante el Ministerio Público, no se supo del paradero de su acompañante; por supuesto tampoco fue llamado oficialmente a declarar y cuatro días después tranquilamente apareció y negó ante los medios haber participado en ningún hecho violento. E incluso negó recordar a quien esa tarde le acompañaba, si bien, concedió: "efectivamente la he de conocer, porque ha de estar en la universidad como muchos de mis compañeros, pero no es mi novia ni tengo nada que ver con ella".

Sin embargo, nada disminuía los afanes vandálicos de "El Carnes". Una semana después en compañía de Agustín Sosa, presidente de la FEUH, encabezaron a cerca de quinientos preparatorianos que por la fuerza penetraron al poliforum José María Morelos, donde se presentaba un espectáculo con el cantante Luis Miguel. La prensa señalaba el riesgo en que se había puesto a los asistentes por el sobrecupo del lugar, independientemente de que se quedaron fuera del local una gran cantidad de personas que habían pagado su boleto.

En agosto de 1989 las cosas se le complicaron a Vargas Pacheco, pues fue detenido por agentes de la Policía Judicial Federal después de que el sábado por la madrugada sostuvo un encuentro a golpes en el interior de la discoteca Borsalino, precisamente con los federales. La riña llegó a consecuencias mayores toda vez que, según se conoció, varias personas resultaron heridas. Sobre la de-

tención de "El Carnes" y otros de sus acompañantes únicamente se logró establecer que fueron enviados a México; existieron cargos por portación ilegal de arma prohibida y de uso exclusivo del ejército, así como ataque a judiciales federales.

En este asunto, como siempre sucedía cuando líderes estudiantiles se encontraban involucrados, los hospitales no reportaban nada sobre los lesionados, al igual que tampoco lo hizo en este caso la Dirección General de Seguridad Pública y Tránsito del estado en donde únicamente se señaló que "hubo una riña colectiva en Borsalino".

Reconversión

Francisco Javier Vargas fue uno de los líderes que atendieron las indicaciones de Gerardo Sosa para reconvertir sus desempeños y lograr su permanencia como funcionario universitario. Así que aprovechó las facilidades para obtener su título de licenciado y a partir de entonces ha desempeñado diversos cargos administrativos, ciertamente de poca relevancia. Mucho tiempo se desempeñó como administrador del Centro de Extensión Universitaria y a partir de junio de 2002 se ocupa como secretario administrativo del Instituto de Ciencias Agropecuarias. En paralelo a su ocupación universitaria continúa en los negocios de la carne, siendo uno de los principales introductores de este alimento en la entidad.

La institución

LO ACADÉMICO

Transformaciones en el proyecto universitario

Décadas de agitación y escándalo promovidas por la federación de estudiantes universitarios y rectores más atentos a las circunstancias políticas dejaron en un segundo plano la reflexión sobre el desempeño netamente académico. Sin embargo, las ideas de cambio y transformación dinámica implícitas en el concepto de universidad estuvieron siempre latentes, por más que la lenta evolución y la reiterada presencia de los mismos personajes —o de otros con nombres distintos, pero respondiendo a las mismas actitudes— parecían indicar inmovilismo. Solamente de manera esporádica aparecían estudios sobre el hacer universitario.

Miguel Ángel Serna Alcántara integrante del pequeño grupo informal “Universitarios Democráticos”, voz crítica y reflexiva que lo llevó a ser despedido de la universidad por Sosa Castelán, apuntaba en un análisis lo siguiente:

El proyecto educativo y político de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo se ha caracterizado por su fidelidad en lo fundamental a los paradigmas ideológicos que le dieron origen, generados desde los centros de decisión política y cultural nacionales, pero principalmente vinculados a los grupos de poder que mantienen la hegemonía económica, política y social sobre la mayor parte del estado de Hidalgo desde hace más de 50 años.

Las directrices generales del proyecto educativo le han dado con-

tinuidad, pero esta continuidad no elimina la importancia de los diversos momentos históricos, principalmente porque cada uno de ellos expresa de manera peculiar la composición de las fuerzas políticas y académicas, sus relaciones internas de poder, su papel en relación con el estado, la hegemonía de determinados grupos y sus propias propuestas educativas.

Las tres etapas

La dependencia. Tres grandes etapas han caracterizado la historia universitaria: la primera, que corre desde la fundación de la UAEH en 1961 y aun antes con su antecedente, el Instituto Científico Literario Autónomo (ICLA), bajo la tónica de una dependencia directa de la misma hacia el ejecutivo estatal, quien la fomenta, dispone, dirige y controla casi en forma departamental. Esta etapa termina con la destitución —que no renuncia voluntaria— del licenciado Jesús Ángeles Contreras en 1975.

Durante esta etapa la dirección y el mando de la institución corre a cargo de profesionistas liberales, específicamente abogados educados bajo la influencia del positivismo de corte comteano y spenceriano que domina el ambiente y que constituyen versiones auténticas de “intelectuales orgánicos de la clase en el poder” en el sentido gramsciano por lo que las relaciones con el estado, específicamente con el gobierno local y su grupo gobernante desde los años cuarenta, son estrechas y de mutuo apoyo. Lo cierto es que durante esta etapa el fiel de la balanza de esta relación se operaba directamente desde el Palacio de Gobierno del estado en donde se encontraban los mecanismos para la resolución de las decisiones más importantes de la institución, entre ellas el nombramiento de rectores, directores y aun de autoridades menores.

La consolidación. La segunda etapa o momento se inicia con el ascenso a la rectoría del ingeniero Carlos Herrera Ordóñez y es respuesta a la crisis política y social de los años sesenta.

El periodo de Herrera Ordóñez, el más largo de que se tenga me-

moria, es de fundamental importancia para la comprensión de procesos académicos y políticos presentes hasta la fecha. Es en este periodo donde se conforma el actual grupo dirigente de la universidad: se configura en lo general la propuesta educativa vigente y se establece el marco de normas jurídicas que rigen desde entonces la vida universitaria.

Mediante la reforma a la Ley Orgánica, permitida e impulsada por el gobernador Jorge Rojo Lugo y que se concreta fundamentalmente en la recomposición del Consejo Universitario, la universidad hidalguense deja de ser una institución de profesores para transformarse en una universidad “estudiantil” al quedar estructurado el máximo organismo de autoridad por una sobrerrepresentación del alumnado: el 50 por ciento de los consejeros quedará en manos de los representantes estudiantiles y el otro restante se dividirá entre autoridades, directivos y representantes de académicos y trabajadores administrativos.

Al transformarse en el “fiel de la balanza” en la dirección de la institución, el control político de las masas estudiantiles se ve potenciado. Resulta evidente que a partir de ese momento quien obtenga el control sobre las mismas ejercerá en los hechos el control sobre la institución universitaria.

La ruptura. El cambio más reciente se presenta con el primer periodo rectoral del licenciado Juan Manuel Menes Llaguno que se caracteriza por la independencia y enfrentamiento del grupo dirigente universitario con el gobierno estatal. Su posibilidad de elegir autoridades sin mayores intervenciones foráneas y su predominio político e ideológico casi absoluto sobre las otras fuerzas componentes del aparato universitario.

La elección del licenciado Menes a principios de 1986 se produce en el momento de escisión entre el grupo dirigente —llamado ya desde entonces “Grupo Universidad”— y el gobierno estatal. Coinciden en generar esta situación el enfrentamiento del gobernador del estado contra grupos políticos de los que forma parte intrínseca la dirigencia universitaria. La presencia en su cuerpo de colaboradores de funcionarios con intereses particulares por crear sus propias áreas de influen-

cia como José Guadarrama Márquez y José Antonio Zorrilla Pérez resta y divide las fuerzas del aparato gubernamental en su conjunto. Zorrilla Pérez, proveniente de los aparatos represivos nacionales por su paso por la Dirección Federal de Seguridad a la que más tarde retornaría como jefe máximo para ser impulsado posteriormente como diputado federal por el PRI y por último caer en desgracia política al ser acusado de delitos de narcotráfico, amén de su probable participación en el asesinato del periodista Manuel Buendía, fue en su momento decidido mecenas de los grupos feuhistas porriles de la UAEH.

Adolfo Lugo Verduzco al llegar al poder estatal encuentra a un Grupo Universidad fortalecido; dos hechos resaltan: controla la burocracia al detentar el poder en el Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Tres Poderes del Estado y la sucesión rectoral, prácticamente resuelta en familia a favor del licenciado Juan Manuel Menes Llaguno.

Este periodo rectoral se caracteriza por la división explícita del mando universitario. De acuerdo con declaraciones propias Menes Llaguno habría de hacerse cargo de dirigir los asuntos académicos, en tanto las cuestiones políticas correrían a cargo del licenciado Gerardo Sosa Castelán, nombrado secretario general de la institución.

La situación actual. En el enfrentamiento con el ejecutivo estatal el Grupo Universidad ha visto frenados sus ímpetus protagónicos dentro del sistema político, pero conserva sus fuerzas íntegras. La FEUH, base fundamental de movilización, ha dado paso en el marco de esas discrepancias coyunturales a acciones más discretas sin estar exentos de involucrarse en acciones delictivas algunos de sus miembros más destacados.

Las estructuras y mecanismos que durante más de quince años han sostenido el proyecto dominante dejan ver en su construcción, aparentemente monolítica, ciertas grietas.

A pesar de los esfuerzos en contra, la UAEH va siendo permeada por los sucesos políticos, económicos y sociales que la circundan. Es cierto que las estructuras han podido ser mantenidas bajo el precario control del sistema político y social del que el grupo dirigente uni-

versitario es parte. Pero si en el pasado reciente ese control se antojaba homogéneo y eterno, en la actualidad se ve cuestionado por una creciente sociedad civil y sometido a nuevas formas de pensar y actuar frente a los asuntos de interés público. Se trata ya de un cambio, pero es un cambio lento.

LO SINDICAL

Origen del sindicato de los académicos

Durante el gobierno de Luis Echeverría la derrama de recursos hacia las universidades tuvo muy diversas aplicaciones. En la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo se empleó en el establecimiento de la primera plantilla de maestros de tiempo completo y de medio tiempo. En todo el país, en paralelo al reparto de los recursos, había ido creciendo la agitación en las instituciones de educación superior, especialmente en el ámbito sindical.

El rector Jesús Ángeles Contreras, queriendo curarse en salud, creó una Asociación de Maestros de Tiempo Completo y Medio Tiempo que, un poco después y ya bajo el rectorado de Carlos Herrera Ordóñez, se convirtió en un sindicato que agrupó a todos los maestros universitarios y que nació bajo el control de las autoridades. Esa situación ha continuado durante toda su historia. Un breve retrato de sus dirigentes nos dará elementos para entender el desempeño del sindicato.

Javier Romero Álvarez (1980-1984)

Egresado de la escuela de derecho de la propia universidad, destacó como orador en su época estudiantil y llegó a la dirección de la Preparatoria I. Integró un grupo político muy fuerte, con Rafael Arriaga Paz y Adalberto Chávez Bustos; por ende, contaron a su favor con los primeros presidentes de la federación de estudiantes.

Alinearon su poder a las órdenes del rector Juventino Pérez Peñafiel y, a la caída de éste, lo transfirieron a Jesús Ángeles Contreras. Posteriormente pretendieron que uno de ellos fuese el sucesor, pero Carlos Herrera Ordóñez les ganó la partida; entonces negociaron su permanencia y a Romero Álvarez se le dio la dirección del sindicato blanco universitario. Desde esa posición volvió a intentar hacerse de la rectoría, la que disputó infructuosamente a Juan Alberto Flores Álvarez en 1982. Ocupó la diputación local por el distrito de Tenango de Doria en la LII Legislatura (1984-1987).

Juan Manuel Menes Llaguno (1984-1985)

Para 1984, Menes Llaguno ya había ocupado diversos puestos en el poder judicial y había creado una fama como historiador y maestro universitario. Sobre todo, se encontraba muy presente en el círculo cercano a Jorge Rojo Lugo, merced a que había escrito algunos textos en torno de Javier Rojo Gómez. Fue seleccionado para dirigir a los maestros universitarios, puesto que ejerció un poco más de un año, justo hasta el momento en que Gerardo Sosa se inclinó por él para ocupar la rectoría.

Bertha Lemoine de Pérez Peñafiel (1985-1985)

La enfermera Bertha Lemoine, viuda del ex rector Pérez Peñafiel, ocupó interinamente en 1985 la secretaría general del sindicato y en ese mismo año cedió el puesto a Jaime Rivas Gómez, quien consiguió en su larga permanencia en el cargo, que incluyó la elección, reelección y una cuestionada segunda reelección, que su nombre constantemente fuera mencionado como uno de los candidatos con posibilidades de llegar a la rectoría.

Jaime Rivas Gómez (1985-1998)

La muy mediana trayectoria universitaria del ingeniero Jaime Rivas Gómez recibió un fuerte impulso al ser ubicado por Sosa Castelán como dirigente de los trabajadores académicos. Se entendieron de maravilla. Rivas Gómez fue un eficaz conducto para que Sosa Castelán premiara o castigara a los docentes por la vía del sindicato. Igualmente, su desempeño fue constantemente señalado como fraudulento para los intereses de sus agremiados, pues nunca se presentaron con claridad las cuentas de los recursos aportados por los docentes para su fondo de retiro; del mismo modo, la construcción de un fraccionamiento para los académicos dio lugar a múltiples inconformidades por aquellos maestros que finalmente lograron obtener sus casas en condiciones distintas a las pactadas, es decir, carentes de muchos de los servicios que habían sido convenidos e incluso pagados.

La cercanía amistosa con Gerardo y el rodearse de un grupo de incondicionales que se perpetuaron en el comité le permitía a Rivas acallar las escasas muestras de inconformidad. Por otra parte, estableció como otro mecanismo de nulificación de los esporádicos brotes de descontento el realizar los congresos sindicales en lejanos lugares turísticos y con un programa lleno de festejos que disminuían al máximo las sesiones de trabajo y que obligaban a los delegados a otorgar "votos de confianza" al comité para la solución de los asuntos e incluso para la discusión de las condiciones generales de trabajo. Acapulco, Puerto Vallarta, Cancún, La Habana, Puerto Rico, fueron algunos de los destinos en donde se dejó olvidada la lucha sindical.

Después de casi catorce años de ocupar la secretaría general violando los estatutos y a pesar de la muy amigable relación que mantenía con Sosa Castelán, a este último le resultó muy problemático continuar sosteniendo a Jaime Rivas en el puesto; por tal razón, manejó los hilos para que el licenciado en administración

de empresas José María Sánchez ocupase dicha representación. Rivas tuvo un breve desempleo y nuevamente el manto protector de Sosa Castelán le llevó a ocupar un espacio en la administración pública al ser designado por Manuel Ángel Núñez Soto como titular del Comité de Administración del Presupuesto Estatal para la Construcción de Escuelas (CAPECE).

Como quien todo lo da, todo lo quita (y más si es para beneficiar a la familia) en julio de 2002 Rivas Gómez era sustituido en el puesto por Óscar Damián Sosa Castelán, hermano de Gerardo, entonces diputado federal.

José María Sánchez (1998-2002)

El joven y respetado maestro José María Sánchez Ramírez había ocupado diversos puestos en la administración universitaria e incluso se había desempeñado como director del Instituto de Ciencias Contables Administrativas (ICCA). Gozaba de buena imagen entre los académicos y de cercanía con Sosa Castelán. Incluso, frecuentemente se le mencionaba con posibilidades de llegar a la rectoría. Sin embargo, la noche trágica del martes 15 de enero de 2002 sufrió un accidente automovilístico cuando manejaba a alta velocidad después de haber asistido a una fiesta.

Arturo Galván Fernández (2002)

El odontólogo Galván ocupó interinamente la secretaría general del sindicato. Ni él ni su pequeño grupo de seguidores se llamaron a engaño, siempre supieron que su paso al frente de la agrupación de académicos era transitorio, pues sus condiciones naturales nunca le permitieron ejercer ningún liderazgo.

Sin embargo, decidió presentarse como candidato y hubo de enfrentar al cirujano dentista Luis Gil Borja, nuevo protegido de Sosa, para ocupar la secretaría general del SPAUAEH para el periodo

2002-2006. La asamblea general, para no variar, se realizó en Cancún, Quintana Roo, y en ella por abrumadora mayoría triunfó Gil Borja. Sosa había dado la línea en su favor e incluso Hugo Cortés Osorno, también candidato, reconocía que su papel era completar la terna y que de momento a él le darían “dos o tres votitos nada más”.

Galván, con título de cirujano dentista, fue cobijado por alguno de sus viejos compañeros y aceptó un puesto en el área de recursos humanos en la Presidencia Municipal.

Luis Gil Borja (2002-)

El doctor Gil Borja, un joven y entusiasta profesionista, en un año al frente de su sindicato intentó afanosamente recomponerlo, pero sobre todo dedicó sus tiempos y posición sindical universitaria a apoyar la creación de una red de “células políticas”, en las que Gerardo Sosa pretende basar la estructura que le lleve a triunfar como candidato interno del PRI a la gubernatura.

A pesar de que, evidentemente, los sucesivos líderes sindicales eran impuestos por una voluntad ajena a la de los trabajadores académicos, los maestros difícilmente se inconformaban, así que los señalamientos siempre eran realizados por el mismo pequeño grupo democrático. El ingeniero Román Hernández escribía en relación con el tema en el diario *Visor* el 11 de marzo de 1994:

La universidad al balcón

Uno de los problemas que la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo tiene actualmente es el de sus sindicatos, tanto el de personal administrativo como el de personal académico. Estos sindicatos se formaron cuando era rector Carlos Herrera Ordóñez, anticipándose a la inminente integración de los mismos cuando, en la década de los setenta, se vivió el auge del sindicalismo universitario que colocó al

gobierno y a las universidades ante la disyuntiva de dejar que se crearan por iniciativa de los trabajadores o de formarlos ellos a fin de decidir sobre quiénes habrían de ser los dirigentes y reglamentando su estructura.

Los sindicatos universitarios nacieron así supeditados a la autoridad universitaria y hasta hoy siguen respondiendo antes que nada a la voluntad del rector en turno. Si bien esto fue útil para evitar “conflictos” y decidir desde la rectoría la política sindical, en el caso del sindicato de personal académico esto se ha convertido en un estorbo cuando “la modernización” es una política a implementar. ¿Qué iniciativas modernizantes puede tomar una organización acostumbrada a servir únicamente de legitimadora de las decisiones del rector ante la comunidad de profesores e investigadores?

La permanencia de casi nueve años del ingeniero Jaime Rivas Gómez (¿habrá nuevamente reelección?) al frente del Sindicato de Personal Académico de la UAEH (SPAUAEH) ha reafirmado esa tónica de comportamiento sindical que a los ojos de muchos docentes sólo ha servido para tenerlos sometidos a decisiones arbitrarias en muchos casos. La única huelga decretada por el sindicato se dio más en el ámbito de un conflicto político del entonces secretario general de la UAEH (licenciado Sosa) por lograr un mayor espacio de negociación, que en el de una lucha por mejorar los ingresos cada vez más deteriorados de los académicos.

Todos estos años el proceso de degradación sindical en el SPAUAEH se ha ido agravando bajo una serie de medidas impuestas a una asamblea poco representativa y donde algunos elementos le deben al secretario general un sinnúmero de “favores”, lo que los vuelve por conveniencia o por falta de calidad moral en sujetos dóciles a las directrices sindicales. Cada año el supuesto “congreso” sindical se realiza más lejos (el año pasado se realizó en Cuba) y se discute cada vez menos. Se comprometen los asistentes cada vez más y se acompañan de un mayor número de invitados ajenos al sindicato. La táctica de pasear y divertir a los delegados sindicales en centros vacacionales bajo el pretexto de un congreso cuyos resolutivos van preparados de

antemano, no es nueva ni exclusiva del SPAUAEH; lo novedoso es que se haga con personal que se autocalifica de sector “pensante” de la sociedad.

Los negocios sindicales también han sido motivo de especulación y controversia. Los fondos de jubilación, los seguros de vida, el ahorro sindical y en especial el añejo problema de los terrenos sindicales han suscitado fuertes suspicacias sobre su manejo. Ocho años atrás, desde la época del arquitecto Rossell, el gobierno estatal cedió terrenos al sindicato, los cuales después de pasar por un sinnúmero de proyectos de urbanización no acaban de ser adjudicados (vendidos) al personal académico. Las revisiones anuales de salarios y de contrato son cada vez más un mero trámite, pues se cita a asamblea para conocer y decidir sobre el particular con uno o dos días de anticipación, poniendo la disyuntiva “o aceptamos el ofrecimiento o nos vamos a huelga”, logrando en varias ocasiones el darle autorización al secretario general de negociar “hasta donde se pueda”, negociación que se lleva varios meses en concluir, este año parece no ser la excepción. El incremento de sueldo se paga con retraso y sin los intereses devengados por haber estado depositado todo ese tiempo.

El sindicato no se ha distinguido por su defensa del personal despedido o afectado en sus intereses ante las decisiones modernizadoras de las autoridades. El cierre de grupos ha generado en los recientes ciclos escolares despidos arbitrarios de un buen número de profesores, quienes no reciben ni siquiera las gracias por sus servicios prestados, ya no digamos una liquidación o prima de antigüedad.

En el Sindicato de Personal Administrativo han existido denuncias prontamente acalladas sobre malos manejos de los dirigentes o intimidaciones contra quienes se atreven a hacer cualquier tipo de señalamiento crítico.

La pregunta surge de manera natural ante tales circunstancias, ¿puede una universidad modernizarse de cara al siglo XXI con estructuras de control de carácter tan arcaico? El SPAUAEH no sólo no ha propiciado durante los últimos años mejorías en las condiciones de trabajo de los profesores, sino que después de aceptar eliminar cláu-

sulas del contrato colectivo (los muchos maestros de tiempo repleto no tienen derecho a un solo permiso ni a ninguna tolerancia en su hora de entrada) no se ha preocupado, por ejemplo, de que el profesor mejore su preparación para enfrentar los actuales criterios de evaluación con los cuales se pretende elevar el nivel académico; y han premiado principalmente a los jefes y consentidos responsables en buena medida del atraso en que se encuentra la UAEH.

En el reciente informe del rector, al hacer uso de la palabra el gobernador Murillo Karam afirmó que "en esta universidad se desecha el elogio, la adulación, y el autotriunfalismo fácil, se sumerge en la crítica que surge de la apreciación de la realidad, pero sólo así es capaz de corregir y mejorar". Creo que si en alguna parte no son aplicables tales conceptos es en la estructura sindical de la UAEH, la cual para modernizarse deberá sufrir sacudimientos que la pongan a la altura de los retos que sus agremiados están enfrentando desde hace algunos años en condiciones desventajosas.

La izquierda y el sindicato

La vida es un entramado de relaciones personales y circunstancias fortuitas. Silvia Parga Mateos, que llegaría a ser química y destacada universitaria, presentó a Antonio Cortés Valente, su ex compañero de la Facultad de Ciencias Químicas de la UNAM, con el rector de la universidad de Hidalgo, Carlos Herrera Ordóñez. Éstos pronto se entendieron y no por el trabajo que desempeñaba Cortés Valente en un laboratorio de ingeniería, sino por haber cumplido con eficiencia el encargo de que los estudiantes preparatorianos apoyaran a Carlos Herrera en su intento de llegar a la rectoría una vez que Ángeles Contreras había sido renunciado.

Al llegar Herrera Ordóñez a la rectoría promovió a Cortés Valente a los laboratorios de la escuela de ingeniería y le pidió que consiguiera un sustituto para la preparatoria. Antonio Cortés propuso a Francisco Patiño Cardona, su compañero en la UNAM, que

llegaba desempleado de su natal Poza Rica. Los dos militaban en el Partido Comunista y al tiempo se identificaron con sus correligionarios: Álvaro Cerón y el compañero René, y se dieron a la tarea de conformar una planilla que contendiera por el Sindicato de Personal Académico. Ello motivó su ruptura con Carlos Herrera Ordóñez.

Entonces existía la Asociación de Personal Académico que presidía Javier Romero Álvarez y se iniciaba desde la rectoría el proceso para transformarla en un sindicato blanco. Una noche, al llegar al edificio central de las calles de Abasolo, Cortés Valente se encontró con Francisco Olvera, a la sazón presidente de la FEUH, quien lo invitó a platicar. A cada paso se fue haciendo menos sutil la presión de Olvera, que lo obligaba a bajar las escalinatas. Cuando finalmente Cortés Valente se resistió, negándose a abordar un vehículo que resultó ser de Olvera y en el que se encontraban varios estudiantes, apareció otro grupo de universitarios, uno de ellos le asestó una patada al tiempo que en vilo lo subían al coche, Olvera se puso al volante.

Enfilaron hacia los "jales" seguidos de una docena de vehículos. Ahí lo bajaron y Olvera le dijo que se alineara, que el ingeniero Herrera no iba a permitir que entraran los rojillos a la universidad. Cortés Valente pedía que lo respetaran, argumentaba que si los maestros no se metían en los asuntos estudiantiles los alumnos no deberían participar en cuestiones de los maestros. Olvera replicó: "Mire, inge, a mí Rojo Lugo me entregó la universidad calmada y así se la tengo que entregar, no importa a quién tengamos que calmar. ¿A ver, qué es lo que quiere?, ¿desea ser director? Dígame lo y mañana va para afuera el ingeniero Sánchez Garnica y usted se queda en su lugar. ¿O prefiere dinero?" Entonces firmó un cheque y le dijo: "Póngale la cantidad, el gobierno lo respalda."

Olvera iba armado, pero no desenfundó la pistola. Sus acompañantes, en cambio, dispararon al aire sus armas, amedrentaron y golpearon a Cortés Valente. Lo dejaron ir hasta que recibieron un

mensaje por radio, no sin antes reiterar sus amenazas y advertirle que irían por Álvaro y Patiño. A este último, que llevaba buenas relaciones con Gerardo Sosa, pues habían vivido en la misma casa de asistencia, no lo encontraron, y a Álvaro solamente lo amenazaron.

La comunicación que recibió Olvera procedía de la Secretaría de Gobernación, donde el dirigente del Partido Comunista, Adolfo Chew, avisado por unos militantes del secuestro de Cortés Valente, había acudido a denunciar a los miembros de la federación. Al siguiente día hablaron con el rector, quien a su vez convocó a Javier Romero y juntos decidieron no llevar a más el pleito con la federación e integrarse en una sola planilla. Así fue como los comunistas de entonces ocuparon tres carteras del primer sindicato de maestros de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, no sin antes comprometerse a no hacer proselitismo. Y cumplieron.

LO MATERIAL

La casa universitaria

No ha habido discurso universitario que se precie, ni historiador de la máxima casa de estudios que no considere como elemento sustancial de la vida académica a los inmuebles que han sido asiento de la universidad. Así que son incontables las menciones al edificio del que fuera el Hospital de San Juan de Dios, construido por los juaninos y convertido en sede de la universidad a partir de 1875.

También se señala la casa ubicada en la calle de Allende 410, en el centro de la ciudad, donde se impartieron clases durante los seis años que llevó el acondicionamiento del inmueble de las calles de Abasolo. Vale. Pero de los edificios y, en términos más generales, de las instalaciones universitarias, se desprenden muchas otras observaciones que nunca figuran en los estudios de la universidad. Veamos algunas.

Jorge Rojo Lugo, fiel a su gusto por el jolgorio, inició durante su gobierno en los terrenos de la hacienda del Álamo la construcción de un macrocentro de esparcimiento donde se ubicarían, entre otros, la zona roja, un casino y un palenque. Mala planeación en tiempo y recursos hicieron que al término de su mandato las ambiciosas obras quedaran abandonadas, convertidas en un elefante blanco.

Pero esa condición estaba a modo para las capacidades profesionales y el activismo constructor de su sucesor, el arquitecto Guillermo Rossell, quien apenas iniciado su mandato determinó la conversión de ese proyecto de “centro de esparcimiento” —como eufemísticamente se le denominaba— en un Centro de Extensión Universitaria, que al paso de los años se conoce como Ceuni y donde hoy se cuenta con lo siguiente.

Un complejo deportivo que además de darle servicio a los estudiantes se ha constituido en fuente de ingresos para la universidad a través de la impartición de cursos de verano, que son una más de las actividades de financiamiento que maneja la dependencia denominada Empresas Universitarias.

Se encuentra también el área académica, en la que destaca el Centro de Cómputo. Pero la innovación principal fue haber acondicionado una parte de las instalaciones para albergar a conferenciantes y maestros invitados, una especie de hotel, función que actualmente cumple, pero que en un principio solamente sirvió como lugar de fiestas y francachelas de dirigentes universitarios, que habían entendido el beneficio de la discreción en sus excesos.

Ese espacio, por cierto, adquirió con el tiempo notoriedad nacional pues en una de las mesas del comedor fue ultimado a balazos el reconocido jurista e investigador Juan Pablo de Tavira. El 21 de noviembre de 2002, el hermano del famoso dramaturgo Luis, de los mismos apellidos, acababa de arribar a los espacios universitarios en donde tenía una cita para puntualizar las condiciones de un curso a impartir, cuando fue ejecutado. Juan Pablo

de Tavira había ocupado la dirección de la Policía Federal de Seguridad y fue él quien diseñó y dirigió el penal de máxima seguridad de La Palma, mejor conocido como de Almoloya. Nunca prosperó la investigación sobre su asesinato, el espacio donde fue ultimado en las primeras horas de la noche parecía hecho a propósito para la impunidad, pues la vigilancia era muy deficiente; la lejanía de lo urbano, así como los vericuetos por los cuales es posible conectarse a tres carreteras, permitieron fácilmente la huida de los victimarios.

En esa área del Centro de Extensión Universitaria se construyeron, igualmente, tres enormes salas de uso múltiple, donde pueden llevarse a cabo conferencias o espectáculos artísticos, pero en las que fundamentalmente se realizan bailes y fiestas de graduación, lo que constituye otra importante fuente de ingresos.

Por último, en la construcción donde funcionaría el palenque y que casi se había terminado quedó habilitada el aula magna Alfonso Cravioto. Ahí se llevan a cabo los conciertos de la Orquesta Sinfónica de la UAEH y es ahí donde los rectores presentan sus informes habitualmente.

Fiebre constructora

El crecimiento de las instalaciones llevó durante muchos años el ritmo normal, lento, que por desgracia ha correspondido a las pequeñas universidades de los estados, hasta que algo sucedió y de improviso se abrieron las arcas de los presupuestos de todo tipo, y durante los tres últimos periodos rectorales correspondientes a Menes Llaguno, Sosa Castelán y Camacho Bertrán, la fiebre de la construcción produjo resultados impactantes.

Aparecieron los enormes edificios con un singular gusto por los antifuncionales y enormes cristales de colores, que lo mismo forman techos que paredes. Ha sido tan frenético el ritmo de construcción que su terminación antecede por mucho a la definición

de las áreas que habrán de ubicarse ahí y, más aún, a los programas y personal que habrá de desarrollarlos.

Renglón aparte merece la construcción de un polideportivo cuyas aparatosas instalaciones, a dos años de inauguradas, constituyen un espacio de esporádica utilización ante la carencia de personal especializado y de proyectos. Pero la ostentosa mole no resulta del todo inútil, pues cumple su función como eslabón de la cadena de construcciones en la que se sustenta la idea cotidianamente vendida: "Tenemos una universidad de excelencia."

La federación como propietaria

Pero hay otro aspecto de las instalaciones universitarias más ligado al poderío estudiantil. En los tiempos románticos los líderes de la FEUH consiguieron que les fueran habilitadas unas oficinas en el viejo edificio central de la calle de Abasolo. Las complicidades, benéficas a la organización estudiantil y a la rectoría, hicieron cerrar los ojos al rector y no tomar medidas disciplinarias para frenar las continuas francachelas que ahí se desarrollaban. Se iniciaba así el manejo de territorios estudiantiles libres.

Después, las mismas autoridades tomaron en alquiler una casa en la alejada zona habitacional de San Lunes; tenía como función albergar las juntas que requerían de discreción. Ante la continua solicitud de los dirigentes estudiantiles para compartir la utilización de dicho espacio las autoridades prefirieron apoyarlos en la intención de construir las oficinas de la FEUH, que se ubicaron en la avenida Madero. Tal edificio pronto se hizo de una leyenda negra por la cantidad de tropelías que ahí se cometían. Violaciones, balaceras y privación ilegal de la libertad fueron algunos de los ilícitos.

Pero querían más. Siempre quisieron más y Zenaido no cejó en su afán de obtener del gobierno un rancho en donación basta que lo consiguieron. En octubre de 1984 Zenaido recibió de manos de Efraín Arista, secretario general de gobierno, la ex hacien-

da Cadena ubicada en el kilómetro 2 de la carretera Pachuca-Ciudad Sahagún y que en principio serviría para construir el albergue de la Fraternidad Universitaria, lo que nunca se hizo.

Allí se continuaron cometiendo las mismas atrocidades, pero acrecentadas. Para entonces, las armas de alto poder eran de uso cotidiano en la organización, cuyos integrantes se desplazaban en una gran cantidad de vehículos. A ese rancho fue conducido en calidad de secuestrado el ingeniero Barberena, delegado del PRI nacional; sólo logró su liberación cuando accedió a las peticiones de la federación, que demandaba un número muy alto de candidaturas a las presidencias municipales para su organización.

Su poder era tan avasallador que ya ningún espacio les resultaba ajeno. De tal manera que al terminarse las obras de remodelación de la Plaza Independencia, en la que había una docena de locales comerciales, dos salas de cine y un amplio estacionamiento, líderes de la federación obtuvieron para su usufructo los cines y el estacionamiento, al tiempo que se quedaron también con un buen número de locales en los que, por supuesto, lo que establecieron fueron bares. Llegaron a funcionar tres al mismo tiempo en un espacio muy reducido.

La Presidencia Municipal fue incapaz de hacer que cumplieran con los reglamentos de funcionamiento y está claro que continuaron los actos delictivos. Operaron con impunidad absoluta durante la presidencia municipal de Ernesto Gil Elorduy, Ricardo Fernández Hernández y Adalberto Chávez Bustos. Mientras, los bares habían cambiado de propietario, pues Zenaido se los había apropiado. Eran famosos El Túnel y Bankers Pub.

Fue el asesinato del famoso joyero Abel Castro, perpetrado en esos antros, lo que originó su clausura. Por aquellos tiempos la FEUH concesionó el estacionamiento, por el que gozó de un ingreso jamás registrado.

Alejandro Rosas, último presidente de la federación, cuestionado acerca del estacionamiento declaraba unos años después:

“Las instalaciones del estacionamiento subterráneo de la Plaza Independencia de Pachuca ni son propiedad de la Federación de Estudiantes del Estado de Hidalgo ni las administra esta organización estudiantil.” Si bien reconoció que ese grupo estudiantil usurpó en los años ochenta el área del estacionamiento y los locales de la parte baja del centro comercial, aclaró que “un particular, del que desconozco sus antecedentes, tiene en posesión el espacio del estacionamiento y al parecer, fue en la época de Zenaido Meneses cuando se concesionó dicho espacio”. Finalmente, se supo que la concesión del estacionamiento la hizo Zenaido Meneses en tiempos del arquitecto Rossell de la Lama y que sigue en poder del señor Luis Anciola de la Lama.

Nuevos tiempos

La jauja de ingresos universitarios no le fue ajena a la federación, así que pronto pudo sustituir el pequeño edificio de la avenida Madero por una construcción edificada en otra de las múltiples y discretas donaciones de terrenos. Un auténtico búnker había sido diseñado; sin embargo, su construcción no alcanzó todo lo planeado, pues ya para entonces Gerardo Sosa ocupaba la rectoría y sus intereses se habían desplazado.

Para empezar le quitó parte del terreno para construir lo que en el futuro sería su plataforma de lanzamiento político: la Fundación, que en ese tiempo se llamó Universitaria y poco después arbitrariamente convirtió en Hidalguense. El edificio realizado con recursos universitarios aparece en los informes como edificado en 1997 y no se sabe por qué artes pasó a ser usufructuado por la fundación que maneja unipersonalmente Sosa, por más que en un patronato figuren entre otros nombres los de Jesús Murillo y Mario Vázquez Raña; en él se mantuvo la marca de la casa, a base de cristales de espejo. Igualmente se construyeron en dichos terrenos, aunque con modestia, las instalaciones de la Radio Universitaria.

Los campus universitarios, que por doquier han proliferado en el territorio hidalgense, son otra historia. Lo cierto es que seguir la huella de los espacios que han ocupado las dirigencias de la federación es encontrar también la pista de una gran cantidad de hechos delictivos que van del proceso de enriquecimiento de los líderes al asesinato.

Honor a quien honor merece?

La denominación o “bautizo” de los edificios se hizo siempre con intenciones políticas y nunca para rendir homenaje a los grandes maestros. El flamante multideportivo de la noche a la mañana recibió el nombre de Carlos Martínez Balmori, un conocido hombre de negocios, ya fallecido, propietario de más de un centenar de autobuses, sin ningún mérito deportivo o universitario pero con familiares ligados a Sosa.

Un terreno de la Preparatoria 3 fue habilitado con el patrocinio de Mario Vázquez Raña y convertido en Villa Deportiva Universitaria. En junio de 2001, el comité ejecutivo de la FEUH presentó ante el Consejo Universitario la solicitud para que dicha villa deportiva recibiera el nombre de Mario Vázquez Raña; por supuesto fue aprobada dicha solicitud. El conocido empresario y dirigente deportivo nacional se comprometió: “Les voy a traer al «Tibio» para que los apoye y organice en estas instalaciones distintos campeonatos.”

Pero no todos los “bautizos” tuvieron un final tan feliz. Terminado el salón de fiestas ubicado en el Ceuni, fue invitado a inaugurarlo el gobernador del estado, Jesús Murillo Karam. Durante la ceremonia Gerardo Sosa, por entonces rector de la universidad, anunció que el Consejo Universitario había acordado, en reconocimiento a la trayectoria política del licenciado Murillo, distinguido ex alumno de la universidad, que el salón que se inauguraba llevara su nombre, y mostró la placa alusiva. El gobernador, aun-

que ya había hecho uso de la palabra, volvió a tomar el micrófono para agradecer la distinción y rechazarla, aduciendo que prefería recibir distinciones de esa naturaleza “hasta el término de mi gestión”, y solicitó que se quitara la placa. Sosa ratificó el merecimiento, pero accedió a quitarla.

En alguna ocasión Sánchez Vite develó una placa en el edificio central de la universidad con el nombre del líder feuhista Armando Ponce. Los grandes maestros no han recibido el reconocimiento —salvo en algún salón del ICSO— de que su nombre se perpetúe en las instalaciones universitarias.

Principio y fin

Páginas atrás narramos los tiempos románticos de 1964, cuando los sueños juveniles fantaseaban que una organización estudiantil debería de conducir a los inquietos estudiantes por los dorados caminos que desembocan en el poder.

Con mayor o menor fortuna, los fundadores de la federación universitaria alcanzaron sus metas. Lograron ser funcionarios universitarios e incluso ocuparon diputaciones locales y puestos medios de la burocracia gubernamental. Nada sorprendente. La generación de líderes que le siguió: Venero, Arroyo, Marín, gastaron el poder en desmanes, tropelías, excesos con el alcohol e influyentismo. No trascendieron a excepción de Marín Huazo, quien aprovechó el padrinazgo de Rojo Lugo y una probada capacidad de trabajo para construirse una larga carrera de puestos públicos y una sólida situación financiera. Ocupó entre otros cargos la presidencia municipal de Tulancingo, la dirigencia del PRI estatal y actualmente se desempeña como secretario de gobierno, amén de haber sido diputado federal, por cierto muy destacado... dentro del "Bronx".

Como se recordará, a Marín Huazo lo sucedió Sosa Castelán y ahí se estableció el primer partaguas de la organización estudiantil. Primero con violencia y después con base en distintas presiones, Sosa Castelán fue logrando el control absoluto de la universidad. La federación y sus dirigentes jugaban ya un papel secundario, simples instrumentos al servicio de Gerardo Sosa, cuando éste llega a la secretaría general de la UAEH y sobre todo durante su permanencia en la rectoría, pues transforma radicalmente a la organización estudiantil.

Antes, en su época de líder, había fortalecido y estructurado a la federación de estudiantes para “mantener a raya” a ciudadanos, funcionarios y universitarios que no se sometían a sus directrices. Pero a partir de su llegada al poder ya no le sirvió el formato, así que le restó poderío. Es a partir de entonces cuando empiezan a disminuir los latrocinios y los hechos delictivos. Los dirigentes estudiantiles vieron perder día a día su fuerza y tuvieron que conformarse con manejar indiscriminadamente los ingresos de las cafeterías, papelerías, su discoteca y algunos otros apoyos económicos; sabían que si no causaban problemas terminarían fácilmente la carrera, obtendrían el título y alcanzarían un puesto en la burocracia universitaria. Ya habían pasado los días en que los líderes universitarios, por serlo, entraban a la antesala de las diputaciones y otros puestos políticos de envergadura. El poder es unipersonal y Gerardo Sosa no lo comparte.

La piedra en el zapato

Alejandro Rosas resultó una molestia para Gerardo Sosa desde el momento mismo en que llegó a la dirigencia feuhista. Los desencuentros eran constantes y Rosas, con bastante fuerza entre los estudiantes, no podía ser alineado, ni siquiera cuando se metió en el problema de la fuerte trifulca en la discoteca Nivel X. Pero Rosas sabía que sus días estaban contados, por ello en enero del 2003 para reposicionarse y contar con nuevos aliados organizó un congreso estudiantil bajo el provocativo nombre de “Somos Diferentes”.

En él participamos como ponentes Gerardo, Zenaido, “El Carnes” y quien esto escribe; el tema –“Trascendencia de la FEUH en la sociedad”– permitía todo tipo de comentarios; Zenaido sostuvo que los supuestos actos delictivos simplemente habían sido “bromas estudiantiles”; Gerardo reiteró su credo: “yo rescaté la autonomía universitaria”; por mi parte, simplemente hice el recuento de los daños de que he sido testigo.

Lo cierto es que el famoso congreso estudiantil fue el canto del cisne de Alejandro Rosas, tanto más que cada día eran mayores sus acercamientos con Miguel Osorio Chong, el delfín para la sucesión gubernamental, quien desde la secretaría general de Gobierno se decía financiaba a Rosas para debilitar a Gerardo.

No descanse en paz

En los primeros días de mayo Sosa dio el golpe final. Utilizando a los presidentes de las sociedades de alumnos a quienes había ido cooptando, dejó a Rosas fuera de la universidad y puso a Alberto Madrid Cortés, estudiante del campus de Ciudad Sahagún, al frente de la federación de manera interina.

Se habló de modificar los estatutos de la federación de estudiantes. Lo cierto es que Sosa comprendió que, para sus fines políticos, la federación en vez de aportarle le restaba fuerza en su intento de alcanzar la gubernatura del estado. La imagen de la federación siempre estaría en contra de sus intereses; ésa es la razón por la que decidió intentar desaparecerla en lo posible de la memoria de los hidalguenses.

Así que los planteamientos del dirigente provisional Alberto Madrid acerca de emitir la convocatoria para la renovación estudiantil quedaron sin efecto y el 26 de septiembre del 2003, en una reunión celebrada en el auditorio Baltasar Muñoz Lumbier de la universidad, los dirigentes de las diversas escuelas oficializaron el deceso de la federación que Sosa Castelán había decretado días antes. Treinta y nueve años de malas y peores épocas para los hidalguenses llegaban a su fin con la clausura de la organización estudiantil que durante décadas instaurara un régimen de violencia en Pachuca, la otrora “ciudad tranquila”.

En esa reunión surgió el Consejo Estudiantil Universitario del Estado de Hidalgo (CEUEHI), cuya primera declaración hacía hincapié en que la nueva agrupación “romperá con el pasado”, después

vino la promesa de democracia, pluralidad y afiliación voluntaria. Los dirigentes, escudados en que la transformación del organismo estudiantil surgía de las opiniones de los estudiantes, intentaban ocultar que seguían siendo un instrumento al servicio de los intereses personales de Gerardo Sosa Castelán.

Segunda parte

El individuo

El principio

DEL PUEBLO A LA CAPITAL

Fue la maestra de la telesecundaria de Acaxochitlán quien lo convenció de que tenía que seguir sus estudios en la ciudad de Pachuca. A partir de entonces el camino de Gerardo Sosa Castelán estaría marcado por la capital de su estado; pero a su vez, él dejaría su ruda huella ambivalente en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y, desde esa plataforma, figuraría en la política estatal. Atrás quedaron los tiempos en que, apenas cumplidos los doce años, recorría los ranchos circunvecinos con una camionetita y un peón limpiando de estiércol los corrales y vendiéndolo a los granjeros y dueños de las huertas. Tampoco habrían de pasar muchos años para que regresara con una fortuna a convertir la modesta morada familiar en un rancho de varios millones de pesos.

Se inscribió en la Preparatoria 1 de la UAEM, vivió en casas de huéspedes de buen nivel, cortejó a sus compañeras, cultivó a sus amigos y, sobre todo, desde sus primeros días destacó en los pleitos. No es que fuera extremadamente hábil para los golpes, sino que, más que todos sus rivales, peleaba decidido a ganar sin que importara el costo.

Alcanzar todos los liderazgos era la principal de sus definiciones. Por ello se relacionaba con todo el mundo, especialmente con quienes veía que detentaban el poder estudiantil. Él mismo narra cómo Federico Ordóñez, el famoso "Chihua", una noche

que salían a cenar llegó y dijo: “ustedes querían conocer al «Coco», ahorita lo van a conocer.” Efectivamente, a unos pasos de la casa de huéspedes de la señora Coria en las calles de Hidalgo se encuentra la cantina El Intermezzo, donde Miguel Abel Venero, presidente de la federación, bebía en compañía de otros estudiantes y quién respondió a la presentación: “Pus si me quieren conocer, primero emparéjense,” y el cantinero colocó ante cada uno de ellos una hilera de tres cubas. Al terminarlas les sirvieron otra más. Entonces dijo el “Coco”: “Ahora una cruzada, para festejar que ya nos conocemos.”

En 1976 Sosa cursaba el tercer semestre de derecho cuando ganó la presidencia de la Sociedad de Alumnos del Instituto de Ciencias Sociales. Una tarde que se encontraba libando con sus amigos en la famosísima piquera conocida como “El Bigotón”, le avisaron que había una asamblea en la escuela de derecho y que se discutía la propuesta de desconocerlo. De inmediato se presentó en la reunión. Los alumnos estaban inconformes por la rigidez del director, Agustín Cerón Flores. Sosa trató de mediar, pero sus compañeros no aceptaron ningún arreglo que no fuera la renuncia del director y lo condicionaron: “si no sale él, sales tú.”

Cuando Gerardo le comunicó a Cerón Flores la decisión de los alumnos, a éste le ganó la risa: “ningunos muchachitos me van a hacer renunciar”; sin embargo, la escuela declaró el paro. El gobernador Rojo Lugo llamó a Sosa, se entendieron, y para finalizar la plática Rojo Lugo le deslizó: “le vamos a buscar un puesto al licenciado Cerón.” Supo entonces que había ganado.

COMO EL SAPITO

Presidir la sociedad de alumnos de la escuela de derecho significaba la antesala de la dirigencia de la Federación de Estudiantes Universitarios. Todos los anteriores dirigentes del máximo organismo

de representación estudiantil habían sido alumnos de esa escuela. Gerardo enfiló hacia ahí sus baterías. No le fue difícil, pues había cultivado la amistad de Miguel Abel Venero y César Arroyo, los últimos presidentes, y tenía el apoyo de Aurelio Marín Huazo, quien por entonces ocupaba el cargo.

Recorrió las diversas escuelas en gira de proselitismo y fue descubriendo la importancia de contar con recursos para comprar adhesiones y también la de hacerse acompañar por los porros más aguerridos para controlar a los inconformes por medio de la fuerza bruta. Al año siguiente, 1977, ya se ubicaba como presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios y, lo que era mejor, se había convertido en uno de los consentidos de Rojo Lugo.

Al terminar su periodo al frente de la federación, impuso como su sucesor a Francisco Olvera Ruiz, no sin antes vencer las resistencias de Evaristo Luvian y Manuel Ángel Villagrán. Ante la rectoría no había ningún problema. Sus buenas relaciones con Carlos Herrera tenían como sustento el que éste iba reconociendo la preeminencia de Gerardo. Ello se ratificó cuando la pura voluntad de Sosa convirtió a Juan Alberto Flores Álvarez —de quien había sido compañero en una de las casas de huéspedes que habitó— en el nuevo rector.

Tuvo un tropezón cuando le impusieron a Luis Rey Ángeles Carrillo como sucesor de Olvera Ruiz en la dirigencia de la federación estudiantil, pero prontamente se repuso. Al llevar a Flores Álvarez a la rectoría, le había dado palo al grupo político más antiguo y organizado de la UAEH; todavía Adalberto Chávez, Javier Romero y Rafael Arriaga quisieron con su último aliento político arrebatarle su espacio. Convocaron a través de su instrumento, el presidente de la FEUH Luis Rey, a los estudiantes de la preparatoria donde tenían mayor control para que se reunieran en el gimnasio de la Preparatoria 1, pero al ver lo escuálido de sus huestes lo pensaron mejor y reconocieron su derrota. Chávez Bustos y Romero Álvarez negociaron su tranquila permanencia en la UAEH; Arriaga

Paz se refugió en su notaría y un mes después de ese abril de 1982 Luis Rey era sustituido en la presidencia de la federación estudiantil por Antonio Briones. El poderío de Sosa se hacía absoluto.

La mano benefactora de Rojo Lugo era determinante para el crecimiento de Sosa Castelán. Cuando Gerardo terminaba su gestión al frente de los estudiantes universitarios se le designó como presidente del club de fútbol Pachuca, AC; de 1979 a 1981 ejerció dicho cargo, pero antes, en 1980, recibió envuelta para regalo la secretaría general del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado de Hidalgo. Seis años usufructuó la mencionada secretaría general, lo que le permitió contar con espacios laborales para sus huestes y al mismo tiempo los líderes estudiantiles, que él solo designaba, le servían para acallar a los trabajadores inconformes.

De 1981 a 1984 compaginó sus actividades sindicales con su desempeño como diputado local en la 11 Legislatura. Había sido electo por el distrito de Tulancingo. Pero su ubicuidad no le alcanzaba para asistir a las clases de las que era titular en la universidad. Los adjuntos le sirvieron para conservar la plaza e ir forjando una antigüedad como docente.

La presencia política que la titularidad del sindicato de los trabajadores al servicio del gobierno le otorgaba, el control absoluto que mantuvo sobre los dirigentes estudiantiles Antonio Briones, Zenaido Meneses, su propio hermano Agustín y, sobre todo, el haber dejado de lado al gobernador Rossell de la Lama en la definición del sucesor del rector Herrera Ordóñez e imponer a Juan Alberto Flores, le convertían en el poder supremo universitario; por ello pudo designar sin problemas a Juan Manuel Menes Llaguno como rector a partir de 1986 y junto con ello autodesignarse secretario general de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Sosa, secretario general de la universidad

YO, LO POLÍTICO

Nunca hubo la menor duda. El hombre fuerte en la universidad no era Juan Manuel Menes Llaguno, sino Gerardo Sosa. Si bien el primero le dio formalmente posesión al segundo como secretario general de la universidad, en realidad era Sosa quien había decidido que Menes despachara en la rectoría, en espera de cumplir el requisito de edad.

De entrada, Sosa declaró: "El rector se ocupará de lo académico y yo de lo político." Y lo cumplió. De inmediato y a plenitud. Claro que con sus muy personales métodos. Por ejemplo, cuando los ingenieros Antonio Cortés Valente, Álvaro Cerón y Francisco Patiño pretendían formar una planilla para competir por la dirección del Sindicato de Académicos de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Sosa llamó a su despacho a Cortés Valente apenas al tercer día de haberse instalado en la secretaría de la universidad y le dijo: "Pinche Toño, a partir de ahora el rector se hará cargo de lo académico y yo de lo político, así que de ahora en adelante yo soy el único que hará política en la universidad, y como tú andas muy movido con tus desmadres, te aviso que, si vamos por el mismo lado, qué bueno; pero si vamos por lados distintos, uno de los dos va a tener que salir porque los dos no cabremos en la universidad, ¿cómo ves?"

A partir de esa entrevista la pequeña célula comunista se tranquilizó. Claro que de ello Gerardo Sosa no tuvo la culpa. Pero sí la tuvo de hacer evidente y humillante para el rector Juan Manuel

Menes que él, Sosa, tenía el control. Su activismo, el poder que ostentaba y su egolatría mantenían repleta su antesala todo el día y, por contraste, en una situación que propiciaba chistes crueles, nadie se acercaba a las oficinas de Menes. A los despistados que acudían al rector antes que a él les señalaba su error y echaba por tierra los acuerdos a los que hubiesen llegado. Menes Llaguno simplemente tenía una representación social y participaba en algunas actividades de cultura.

En los últimos meses de 1986 Gerardo Sosa había hecho elegir a su hermano Agustín como presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad, y le marcó la distancia a Zenaido Meneses Pérez, el anterior presidente, que ya le resultaba incómodo por su pobre imagen y vandalismo desatado. Agustín mejoró el discurso y la apariencia pero continuó con los actos de violencia que Gerardo consentía e incluso alentaba como una medida de presión para las autoridades gubernamentales.

A finales de 1989, a casi tres meses del final del periodo rectoral de Menes, se comenzó a hablar de la sucesión. Gerardo Sosa, a sabiendas de no cumplir aún el requisito de la edad, dejaba que su nombre corriera como posible sucesor. La opinión de los universitarios sobre la sucesión era muy pobre. Algunas de las opiniones que prevalecían solamente denotaban que el afán de cada quien era atender sus propios intereses.

Gerardo Sosa: "Será un honor ser el próximo rector de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo."

Menes, reunido con los presidentes de las sociedades de alumnos y funcionarios universitarios: "Yo los exhorto para que se abstengan de dar opiniones sobre el cambio de rector en la universidad, no es conveniente."

Agustín Sosa: "El cincuenta por ciento de la representatividad y de los votos que tenemos en el Consejo Universitario está comprometido con la unidad, sin atender a grupos." Pareciera que describe, pero en realidad enfatiza que se tiene que contar con ellos y

por supuesto, es su hermano quien siempre contará con el apoyo: "del estudiantado se obtendrá su opinión sobre el estado de la universidad y la forma de superar los problemas, sin que esto obligue a que ya sean manejados nombres de los candidatos que apoyará la comunidad estudiantil" y enfatizó que las designaciones las esperarían del Consejo Universitario.

En la universidad, en relación con el tema de la sucesión, lo que uno se encuentra es institucionalidad de los dirigentes estudiantiles, sobre todo desconocimiento y apatía, pero también miedo y timoratez. El ingeniero José Calderón Hernández, coordinador de investigación, continuamente señalado como posible sucesor de Menes, dijo: "Yo mejor le hablo de la investigación. No es éste el momento, es prematuro. Nunca me he cuestionado el perfil de un rector, de verdad, nunca se me ha ocurrido."

Finalmente, salvo ratificarle a Menes y a la comunidad universitaria quién mandaba en la universidad, no pasó nada. En marzo de 1990, con el ceremonial y despliegue publicitario acostumbrado, Juan Manuel Menes Llaguno fue reelecto rector de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Él a su vez ratificó a Gerardo Sosa Castelán como secretario general. Ninguno de los dos terminarían sus segundos periodos: antes de dos años, una vez que Sosa hubiera cumplido con el requisito de la edad, mandaría a Menes a su casa.

El estilito del secretario

Gerardo Sosa se desempeñaba en la Secretaría General de la Universidad regido solamente por su real voluntad, olvidado de los afanes académicos y atento prioritariamente a sus intereses políticos. Juan Manuel Menes Llaguno llegó maniatado a la rectoría. Contados fueron los amigos que pudo integrar a su equipo de trabajo. Luis Corrales fue uno de ellos; contaba con una larga experiencia en la administración pública pero, sobre todo, compartía con Menes el

gusto por el estudio de la historia y la realización de investigaciones sobre el estado. En la universidad llegó a desempeñarse en el área de extensión universitaria y posteriormente fue el titular de la oficina de relaciones públicas.

En febrero de 1989, a efecto de darle un toque cultural a la conmemoración de un aniversario más de la universidad, se nombró a Luis Corrales coordinador del II Foro de la Cultura. A su vez, él designó coordinadores para las distintas mesas. En mi calidad de maestro del Instituto de Ciencias Contables y Administrativas fui elegido para coordinar la correspondiente a economía. Corrales y Menes aprobaron las actividades y los invitados propuestos por mí y se anunció públicamente la participación de la maestra Ifigenia Martínez como ponente.

Sin embargo, dos días antes del inicio del foro, el rector Menes, que originalmente había dado su visto bueno, anunció que se cancelaba la mencionada presentación. Las razones que adujo ante la prensa para justificar dicha cancelación fueron: "La universidad no será tribuna política de nadie; se correría el riesgo de que esta persona aprovechara el foro para hacer proselitismo a favor de su partido." Así fue como la universidad cerró sus puertas a la senadora Ifigenia Martínez, una de las economistas más brillantes del país y ex directora de la Facultad de Economía de la UNAM. Por lo absurdo de la medida y porque trascendió que Sosa Castelán había ordenado la cancelación de la invitación, renuncié a coordinar la mencionada mesa de trabajo.

De tal manera, el rector, que a diario tenía problemas con el gobierno de Lugo Verduzco por el vandalismo de la FEUH, pretendió congraciarse con el ex presidente nacional del PRI al impedir la presencia de la destacada figura del cardenismo, que apenas se había alzado triunfador en Hidalgo.

Conmigo o contra mí

Tres meses después habría de destaparse el asunto de la Huasteca, donde los hermanos Sosa Castelán fueron señalados como cómplices de unos delincuentes. "Un operativo realizado por agentes de la policía judicial del estado el 8 de mayo de 1987, permitió la aprehensión de Edilberto Reyes Gómez 'El Edy'; Santiago Toscano García, 'El Negro' y Fortunato González Islas, 'El Nato'; cabeceillas de una banda integrada por veinte individuos, en su mayoría estudiantes de la preparatoria (El Zapote) de Huejutla, donde tenían su centro de operaciones."

Los detenidos fueron acusados de medio centenar de delitos cometidos en los límites de Hidalgo y Veracruz: secuestros, lesiones, asalto a mano armada, venta de protección a comerciantes de la Huasteca, robos, posesión y tráfico de armas y drogas.

Fortunato, quien había sido maestro de etimologías en la preparatoria "El Zapote" y Edilberto, líder estudiantil del mismo plantel, confesaron "que para ejecutar sus fechorías recibían apoyo del líder de la FEUH Agustín Sosa Castelán, entregando a cambio semanalmente una cantidad". Igualmente declararon haber tenido tratos delictivos con Gerardo Sosa Castelán. La defensa de los Sosa Castelán comenzó por acusar a Ernesto Gil, secretario de Gobernación, de ser el autor de esa maniobra para perjudicarlos. Y como siempre, acudieron a movilizar a los maestros y estudiantes universitarios, a efecto de parar las investigaciones. El gobernador Adolfo Lugo Verduzco a su vez se comunicó con el licenciado Menes Llaguno para manifestarle que su gobierno estaba "sumamente preocupado" por las calumnias de que fueron objeto los hermanos Sosa Castelán.

Muy pronto se desataron diversas expresiones de "desagravio" para Gerardo Sosa, secretario general de la universidad. Durante los días sucesivos, maestros, investigadores, alumnos, funcionarios y personal administrativo de cada instituto, portando mantas con leyendas de apoyo a los hermanos Sosa Castelán, eran llevados a

marchar por las calles del centro de la ciudad con destino al edificio central de Abasolo. Concentrados en las escalinatas, salían de sus oficinas el rector y el impoluto secretario, a escuchar los discursos de solidaridad y respaldo.

Junto con dichas autoridades acudían a recibir la marcha funcionarios y personal del edificio central, entre ellos, por supuesto, Luis Corrales. Sin embargo, en algún momento Gerardo Sosa, que reconocía el alejamiento de Corrales hacia su persona, le reclamó airadamente que no participara en las marchas de apoyo. Luis Corrales adujo su ubicación de trabajo en el edificio central como impedimento para sumarse a las marchas, pero reiteró que siempre había estado presente en las escalinatas para solidarizarse con los apoyos. Para Sosa no era suficiente.

Unos días después los funcionarios de la universidad participaron en una ceremonia en el auditorio Baltasar Muñoz Lumbier del edificio central. Salieron de la rectoría y llegaron ante la pequeña puerta de acceso al pasillo; cedieron el paso al rector y posteriormente pasó el profesor Rafael Cravioto, enseguida Luis Corrales pretendió dejarle el paso al secretario general pero Sosa presionó físicamente para que Corrales pasara primero y una vez que lo tuvo delante le propinó tremenda patada en los glúteos que le hizo doblarse. Cuando sorprendido volteó, Sosa fuera de sí le espetó: "Si me carga la chingada a ti te carga primero, no lo olvides."

Al siguiente día Luis Corrales, ajeno a la sumisión, presentó su renuncia irrevocable a la universidad, después de haberle comunicado al rector la agresión de que había sido víctima.

Pies en polvorosa

Uno de los misterios de Gerardo Sosa, uno más entre los muchos que pueblan su trayectoria, fue el intempestivo viaje que hizo en septiembre de 1990. En estricto sentido más que viaje fue una desaparición, pues una mañana se empezó a rumorar su ausencia, a la

que se le atribuía el carácter de escapatoria. Nadie sabía nada. Su fiel Evaristo Luvían comenzó a despachar con el cargo de secretario auxiliar adjunto. Los días pasaban y sus gacetilleros comenzaron a hablar de un viaje de estudios. El licenciado Menes, desde la rectoría, apuntó: "El licenciado Sosa fue a un viaje de estudios por varias universidades. ¿Qué tal si nos estamos quebrando la cabeza aquí con los problemas financieros y viene el licenciado Sosa con las fórmulas que solucionen el problema?"

En el ambiente político se consideró como más apegada a la realidad la versión de que el gobierno del estado, con el aval del Comité Ejecutivo Nacional del PRI, le habían pedido que ante la inminencia de las elecciones municipales se ausentara del estado so pena de activar los mecanismos partidistas de castigo si se quedaba y con ello ejercía las presiones que en años anteriores había empleado para beneficiar al Grupo Universidad que encabezaba. Acató la instrucción, viajó a Estados Unidos y aprovechó para robustecer su currículum dejando a la intemperie a sus seguidores.

El misterio se despejó en parte la tarde en que el mismo Luvían se presentó acompañado de Miguel Ángel Chávez, subdirector de Comunicación Social de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en la asamblea extraordinaria del Sindicato de Trabajadores del Poder Ejecutivo (siempre se utilizaron los bienes de la universidad y el personal mismo para hacer trabajos para el sindicato de los burocratas). Simplemente informó que desde Boston le había llegado un fax del licenciado Sosa Castelán y procedió a dar lectura a cuatro cuartillas. En ellas se destacaba que:

- a) Sosa presentaba su renuncia a la Secretaría General del Sindicato,
- b) pedía lanzar la convocatoria para elegir a su sucesor,
- c) instaba a la unidad entre los trabajadores,
- d) criticaba a los medios de comunicación y
- e) amenazaba con actuar legalmente contra quienes lo difamaron por malversación de fondos.

Efectivamente, algunas publicaciones habían planteado que en su periodo se dio una malversación de fondos sindicales por más de cinco mil millones de pesos. En su documento Sosa también arremetía contra el presidente del Tribunal Superior de Justicia, Eduardo García Gómez, por “crear el Sindicato de los Trabajadores del Poder Judicial”. El comunicado, que deslindaba a Sosa Castelán de uno de sus feudos, daba fin a su paso por un puesto que mucho le había redituado en la acumulación de poder.

Envuelto para regalo

La historia, vieja, se remonta al 1 de mayo de 1980, cuando el entonces gobernador de la entidad, Jorge Rojo Lugo, expidió la Ley de los Trabajadores al Servicio del Estado y designó a Gerardo Sosa, uno de sus jóvenes protegidos, para dirigir los trabajos de organización de la institución sindical. Con ello, Rojo Lugo, creador de la ley, la violaba al darle vigencia pues Sosa Castelán nunca había sido trabajador del gobierno. Más aún, escribía en su “Plaza Pública” Miguel Ángel Granados Chapa: “tan complacientes fueron los gobernadores antecesores del actual con la Sosa Nostra, que al regalo de un sindicato añadieron la firma no de unas condiciones de trabajo como ordena la ley, sino de un contrato colectivo en forma anómala”.

El Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado de Hidalgo (SUTSPEH) se convirtió en el feudo de Sosa, que después de una reelección cede el puesto, en julio de 1986, a su incondicional y ex secretario de conflictos Sabás Salinas González. Ocho días antes, Sabás, ya virtual secretario general del sindicato, había baleado en una riña el automóvil de quien fue identificado como Carlos Magaña o Édgar Soto afuera del restaurante Anssels. Detuvieron a Sabás, pero fue rápidamente liberado.

Menos de un año después Sabás Salinas, ya convertido en diputado local además de dirigente del SUTSPEH, mató de un balazo a

quemarropa a una mujer cuando cantaba ebrio en el bar Porky's. Esta vez la justicia no fue tan benévola con él. En junio de 1987 se gira orden de aprehensión en su contra y al huir se convirtió en prófugo. Fue encontrado en Acapulco bajo la protección del empresario hidalguense Heblén Kanán pero no fue aprehendido; ni siquiera en Pachuca, a donde hacía clandestinos viajes, pues el secretario de gobierno Ernesto Gil Elorduy prefirió mantener el asunto como una medida de presión (¿chantaje?) hacia Gerardo Sosa.

Sosa reasumió la dirección del sindicato de los burócratas sin que importara que ya se desempeñara como secretario general de la universidad. Cuestionado al respecto el rector Menes Llaguno afirmó: “De ninguna manera hay incompatibilidad en el ejercicio de ambos cargos.”

Sosa presionaba a los gobernantes en turno para la obtención de canonjías políticas para él y su grupo. Justamente fueron estas presiones las que ocasionaron fuertes enfrentamientos con el gobierno de Adolfo Lugo Verduzco y especialmente con el secretario general de gobierno, Ernesto Gil Elorduy.

El 31 de diciembre de 1987 fue publicada la Ley de los Trabajadores al Servicio de los Gobiernos Estatal y Municipales, así como de los Organismos Descentralizados del Estado de Hidalgo y con ella se daba un golpe —que algunos pensaban definitivo— al poderío de Sosa Castelán, pues en ella se establecía la desaparición del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado, y se daba lugar a la existencia de sindicatos independientes para los trabajadores de cada uno de los tres poderes. La rabieta de Sosa fue grande, amenazó con movilizaciones pero tuvo que reconocer que “el palo ya estaba dado”. Y además se complicó su situación cuando sorpresivamente se constituyó el Sindicato de los Trabajadores del Poder Judicial.

Sosa respondió convocando a una asamblea general y creando una federación de sindicatos. Desde luego, se trataba de una figura política que había perdido la titularidad de las negociaciones. En

Efectivamente, algunas publicaciones habían planteado que en su periodo se dio una malversación de fondos sindicales por más de cinco mil millones de pesos. En su documento Sosa también arremetía contra el presidente del Tribunal Superior de Justicia, Eduardo García Gómez, por “crear el Sindicato de los Trabajadores del Poder Judicial”. El comunicado, que deslindaba a Sosa Castelán de uno de sus feudos, daba fin a su paso por un puesto que mucho le había redituado en la acumulación de poder.

Envuelto para regalo

La historia, vieja, se remonta al 1 de mayo de 1980, cuando el entonces gobernador de la entidad, Jorge Rojo Lugo, expidió la Ley de los Trabajadores al Servicio del Estado y designó a Gerardo Sosa, uno de sus jóvenes protegidos, para dirigir los trabajos de organización de la institución sindical. Con ello, Rojo Lugo, creador de la ley, la violaba al darle vigencia pues Sosa Castelán nunca había sido trabajador del gobierno. Más aún, escribía en su “Plaza Pública” Miguel Ángel Granados Chapa: “tan complacientes fueron los gobernadores antecesores del actual con la Sosa Nostra, que al regalo de un sindicato añadieron la firma no de unas condiciones de trabajo como ordena la ley, sino de un contrato colectivo en forma anómala”.

El Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado de Hidalgo (SUTSPEH) se convirtió en el feudo de Sosa, que después de una reelección cede el puesto, en julio de 1986, a su incondicional y ex secretario de conflictos Sabás Salinas González. Ocho días antes, Sabás, ya virtual secretario general del sindicato, había baleado en una riña el automóvil de quien fue identificado como Carlos Magaña o Édgar Soto afuera del restaurante Anssels. Detuvieron a Sabás, pero fue rápidamente liberado.

Menos de un año después Sabás Salinas, ya convertido en diputado local además de dirigente del SUTSPEH, mató de un balazo a

quemarropa a una mujer cuando cantaba ebrio en el bar Porky's. Esta vez la justicia no fue tan benévola con él. En junio de 1987 se gira orden de aprehensión en su contra y al huir se convirtió en prófugo. Fue encontrado en Acapulco bajo la protección del empresario hidalguense Heblén Kanán pero no fue aprehendido; ni siquiera en Pachuca, a donde hacía clandestinos viajes, pues el secretario de gobierno Ernesto Gil Elorduy prefirió mantener el asunto como una medida de presión (¿chantaje?) hacia Gerardo Sosa.

Sosa reasumió la dirección del sindicato de los burócratas sin que importara que ya se desempeñara como secretario general de la universidad. Cuestionado al respecto el rector Menes Llaguno afirmó: “De ninguna manera hay incompatibilidad en el ejercicio de ambos cargos.”

Sosa presionaba a los gobernantes en turno para la obtención de canonjías políticas para él y su grupo. Justamente fueron estas presiones las que ocasionaron fuertes enfrentamientos con el gobierno de Adolfo Lugo Verduzco y especialmente con el secretario general de gobierno, Ernesto Gil Elorduy.

El 31 de diciembre de 1987 fue publicada la Ley de los Trabajadores al Servicio de los Gobiernos Estatal y Municipales, así como de los Organismos Descentralizados del Estado de Hidalgo y con ella se daba un golpe —que algunos pensaban definitivo— al poderío de Sosa Castelán, pues en ella se establecía la desaparición del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado, y se daba lugar a la existencia de sindicatos independientes para los trabajadores de cada uno de los tres poderes. La rabieta de Sosa fue grande, amenazó con movilizaciones pero tuvo que reconocer que “el palo ya estaba dado”. Y además se complicó su situación cuando sorpresivamente se constituyó el Sindicato de los Trabajadores del Poder Judicial.

Sosa respondió convocando a una asamblea general y creando una federación de sindicatos. Desde luego, se trataba de una figura política que había perdido la titularidad de las negociaciones. En

dicha asamblea volvió a mostrar su capacidad de manipulación, anunció su retiro de la vida sindical y lanzó a Raúl Arroyo para el cargo de presidente del nuevo organismo; con modestia se propuso como “asesor”. Por supuesto dicha propuesta fue rechazada y “tuvo” que aceptar la dirigencia de la federación de sindicatos.

Gerardo, rector

El 25 de mayo de 1991, apenas cumplidos los 35 años de edad que la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, en su artículo 20, exige como uno de los requisitos para ocupar el cargo de rector, Gerardo Sosa Castelán se instaló como rector, aun cuando estaba a todas luces lejos de cumplir con las fracciones IV, V y VI del mencionado artículo, en las que se enuncia los siguiente:

- iv. Ser catedrático con una antigüedad no menor de diez años de servicios académicos ininterrumpidos en la propia Universidad.
- v. Haberse distinguido en el ejercicio de la profesión y de la docencia.
- vi. Ser de reconocida honorabilidad.

El día anterior los voceros de la universidad convocaron a los representantes de los medios de comunicación a una conferencia de prensa, que debía celebrarse al día siguiente, en el aula Miguel Hidalgo del edificio central universitario. Ahí fueron informados de que “una arritmia cardiaca” obligaba al rector Juan Manuel Menes Llaguno a solicitar una licencia a su cargo, por lo que de acuerdo con la legislación universitaria vigente el secretario general de la universidad se haría cargo de la rectoría.

Así fue como el 25 de mayo de 1991 Gerardo Sosa Castelán pasaba a ocupar formalmente el cargo de rector que en los hechos desempeñó desde su posición de secretario general durante los cinco años que Menes Llaguno ocupó nominalmente el puesto.

Sus primeras declaraciones fueron un continuo esfuerzo por negar su pasado y ostentarse como académico.

Los íntimos de Menes Llaguno recuerdan que no hubo verdadero conflicto entre el rector y el secretario general, simplemente Gerardo Sosa, que ya había cumplido el requisito de la edad mínima y al que los otros requisitos no cubiertos no lo preocupaban, decidió que ya bastaba de estar, al menos legalmente, en segundo plano; y decidió ejercer en plenitud el poder universitario que ya estaba en sus manos, así que conminó a Menes a renunciar.

En concreto, le señaló que tendría que “enfermarse” y le dio unos cuantos días de plazo. En su pequeño círculo Menes se quejaba: “No tengo ninguna posibilidad de negarme; si no firmo, el cabrón ya me amenazó que al otro día hace que los alumnos me expulsen ignominiosamente. No puedo hacer nada, él tiene todo el poder.” Menes no mentía, ésa era la realidad.

Así que renunció y, peor aún, hubo de enfrentar esa rueda de prensa obligado a fingir una grave enfermedad, abundando en detalles sobre la misma y los tratamientos a los que estaría sujeto. Le endulzaron un poco el trago amargo con jugosos beneficios económicos, que incluían coche, chofer y un sueldo vitalicio. Todo ello, con el tiempo, también se lo fueron quitando.

Sin embargo, lo peor fue el papel que le obligaron a cumplir. Para empezar, mes y medio de absoluta reclusión en su casa, de tal manera que transcurrido ese tiempo Sosa pudiese canjear el nombramiento de rector sustituto, que según la legislación universitaria le correspondía, por el de rector interino, una vez que se hiciera definitiva la licencia que Menes había obtenido “por motivos de salud”. La reclusión fue de verdad. Gerardo Sosa indicó: “No importunen con visitas al licenciado Menes, está delicado.” Todos sabían, era una orden. Y se cumplió. Le hicieron el vacío.

Trago amargo el de Juan Manuel Menes, que había disfrutado a plenitud los beneficios económicos y sociales que acompañan al puesto y de pronto se quedó encerrado entre sus cuatro paredes,

visitado solamente por un par de amigos fieles. Pero hubo más. Una noche, deseoso de romper el ostracismo, aceptó presentarse en televisión en un programa cultural. Los medios lo acosaron a preguntas incómodas y se hizo evidente la mentira. El gobernador le reclamó haberle engañado con la gravedad de su enfermedad.

Lo cierto es que en su búsqueda a toda costa del poder Gerardo Sosa, montado en las debilidades humanas, había llegado a la rectoría. En su “Plaza Pública” del 29 de mayo de 1991, Miguel Ángel Granados Chapa comentaba el hecho así:

volvió a su vicerrectoría, y unas semanas después obligó al rector formal a enfermarse. Así, por la puerta de servicio, ha ocupado un cargo para el que no tiene merecimiento alguno... a menos que se admita que el principal puesto de una institución pública de enseñanza superior es botín político.

Porque la restauración y el acrecentamiento del poder de Sosa, que lo lleva a la impudicia de regir una casa de estudios superiores, ajeno como es al espíritu crítico, al ansia de conocimiento y a la elevación de miras de un verdadero rector universitario, no es fenómeno ajeno a la situación política general en Hidalgo, caracterizada por el predominio que el ex gobernador Jorge Rojo Lugo ha consolidado en la entidad.

Nunca han sido los rectores hidalguenses lumbreras. Pero fueron, al menos, profesores cumplidos, fieles a su tarea docente, exigencia mínima cuando no se les puede demandar obra eminente publicada o conocida. Sosa ni eso. Llega a la rectoría por la pura lógica del poder político.

Fallaste corazón

Carlos Sevilla, subdirector de *El Sol de Hidalgo*, reseñaba el acto en la edición del 26 de mayo de 1991 de dicho diario de la siguiente manera:

Breve cambio de poderes, ayer.

Menes Llaguno, bajo tratamiento médico

Gerardo Sosa Castelán supe desde ayer al rector de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Juan Manuel Menes Llaguno solicitó licencia para separarse del cargo. No se determinó, por lo menos en forma pública, el tiempo que estará ausente.

“Tengo severos problemas con una arritmia que incluso me colocó al borde de un ataque cardiaco. Mañana –hoy– me interno en un hospital. Ignoro la gravedad de mi padecimiento y lo que se determine tras ser sometido a estudios”, dijo Menes Llaguno.

La transnición de poderes, facultada por el artículo 21 de la Ley Orgánica de la institución, y también por el artículo 82, fracción primera del estatuto de la misma UAEH, se llevó a cabo en cinco minutos aproximadamente. La sala Miguel Hidalgo, del edificio central de la universidad, en la calle de Abasolo, sirvió de sede. Asistieron funcionarios y directores de escuelas, así como representantes del personal administrativo y de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo (FEUH). Sosa Castelán, quien en julio próximo cumplirá 36 años de edad, se desempeñaba como secretario general.

Más tarde, cuando un grupo de universitarios encabezados por Sosa Castelán y Menes Llaguno se entrevistaron con el gobernador Adolfo Lugo Verduzco, éste les manifestó:

“Es un relevo digno; les agradezco que me lo informen.” También enfatizó Lugo Verduzco que sabía que el cambio, obligado por la enfermedad del rector Menes Llaguno, se había hecho dentro de los procedimientos y formas que rigen a la universidad.

Lamentó la enfermedad de Menes Llaguno y al tiempo consideró que Sosa Castelán, con un amplio conocimiento de la UAEH, podría sustituirlo no sólo con dignidad sino manteniendo las formas de acción en todos los aspectos de la que es máxima casa de estudios del estado.

Tras la solicitud de licencia del rector, expresada ante una audiencia silente, en la sala Miguel Hidalgo, Sosa Castelán precisó: “La ley prevé que no quede acéfala la rectoría. Nos sentimos apenados por la

enfermedad del señor rector. Hemos trabajado juntos durante cinco años. Refrendo que hay garantía de que no se suspenderán actividades. La UAEH dijo, “no funciona al capricho de nadie. Hay normas, programas que definen lo que se debe hacer y quién lo debe hacer.”

Demandó apoyo para las tareas que enfrentará. En deferencia a Menes Llaguno, quien se encontraba a su lado, señaló: “Señor rector, lo más importante es su salud; ojalá y próximamente estemos aquí para informar de una mejor noticia.”

“No sé qué tiempo necesitarán mis estudios”, reiteró el rector saliente.

Menes Llaguno, abogado de profesión, cronista del estado de Hidalgo, escritor e historiador, fue electo el 18 de marzo de 1986 por el Consejo Universitario. El año pasado lo reeligieron para un nuevo periodo. Todavía el uno de marzo pasado, al rendir su quinto informe, primero de su segundo periodo, se veía vigoroso y saludable.

Ayer, con un saco *sport* de cuadros azul oscuro y pantalón gris lucía un tanto pálido. Se advertía igualmente acentuada delgadez. Repetidamente insistió: “No sé el tiempo que lleve mi atención médica”; cuando de hecho abrió el breve acto, no excediéndose él de tres minutos, en su intervención improvisada, explicó: “El convocarlos es en respuesta a un secreto a voces: voy a ser internado para conocer sobre un padecimiento. Alteraciones de orden físico que he empezado a tener. Aquí, el trabajo es de 24 horas, con los cinco sentidos que se multiplican a la alta potencia.”

Continuó: “De acuerdo a la ley, el licenciado Sosa Castelán asumirá mis funciones.”

En un llamado a la comunidad universitaria, expresó: “es posible que se manejen otro tipo de cosas, pero les pido a ustedes que lo interpreten y consideren como es. No debe, ni hay por qué, otra forma de apreciarlo.”

En un duelo de actuaciones, cada uno de los actores cumplió su papel. El papel que Gerardo Sosa, director único, decidió asignar.

Como veo, doy

Gerardo Sosa no llegó a aprender nada nuevo en la rectoría. De hecho, desde su ubicación como secretario general ya manejaba la universidad. Su modito no tenía nada de complicado. A quienes le servían incondicional y acriticamente los iba promoviendo a otros puestos y a quienes se permitían el lujo de tener opiniones libres o de alguna forma le fallaban, les aplicaba un castigo infantil y humillante. Los comisionaba a la Dirección de Personal. En esa oficina deberían permanecer todo el tiempo de su horario, sin hacer nada y sin siquiera tener asignado un espacio. Unos cuantos metros de distancia en el corredor constituían su única posibilidad de alejamiento, pues si pasaba la supervisión y los reportaba fuera de su lugar de "trabajo", se iniciaba el proceso de despido.

Cuando un maestro significaba una molestia mayor para Sosa de inmediato se le despedía sin importar las formas. Se presionaba a sus compañeros para testificar en su contra y sin problemas se iba a juicio. Tales juicios casi siempre los perdía la universidad pero aun así no pagaba. Ante las vueltas y vueltas el académico desempleado finalmente aceptaba una negociación por una cantidad mucho menor que la correspondiente a sus derechos.

El ingeniero Román Hernández Genis, académico, investigador y crítico frecuente y documentado del transcurrir universitario, presentó un balance inicial del ejercicio de Sosa Castelán en la rectoría. Escribía el maestro Hernández Genis en "La universidad al balcón":

Pero su talón de Aquiles sigue siendo el docente. La tarea de preparar a los futuros profesionistas del estado sigue teniendo graves rezagos, en parte por las características nacionales del problema, pero también por una razón crucial que planteamos al principio: la falta de discusión y participación verdaderamente democráticas dentro de las diversas instancias de la institución.

Las mismas razones que en un caso han propiciado cierto nivel de avance en unos aspectos, ha provocado retraso en el terreno de la docencia. La enorme concentración del poder que aún ejerce el licenciado Sosa Castelán impide procesos internos de verdadera auto-crítica y de toma de decisiones que son indispensables para el avance en la tarea docente. No puede supeditarse la labor académica a criterios eficientistas de tipo económico exclusivamente, como los implementados por algunos de sus colaboradores, ni tampoco pretender que con simples declaraciones y buenos deseos se va a cambiar una práctica docente con vicios arraigados. No existen aún planes de carácter global, discutidos por los profesores, investigadores, ni la comunidad universitaria.

Este breve recuento era una de las muy pocas y aisladas expresiones de la inconformidad docente. Con seguridad la característica relevante de los profesores universitarios en los tiempos de predominio de Sosa Castelán fue el silencio. Uno de los factores era el que los despidos estaban a la orden del día y se daban especialmente en la persona de los que pretendían inconformarse; reclamar, peor aún si se atrevían a hacer declaraciones a los medios periodísticos.

Un caso que trascendió fue el de la licenciada Teresa Samperio León. Egresada de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, marcó desde su época de estudiante su definición de militar en los partidos de izquierda y de oponerse a los manejos arbitrarios de las autoridades universitarias. En 1993 la suya fue una de las pocas voces que se elevaron para denunciar el fraude que habían cometido los dirigentes del Sindicato de Trabajadores Administrativos de la UAEH en contra de 269 trabajadores de la institución.

De 1987 a 1992 les fueron descontadas de sus percepciones a los trabajadores administrativos diversas cantidades para pagar las primas de un seguro de vida. Cuando, al término de los cinco años, de acuerdo con lo pactado, esperaban cobrar la cantidad que

se les había descontado, ello fue imposible pues encontraron que dichos descuentos no se habían entregado a la aseguradora. Faltos de organización y enfrentados a un sólido bloque de autoridades y líderes sindicales, solamente pudieron destituir del sindicato a Federico Escalona, pero el rector lo nombró jefe del transporte de la UAEH.

Por si fuera poco, les fueron rescindidos sus contratos de trabajo a quienes se habían inconformado: Ana María Ortega del Toro, Justino Salinas y Teresa Samperio, entre otros. "Universitarios por la Democracia", un grupo informal de maestros muy combativo ante las arbitrariedades de las autoridades universitarias, se reunió con el rector Gerardo Sosa y logró que se le restituyeran sus derechos a la licenciada Samperio.

En 1994 el ingeniero Jaime Rivas Gómez logró reelegirse, por segunda ocasión, como dirigente del Sindicato de Personal Académico de la UAEH violando los estatutos del propio sindicato. Fue denunciado por Teresa Samperio, quien a partir de entonces fue hostigada y finalmente dada de baja de la universidad con el pretexto de faltar a sus labores y usar el teléfono para asuntos particulares.

Quema de estatutos

El despido de la licenciada Samperio se sumó a otros actos represivos por lo que el ingeniero Román Hernández Genis, Miguel Ángel Serna Alcántara, Alfredo Rivera Flores y la misma Teresa Samperio protestaron ante la rectoría en un acto que fue reseñado en el diario *El Financiero* del 5 de octubre de 1994 de la siguiente manera:

Maestros de la corriente Universitarios por la Democracia quemaron, en la plaza de la torre de rectoría, el estatuto general de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH) y el reglamento

del Sindicato Único de Personal Académico (SPAUAEH), como un acto de protesta en contra de la represión.

Los manifestantes se oponen al grupo que controla la casa de estudios y que encabeza Gerardo Sosa Castelán. Antes de quemar los documentos manifestaron que existe una política represiva y una ausencia de crítica hacia el interior de la institución.

Mencionaron también el caso del maestro Román Hernández Genis, quien después de intentar ser director del Instituto de Ciencias Exactas (ICE) sin "la bendición del rector", ahora es hostigado en complicidad con alumnos sin importar que en el ciclo anterior fue electo por el alumnado como el mejor maestro.

En el mismo acto de protesta al hacer uso de la palabra expresé:

Si las autoridades universitarias desean ver este acto solamente como la quema de algunas hojas y su miopía no les permite apreciar el simbólico repudio a su actitud; y si esa misma miopía no valora que tras de estas pocas presencias se encuentran las de las mayorías universitarias, que aun sin dar la cara coinciden en el rechazo, menos podrán vislumbrar que su política represiva habrá de terminar con su poder absoluto, más pronto que tarde.

Relaciones con la prensa

Gerardo Sosa aparecía esporádicamente en la prensa durante su época de estudiante. Cuando se convirtió en líder de la FEUH y sus tropelías estaban a la orden del día *El Sol de Hidalgo* lo mencionaba con frecuencia en su nota roja. A partir de 1981, en que llegó a la diputación local por el distrito de Tulancingo, empezó a cultivar las relaciones con los medios de comunicación. Pero tuvo un importante tropezón la noche del 18 de enero de 1984 al llegar en estado de ebriedad al restaurante Mario's, ubicado a unos pasos de *El Sol de Hidalgo*, en la calle de Matamoros, en Pachuca. Encontró

que ahí cenaba Marcos Loaiza Ortega, reportero de ese diario que unos días antes había publicado una nota sobre él. Sosa lo insultó al tiempo que le espetaba: "Ahora sí me vas a repetir lo que escribiste de mí. Y ahora me compruebas que cobro en la universidad." De los insultos pasó a la agresión física y le propinó cachazos hasta que intervinieron los acompañantes de Loaiza, Marco Antonio Rodríguez Reboredo, director de la televisora del estado, y Julio Torri, director de producción del mismo Canal Tres. Esos hechos fueron denunciados y quedaron registrados en la averiguación previa 12/984.

El Sol de Hidalgo y otros medios de comunicación del estado publicaron los detalles de la agresión y exigieron justicia al gobierno. De forma inusual, en la edición del día 19, el director de *El Sol de Hidalgo*, publicó en la "columna del director" lo siguiente:

Protesta contra la violencia

La agresión personal sufrida, en la primera hora de ayer, por un reportero de este diario a consecuencia del libre y legítimo ejercicio de su profesión, es abiertamente condenable.

El aún diputado local y secretario general del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Tres Poderes del Estado de Hidalgo, Gerardo Sosa Castelán, pistola en mano injurió, amenazó de muerte y agredió al reportero Marcos Loaiza Ortega en circunstancias detalladas por separado y que, por sí mismas, ponen de manifiesto la deplorable calidad humana del responsable, ya en frecuentes ocasiones anteriores exhibida por quien carece de autorrespeto por su actual investidura de representante popular y dirigente sindical. A los electores de su distrito (Tulancingo), y a sus correligionarios burócratas, esta nueva tropelía de Sosa Castelán no habrá ya de sorprenderles, dados sus antecedentes que lo descalifican ante la colectividad hidalguense.

Pero lo ocurrido ayer desborda la sola escenificación de escándalos múltiples. Ahora su agresiva conducta personal afectó a un miembro

de la prensa, a quien atacó por haberlo mencionado en relación a situaciones que ponen en entredicho su actuación pública.

El Sol de Hidalgo, miembro de la Organización Editorial Mexicana, patentiza su más enérgica protesta por el atropello citado y confía en que, por los canales legales, se impongan al agresor responsable las sanciones a que es acreedor. La sanción moral, la que ya se expresa por boca de la ciudadanía, seguramente se hará sentir, abierta y rotundamente. Individuos como el que responde al nombre de Gerardo Sosa Castelán no deben ya volver a figurar en cargos ni comisiones oficiales, porque desprestigian a las instituciones en que, incidentalmente y por desgracia, él se ha visto favorecido con su inmerecida inclusión.

Pronto desaparecieron los señalamientos periodísticos. Aparentemente, intercedieron el gobierno y la directiva del congreso para que el asunto se fuera olvidando. Sin embargo, el diario hizo el silencio en torno de las actividades del diputado y secretario general del Sindicato de Trabajadores al Servicio del Estado.

Las relaciones se enfriaron aún más en febrero de 1985. Estudiantes de la Preparatoria 2 de Tulancingo allanaron las oficinas de *El Sol de Tulancingo* y lesionaron a un reportero, destruyendo a su paso máquinas de escribir. Dijeron protestar por el accidente en que perdió la vida el estudiante Rubén López Peña, al estrellarse con su motocicleta contra el auto del subdirector de dicho periódico, Fernando Moreno. Pero el destino daría aún muchas vueltas.

Una desafortunada circunstancia para Carlos Sevilla, subdirector del diario, le abrió a Sosa las puertas del camino de favores que disfrutó en la cadena de los soles. Sevilla, un periodista de fina pluma y apego institucional a toda prueba, que le llevaron por una parte a ganar el Premio Nacional de Crónica por su trabajo en torno de los trágicos hechos de Canoa y por otra a vegetar eternamente en la subdirección de *El Sol de Hidalgo* escribiendo con la línea del ejecutivo estatal en turno, enfermó gravemente. Gerardo

Sosa —el padrino en acción— se apareció ofreciendo apoyo económico e institucional sin límite. Y sin límite fue también el agradecimiento de Sevilla, que siguiendo la muy mexicana tradición hizo culminar la amistad en compadrazgo.

Con ello se multiplicaron las notas en que se elogiaba el hacer político de Sosa y sobre todo el silencio sobre sus desempeños negativos, que nunca volvieron a ver la luz pública.

Las ambiciones de Sosa pronto ascendieron otro peldaño. Justamente por intermediación de Sevilla pudo estar en contacto con el director de *El Sol de Hidalgo*. Su capacidad para hacerse útil, su viveza, pronto convirtió el trato superficial en sólidas relaciones familiares que culminaron, *but of course*, en compadrazgo. El matrimonio Castelán-Cravioto apadrinó a las hijas de don Fausto Marín Tamayo. Como la suerte es de quien la busca y porque Gerardo Sosa no tiene límites, tiempo después, un hijo de Mario Vázquez Raña, por alguna razón, hubo que pasar una temporada en Pachuca y fue en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, de la que ya era rector Gerardo Sosa, donde encontró acomodo como funcionario. De ahí al trato de Sosa con Vázquez Raña hubo solamente un paso, y de él se derivaron amplios, muy amplios apoyos periodísticos en la precampaña para gobernador. Y aún más, una enorme cantidad de notas favorables con que ha venido sembrando su camino a la candidatura al Gobierno del Estado.

Por si fuera poco, y dado que se requiere también el barniz de hombre de ideas y de pluma, se le abrió un espacio en la edición dominical de los soles. Quienes conocen sus limitaciones en la expresión, no dudan en señalar que a Sosa le pertenece solamente la firma y a veces la pobreza de los temas.

Claro, favor con favor se paga. Así que un día los dirigentes de la federación recibieron instrucciones de presentar en el seno del Consejo Universitario la propuesta para que la unidad deportiva que se habilitó en terrenos de la Preparatoria 3 recibiera el nombre de Mario Vázquez Raña. El acuerdo fue unánime. El rector

Camacho Bertrán recordó que “la comunidad de esta casa de estudios reconoce siempre la calidad humana y moral de aquellos ciudadanos que por su talento, preparación y vocación de servicio, han sobresalido en los campos de la cultura, el deporte, la investigación, el periodismo y las ciencias”.

La audacia, la suerte y los compadrazgos brevemente resumidos aquí significaron para Sosa Castelán un apoyo periodístico invaluable, sobre todo si se toma en cuenta que durante muchos años y salvo efímeras aventuras periodísticas el peso de *El Sol de Hidalgo*, por tiraje y distribución, casi ha borrado a sus pequeños competidores.

El vespertino *Nuevo Día* no omitía el mencionar los latrocinios estudiantiles, así que Zenaido, Gerardo, Agustín, Carlos Herrera, “El Carnes” y otros eran frecuentemente mencionados en la nota roja de dicho diario. Ello motivó algunas visitas masivas de estudiantes a la redacción del periódico tratando de amedrentar y, finalmente, una noche las balas hicieron añicos los enormes cristales de este diario. Como de costumbre los culpables no fueron aprehendidos.

Pocos días después fui objeto de un atentado en mi propio domicilio. Miguel Ángel Granados Chapa en su columna “Plaza Pública”, por aquellos tiempos publicada en el diario *La Jornada*, escribió en los siguientes términos:

Atentado en Hidalgo. Contra libertad, balazos

Si solamente se propusieron intimidarlo, los atacantes de la casa de Alfredo Rivera, en Pachuca —baleada por manos criminales en las primeras horas del domingo 13—, ya pueden considerarse chasqueados, porque no conseguirán su objetivo. Pero si con ese atentado están anunciando nuevas acciones para impedir la varia acción democrática de Rivera, deberá alertarse a la opinión hidalguense y la nacional ante esa embestida contra la libertad.

Rivera es, sobre todo, un hombre libre. Tal vez ésa, su característica principal, fue el blanco de quienes dispararon con armas reserva-

das a la fuerza pública sobre su casa mientras en su interior dormían el propio Rivera, su esposa Irma —una inteligente sicóloga, especialista en educación especial— y sus hijos Alfredo y Daniel. La reacción del atacado, una vez comprobados los daños en el inmueble y en su automóvil, fue dirigirse de inmediato a la librería Espacio Cultural, de la que es animador desde hace tres años, para verificar si el atentado se habría repetido o iniciado allí. No ocurrió así, por fortuna, pero si no se pone remedio a esta situación nadie garantiza que tal acontecimiento no se produzca alguna vez.

Horas antes del atentado Rivera había conducido el acto en que integró el comité promotor en Hidalgo del Partido de la Revolución Democrática, según convocatoria aparecida una semana atrás. Sería lamentable encontrar en este hecho la causa de la balacera, que contradiría el clima en que hasta ahora han podido desenvolverse las acciones del cardenismo en esa entidad. Pero también es preciso tener en cuenta que Rivera, además de antiguo militante de la oposición de izquierda, es subdirector de la revista quincenal *La Calle*, cuyo primer número apareció apenas el quince de agosto, bajo la dirección de Ignacio González Flores, corresponsal de nuestro diario en la capital hidalguense.

Nacido en el barrio de El Arbolito, uno de los más característicos de Pachuca, Rivera fue cuando muchacho un sobresaliente campeón de atletismo y, aunque se graduó de contador público, sirvió con éxito en varias empresas particulares y hasta llegó a dirigir la escuela correspondiente en la Universidad de Hidalgo, a partir de su posgrado en Grenoble se alejó de esa disciplina para abrirse a los ámbitos más amplios de las ciencias sociales y las letras. Lejos de ser un hombre conflictivo se opuso, sin embargo, a un rector arbitrario cuando fue director en la UAEH y desde entonces no ha podido reingresar a la enseñanza universitaria, a pesar de sus méritos académicos y de que ha transcurrido más de una década; por aquella circunstancia y porque Rivera fue candidato a la alcaldía pachuqueña, fue sostenido hace siete años por una coalición de izquierda premonitoria de su actual esfuerzo político. Por aquella misma época había fundado *Mecha*, una

revista mensual que fue su primera tentativa por dotar a la entidad en que vive de un órgano de reflexión y de información relevante.

En el Espacio Cultural que dirige, Rivera ha creado algo más que una simple librería, pues la convirtió en lugar de encuentro y auditorio para la presentación de autores distinguidos. A fines de agosto, por ejemplo, se presentó allí Carlos Monsiváis a propósito de sus más recientes libros, y la pequeña multitud que lo acogió desbordó los límites de la librería y debió lanzarse a tomar la calle, de semejante manera a como había sucedido aquí, semanas atrás, en la Librería del Sótano. Ese hecho ilustra la influencia que el quehacer cultural propiciado por Rivera está teniendo en la comunidad pachuqueña.

Atentados semejantes al sufrido este domingo por Rivera padecieron antes el dirigente panista Adrián del Arenal, y el vespertino *Nuevo Día*, a cuyo director Marco Antonio González acusa el nefasto Grupo Universidad de difundir en la prensa nacional informaciones sobre su comportamiento, como si hiciera falta que alguien hiciera notar lo evidente. La impunidad siguió a aquellos actos criminales. No es, por lo tanto, gratuita la exigencia de aclaración y castigo que inmediatamente después del ataque lanzó a Rivera en Pachuca la sección local de la Unión de Periodistas Democráticos. Demasiados delitos quedan sin sanción, pero hay algunos donde esa secuela es mucho más inadmisibles, si cabe, porque entraña perjuicios no sólo para el agraviado directo, sino para la sociedad entera.

La Jornada, 15 de noviembre de 1988.

El equipo de apoyo

Evidentemente no son muchas las cualidades con las que transita por la vida Gerardo Sosa Castlán. No es un tribuno y tampoco se le reconocen trabajos académicos o tesis políticas de trascendencia; en el ámbito cultural sus carencias son evidentes. Pero de ninguna manera podrá señalársele como individuo que se ahoga en tan pequeño vaso de agua. Una característica sobresaliente en él la

constituye la viveza para rodearse de la gente que cubra sus deficiencias. Algunas de las personas clave en este menester han sido las siguientes.

El profesor Rafael Cravioto Muñoz, hombre de sólida cultura, priista a la vieja usanza, controvertido en su paso por la dirección del diario *El Sol de Hidalgo* que detentó durante casi 25 años, fue el artífice de los elaborados discursos donde a veces saltaba la vieja retórica y en los que el novel lector tropezaba con frecuencia. Gurú literario y político que gozó de todas sus confianzas, entre otras cosas por ser su abuelo-suegro.

Auténticos azahares del destino y del desempleo ubicaron a la doctora Susana Miranda en el equipo de Sosa Castelán. Estudiante brillante, maestra reconocida, exitosa funcionaria en la Unidad de Estudios Profesionales del Politécnico Nacional, la doctora Miranda cubrió con creces los aspectos de planeación, dirección y control en los que naufragaba Sosa. Lealtad a toda prueba y mano de hierro en el ejercicio profesional le ganaron el lugar privilegiado que detentó y que tantas animadversiones le generó. Por si fuera poco, puso a disposición de Sosa Castelán las relaciones que su vida académica le había proporcionado y le abrió las puertas en el Estado Mayor Presidencial a través de su hermano, el general Roberto Miranda.

Más conocido como Andy, el atildado y joven Andrés Becerril parecía mediano en todo. Pero ya sumando su atuendo impecable, lo educadito, discreto y ampliamente relacionado, así como un muy amplio bagaje de información sobre restaurantes, bares y centros de diversión, y contando con la disposición y desenvoltura para realizar todo tipo de trámites tanto en el país como en el extranjero, lo hicieron un secretario particular muy apreciado, tanto más que estaba lleno de anécdotas y buen humor. Fue la avanzada de Sosa en el extranjero y su frustrado sucesor en la dirección sindical burocrática.

Evaristo Luvían Torres, abogado singular que tenía un amplio manejo de la grilla política, nunca como protagonista sino que en

algunos casos como asesor de grupos estudiantiles, en otros como hombre de las confianzas de alguien más encumbrado. Frecuentemente se le ubicó como la mano del profesor José Guadarrama en la universidad, lo que no era cierto, pues si bien durante una temporada fue uno de los operadores políticos del profesor, solamente lo fue porque habiendo caído momentáneamente de la gracia de Gerardo tuvo que buscar cobijo.

Pocos hombres le fueron tan incondicionales y tan útiles a Sosa Castelán. Los mensajes que mandaba a alguien en especial o en lo colectivo, con frecuencia se escuchaban en boca de Luvían. En los diferendos entre personajes o grupos enfrentados su mediación era efectiva; nunca tuvo pruritos para aceptar desempeñar el puesto que fuera necesario. Él era el secretario general adjunto que se convirtió en encargado del despacho cuando Sosa intempestivamente salió del país y él recibió el telegrama enviado por Sosa renunciando a la secretaría general del SUTSPEH, mismo que fue a leer a la asamblea del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio del Poder Ejecutivo.

Se desempeñó como director de extensión universitaria, secretario general adjunto, coordinador del consejo editorial. Al igual que casi todos los directivos, en algún momento apechugó el correctivo que gustaba de aplicar Sosa Castelán a quienes le fallaban en algo: éste consistía en ponerlos a disposición, es decir, en la obligación de permanencia en las oficinas, sin trabajo y siendo checada a cada momento su permanencia.

Raúl Arroyo González ha sido otro asiduo acompañante de Sosa Castelán. Una sólida carrera jurídica le llevó a ocupar la dirección del Instituto de Ciencias Sociales y también a convertirse en uno de los abogados de confianza de Sosa, quien lo ubicó en el Comité Ejecutivo del SUTSPEH. Se trata de un prestigiado intelectual al que con frecuencia se le ubica como candidato a ocupar la rectoría, puesto que hasta ahora se le ha negado. Figura de manera relevante en el directorio de la Fundación Universitaria.

La sólida estrategia desarrollada por Sosa para posicionarse en la opinión pública como un fuerte candidato a la gubernatura del estado hace evidente la presencia de un distinguido grupo de asesores externos. Algunos de ellos destacados miembros de la academia con los que Sosa mantuvo relaciones en su paso por la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES). Otros asesores son producto de su militancia priísta y de su desempeño en el congreso.

Federico Vera Copca, un muy inteligente político fogueado en el activismo nacional al ser uno de los dirigentes principales de Antorcha Campesina e igualmente de amplia experiencia administrativa, que incluye el haber sido delegado en Iztapalapa, ha sido el artífice de la estructura política y de la penetración que ha logrado Sosa en el territorio hidalguense en el último año. Extrañamente ejerce ahora un importante puesto en la Secretaría de Desarrollo Social del gobierno del estado de Hidalgo.

Durante el desempeño de sus distintas actividades, quedó claro que puede tener equipos de colaboradores que trabajen proyectos para él, pero no ha gustado de caminar en pos de sus ambiciones acompañado de un equipo. No participa de tener pares, sino empleados que desecha y retoma con base en sus propias conveniencias. A todos quienes le acompañaron en algún momento de su vida los fue dejando en el camino.

Horizontes más amplios

En mayo de 1991, Gerardo Sosa había alcanzado su sueño: ser rector de la universidad. Primero en calidad de sustituto, posteriormente como interino y, por último, en la condición de rector electo. Cumplió ese ciclo. Y aún fue más lejos. Como corresponde a quien ha conjuntado de una u otra manera las voluntades de todos los consejeros universitarios, el 18 de marzo de 1994 fue reelecto rector de la universidad de Hidalgo.

Su paso por la rectoría no disminuyó su intensa y aún frenética actividad. Estableció varios frentes. En primer lugar, ansioso por hacer olvidar su violento pasado se encargó de que profesionales le dieran un nuevo *look*: cambió su manera de vestir, se volvió pulcro y formal, empezó a correr por las mañanas, a cuidar la figura, dejó de beber en lugares públicos. Presionó a sus amigos que no compartían estos cambios a alejarse de la universidad y le dio a su oficina un toque de formalidad con la contratación de la señora Andrea Barrios, mujer de edad madura que había sido secretaria del gobernador Sánchez Vite.

En el Consejo Universitario no se movía una hoja sin su consentimiento. Espació las reuniones hasta casi desaparecerlas. Realizó sólo las indispensables para la aprobación de documentos específicos, absolutamente predeterminados y que no sufrirían cambio alguno. Jamás se escuchó una voz disidente. Los cambios de consejeros fueron mínimos y definidos por el rector. Gerardo Sosa construyó su reino en el que sólo mandaba él. Dio de baja, fuera de la ley, a los maestros que le estorbaban, a los que, en vez de liquidarlos conforme a derecho, les ofrecía arreglos humillantes en

términos financieros. Afrontó las pocas demandas laborales que le interpusieron; perdió casi siempre pero simplemente no pagó y otorgó en garantía bienes prácticamente inembargables.

El primer círculo de la clase política de Hidalgo no lo aceptaba fácilmente, pero su investidura de rector lo mantenía en él. Aunque no logró impedir que le fuera disminuida la cuota de influencia en el Poder Legislativo y en el número de las presidencias municipales que en años anteriores había obtenido o arrebatado. Mantuvo cuidadosas relaciones con el gobernador Murillo. Si bien no fueron cercanos ni hicieron grupo, tampoco pelearon. De hecho, existió un pacto de respeto a los correspondientes espacios políticos.

Hasta entonces todo había salido de acuerdo con lo planeado. Pero hombre de tantas ambiciones como iniciativas, decidió ampliar sus horizontes políticos. Por lo tanto, orientó sus baterías a la candidatura al gobierno del estado. Sabía que no eran significativas sus posibilidades de triunfo, ni siquiera en las elecciones internas del PRI: su imagen pública seguía arrastrando muchos lastres de su época de violencia física, pero la precandidatura, al estar avalada por su partido, le daría legitimidad al tiempo que constituiría el basamento para lanzarse en el siguiente sexenio a la conquista de ese nuevo sueño, la gubernatura, entonces sí, suponía, con amplias posibilidades de triunfar.

En marzo de 1998, antes de que terminase estatutariamente su gestión como rector, Gerardo Sosa aspiraba en serio a la gubernatura de Hidalgo. Así que no lanzó en el plazo debido la convocatoria para el proceso de la elección del nuevo rector y pospuso durante tres semanas la fecha en que debía rendir su IV Informe, correspondiente a su segundo periodo rectoral.

El estatuto general de la universidad vigente en esas fechas señalaba que del 7 al 11 de marzo había de integrarse la Comisión Electoral; que el registro de candidatos sería entre el 14 y el 18 del mismo mes, y que el rector debía ser electo el día 24 o 25. Ningun-

na de estas fechas se respetó y, finalmente, los voceros en la prensa hicieron eco de las declaraciones de algunos universitarios incondicionales de Sosa que defendieron, con una interpretación viciosa del estatuto universitario, que Sosa Castelán podía reelegirse.

“Su consejo” acató dócilmente esa propuesta arbitraria y en abril de 1998 lo volvió a elegir para otro periodo de cuatro años al frente de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Todo el mundo sabía que no habría de terminar ese periodo, pues Sosa sólo requería una plataforma política desde la cual aspirar a la convocatoria del PRI para participar en las elecciones internas. Así que forzó la legislación universitaria... pero poquito.

Voy derecho y no me quito

A propósito de las elecciones internas priístas, mucho antes de que apareciera formalmente la convocatoria y se pudiesen llevar a cabo las precampañas Sosa comenzó su actividad propagandística poniendo nerviosos a los dos aspirantes más fuertes: Manuel Ángel Núñez Soto y José Guadarrama Márquez, quienes se apresuraron a hacer lo mismo y con tal profusión de recursos que en reunión del Consejo General del Instituto Estatal Electoral los partidos PRD, PAN, Verde Ecologista y PT presentaron una denuncia de hechos, por la preprecampaña que realizaban los priístas.

Francisco Ortega, diputado perredista y representante de su partido ante dicho consejo, declaró: “Hasta el momento el PRI no ha hecho ninguna convocatoria para que sus miembros participen en una elección interna para la elección de candidatos; sin embargo, éstos ya andan activamente por todo el estado realizando mítines y haciendo proselitismo. Ya se hizo un llamado para que a más tardar en un plazo de 72 horas se borren todo tipo de pintas que se hayan hecho con el nombre de cualquier precandidato en cualquier lugar público.” Aseguraba el legislador que “Se formó una comisión investigadora integrada por consejeros electorales para

analizar si lo que están haciendo ‘esos precandidatos’ va de acuerdo a los estatutos de su partido para que entonces los sancione ese mismo organismo y, sobre todo, que se cuantifique la cantidad y el costo de los recursos que están utilizando, ya que están realizando una campaña impresionante dentro de radio, prensa y bardas. Además están contratando decenas de camiones para los mítines. Necesitamos saber de dónde están saliendo esos recursos, ya que sospechamos que no son transparentes.”

El 31 de julio, Gerardo Sosa presentó su renuncia a la rectoría, pero antes vivió días amargos. Se había mencionado su nombre como precandidato junto al de otros cuatro disparejos aspirantes, pero una vez que apareció la convocatoria para las elecciones internas Mariano Palacios Alcocer, presidente nacional del PRI, desayunó con cuatro de los apuntados, entre ellos Manuel Ángel Núñez Soto, marcado como el candidato oficial designado por Jesús Murillo y José Guadarrama Márquez, el polémico senador que ya comenzaba a manejar sus amenazas —que mucho tiempo después cumpliría— de abandonar su partido para afiliarse a la oposición. Eran los candidatos fuertes, aun cuando también se registraron, a sabiendas de su nula posibilidad de triunfo, Humberto Lugo Gil y Orlando Arvizu Lara. Los afanes de estos dos últimos se limitaban a estar presentes con la esperanza de cobrar de alguna manera la factura.

Gerardo Sosa no había sido invitado. Los analistas lo dieron por ausente en la contienda; afirmaban que la mala aceptación de su nombre en el ámbito nacional y el bloqueo de Murillo en el estatal se habían impuesto dejándolo fuera. Estaban equivocados: Sosa movió sus piezas, algunas importantes. Por su movilidad incluso lo señalaron como apadrinado por Ernesto Zedillo, presidente de la república; se suponía que habrían establecido nexos cuando éste fue secretario de educación pública.

Otros coincidían en que era el presidente Zedillo quien lo alentaba, pero decían que era gracias a las recomendaciones de su

jefe del Estado Mayor Presidencial, general Roberto Miranda, hermano de la doctora Susana Miranda, una de las principales figuras del equipo del aún rector. Lo cierto es que también Gerardo Sosa se reunió con Palacios Alcocer en la sede nacional priista, y al término de esa reunión anunció que estaría en la contienda interna y que por ello renunciaría en breve a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

Siempre hábil, manejó la prensa proclive a su causa y se publicó a plana entera una fotografía suya con gesto triunfal, sin mencionar que se le permitía la participación en la contienda interna de su partido a cambio de la renuncia a la rectoría y no a cambio de una simple licencia, que era lo que él buscaba.

En agosto de 1998 se terminó formalmente su estancia en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, pero nadie se llamaba a engaño. Maestros y alumnos seguirían dependiendo de la sola voluntad de Gerardo Sosa, que habría de definir los cambios de funcionarios, empezando por señalar al encargado de la rectoría.

Sosa, para esta designación, lo mismo se declaraba respetuoso del Consejo Universitario que jugueteaba con los nombres de sus colaboradores de siempre: “Jaime Rivas Gómez, secretario general del personal académico universitario; Juan Manuel Camacho Bertrán, secretario general de la UAEH; Raúl Arroyo González, director del Instituto de Ciencias Sociales; José Calderón, Enrique Gil, Martín Ortiz Granillo y el de su amigo de siempre y ya para entonces presidente de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación en Tulancingo, Cesáreo Márquez Alvarado.”

No era su única contradicción. Por una parte, declaraba su absoluta dedicación a la universidad y por otra hablaba de los grupos que ya había creado para el respaldo a su candidatura: “Debía ser congruente y lo soy, porque siempre he defendido la autonomía de la universidad. Logramos que sus campus no se conviertan en centro de proselitismo partidista. Soy por eso el primero que debe poner el ejemplo. Estamos organizados: hay acciones de grupo,

como los comités pro voto que existen en los 84 municipios de Hidalgo. Y cada día se da una mayor fortaleza, una mayor incorporación de partidarios.”

Su seguridad en sí mismo y su afán de impresionar estuvieron presentes, desde luego, en sus primeras declaraciones: “Cuando me defino para alcanzar una meta no me detengo hasta lograrla. Éste es el caso. Cuento con el apoyo de unos 75 mil de los 300 mil priístas que regularmente votan.”

La precampaña

Comenzó con una gira de despedida por los diversos espacios académicos. El esquema fue más o menos el mismo. Las autoridades universitarias correspondientes citaban a todos los maestros, alumnos y trabajadores; desde luego se suspendían las clases y operaba el mecanismo de control para que nadie dejara de asistir. El director del instituto, preparatoria o campus presentaba, abundando en elogios, “al rector que tantos beneficios había aportado a esa unidad académica y que en breve renunciaría, pues iría en busca de espacios más amplios en los que, podía estar seguro, la comunidad universitaria le acompañaría”. Enseguida solicitaba el aplauso general y la atención de la concurrencia, para escuchar el mensaje “de nuestro querido rector”.

Su estribillo comenzaba en el autoelogio: “Renuncio, porque siempre he sido congruente y dejaría de serlo si desde la universidad participo en la política estatal. Dejo una universidad trabajando y en orden y, como me siento capacitado para gobernar el estado, voy a participar en la contienda interna de mi partido.” Seguía y seguía el mensaje de campaña que no omitía el “Sé, porque así me lo han dicho, que muchos de ustedes me acompañarán en este nuevo camino.” Terminaba por invitar a que alguien, con toda confianza, hiciera uso de la palabra. De inmediato se alzaban tres manos. “Casualmente” hablaban, con discursos obviamente

preparados y en extremo lisonjeros, uno representando a la federación de estudiantes, uno del sindicato de trabajadores y un representante de los académicos. Después, el director una vez más se deshacía en elogios, certezas de triunfo y promesas de seguir con el rector que renunciaba para seguir un nuevo derrotero.

Hubo excepciones, como la del Instituto de Ciencias Económico Administrativas: salí de impartir mi clase a las once de la mañana. A pesar de mi condición de ex director de ese instituto, nadie me entregó invitación para asistir. Al ver que llegaba Gerardo pasé al auditorio. El programa se desarrolló como de costumbre, pero aprovechando la invitación a hacer uso de la palabra levanté la mano. El secretario del instituto, que omitía darme la palabra, fue presionado por los alumnos y finalmente hice uso del micrófono solamente para decir: “Por los elogios que acabas de escuchar seguramente pensarás que toda la comunidad universitaria te acompañará en la aventura política que inicias y que te tiene como único usufructuario. No te engañes, los ‘representantes’ que hicieron uso de la palabra no representan a nadie, y si tuvieras sensibilidad sabrías que los alumnos han venido presionados y que tanto ellos como sus maestros están muy lejos de considerarte el mejor candidato para dirigir nuestro estado. El tiempo te enfrentará con esa realidad.” Así sucedió.

Universitarios en campaña

La precampaña había comenzado muchos meses antes y en muy diversos frentes. Parecían simples actividades de extensión universitaria, pero estaban centradas en una abrumadora difusión donde el rector ocupaba un plano preponderante. Lo mismo incluyó el constituir una orquesta sinfónica y acudir ante cada presidencia municipal a ofrecer actuaciones que establecer un programa denominado “Adopta una comunidad”, en el que unidades de pasantes de distintas carreras acudían a dar servicios gratuitos. Las unidades

de transporte y otros espacios universitarios ostentaron durante meses un amplio despliegue propagandístico sobre el antes intrascendente informe del rector, enormes fotografías aparecían por doquier con el eslogan “Un informe a tu favor”.

Al haber renunciado a la rectoría, dichas actividades continuaron. El personal universitario indistintamente desarrollaba actividades propias de su trabajo que activismo de campaña. El control era riguroso, no podían faltar a sus convocatorias y hubieron de participar continuamente en marchas, mítines y como representantes de “su candidato” en el cuidado de casillas.

La mayor parte del personal participaba de forma obligada. Pocos fueron los que demostraron convicción para sumarse a las andanzas políticas del hombre fuerte de la universidad. Y desde luego hubo algunos que se convirtieron en más sosistas que Sosa. La licenciada Reyna Hinojosa Villalba publicaba bajo su responsabilidad y bajo el título de “Universidades centroamericanas en apoyo a la precandidatura del licenciado Gerardo Sosa Castelán” un desplegado de plana entera en el diario *El Sol de Hidalgo* con apoyos de la Universidad Católica de Honduras “Nuestra Señora reina de la Paz”; la Universidad Nacional Autónoma de Honduras; la Universidad Don Bosco y el Instituto Técnico de ex alumnos Salesiano.

La Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo apenas había firmado convenios académicos con las mencionadas instituciones, siendo la licenciada Hinojosa la funcionaria universitaria responsable. Dichos convenios, como tantos otros, no tuvieron mayor efecto que un viaje turístico.

El desarrollo general de la campaña correspondió absolutamente a lo previsto y de la misma manera se reflejaría en las urnas. Humberto Lugo Gil y Orlando Arvizu Lara, sin presencia, quedarían en los últimos lugares. El poderío económico y organizativo de José Guadarrama Márquez disputaba férreamente al poderío económico y aparato de estado que el gobernador movía a favor de Manuel Ángel Núñez Soto.

Ajeno a esos extremos y dedicado a lo suyo, que era darse a conocer y lavar políticamente su imagen, Gerardo Sosa no desmerecía en lo oneroso de la campaña y en los golpes espectaculares. El cierre de campaña dejó amplia huella. Caballo Dorado, el popular conjunto grupero, fue anunciado para presentarse en el Estadio Hidalgo, sede de los tuzos. Por el amplio despliegue publicitario y por el atractivo del espectáculo gratuito el lleno fue total. Sin embargo, el abucheo que se llevó Gerardo al interrumpir el espectáculo y pretender hacer uso de la palabra fue mayor, por lo que se vio obligado a abreviar y hacer mutis. El resultado en la votación correspondió a la realidad. Tuvo más votos que los poquísimos de los candidatos de relleno y muchos menos que los dos candidatos de verdad. Pero resultó abrumadora la distancia de los apenas un poco más de 46 mil sufragios a su favor con las “cuentas de la empresa lechera” que había pregonado y que le ubicaban con un voto cautivo de arranque de 175 mil.

De las derrotas, triunfos

Aún no aparecían los resultados oficiales de las elecciones internas priístas del domingo 20 de septiembre y ya estaba Sosa transformando su apabullante derrota en las urnas en un triunfo político. Publicó un desplegado de plana entera en los diarios. Para empujar, elogiaba la modernidad de su partido y el liderazgo que ejercía el presidente Ernesto Zedillo; luego, se vanagloriaba de estar respaldado en sus proyectos por 46 mil hidalguenses; reiteraba sus convicciones y lealtades políticas a su partido; saludaba a sus contrincantes y, por último, otorgaba su reconocimiento y se comprometía a votar por Manuel Ángel Núñez Soto, candidato triunfador, y anticipaba: “Mi compromiso sigue firme con ustedes, por Hidalgo.” Su foto ocupaba un cuarto de la plana.

Siempre supo que su travesía del desierto no podría ser a la intemperie, por lo que una de sus últimas medidas como rector ha-

bía sido conseguir del Consejo Universitario la creación de una Fundación Universitaria a la que, con ese río de recursos de que disponía, de inmediato había dotado de amplias y confortables instalaciones en una franja de terreno donado a la universidad y donde ya se había construido un nuevo edificio para la federación de estudiantes universitarios; en ese terreno se levantó también un modesto edificio para la radio universitaria. Obviamente, Gerardo Sosa había hecho lo necesario para que lo designaran director de la Fundación Universitaria.

Por corto tiempo se usó el nombre de Fundación Universitaria. Le quedaba chico para sus fines. Pronto, y sin dar ninguna explicación, se cambiaron los rótulos, el papel membretado y la denominación en cada una de las declaraciones. Así nos enteramos de que ya se llamaba Fundación Hidalguense, AC. El cambio, desde luego, no era una simple cuestión de forma. Un primer efecto fue la ambigüedad con la que Sosa se manejaba: a veces escudando en la universidad sus desempeños personales y otras deslindándose de ella. Todo según su conveniencia.

La desaparición de la orquesta sinfónica de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo fue el más claro ejemplo de confusión entre ambas instancias. La competencia de egos entre el maestro Fernando Lozano y Gerardo Sosa culminó con el maltrato de Sosa y sus empleados a Lozano, quien acabó por renunciar. Casi todos los músicos se solidarizaron con el maestro Lozano, por lo que Gerardo Sosa declaró desaparecida la sinfónica. La lucha de los ejecutantes y sus reclamos económicos y profesionales se estrellaron ante la confusión de patrón, pues en ocasiones la fundación se ostentaba como tal y en otras lo era la universidad.

Las promesas universitarias de empleo, muy escaso en esa área por cierto, dividieron a los músicos, que después de algunas protestas públicas y conciertos callejeros —incluso ante el congreso, donde denunciaban a Gerardo Sosa, a la sazón diputado federal—, hubieron de apechugar el despido y el escamoteo de sus prestaciones.

Afanes democratizadores

Al inicio de 1998 Gerardo Sosa tenía la representación y el foro que le aportaba la Fundación Hidalguense y contaba con el peso de la universidad, a la que manejaba a trasmano. Ello no era suficiente para sus planes a futuro. Sabía que le era necesario ampliar sus espacios, así que pretendió cobrar la factura de su disciplinada participación en las elecciones internas haciéndose elegir presidente del Comité Ejecutivo Estatal del PRI. No contaba con que otras voluntades políticas superiores ya habían hecho su elección, y como el mundo es pequeño, el elegido sería Aurelio Marín Huazo, el ex líder estudiantil que muchos años antes le había heredado la presidencia de la FEUH al propio Sosa.

Se decía que Carolina Viggiano ocuparía la secretaría general de dicho comité estatal; es decir, Jesús Murillo Karam había movido sus piezas y Sosa quedaba fuera de sus planes. Entonces, en la sesión del consejo estatal priísta del 4 de mayo, Sosa sorprendió a sus correligionarios al tomar sorpresivamente la tribuna y endilgarles un largo rollo sobre lo antidemocrático del planteamiento de la elección de dicho comité.

Azorados, los consejeros escucharon en boca del ex rector conceptos como justicia, democracia, voz a las bases, nuevos tiempos, rechazos a la imposición, no a la línea y a los cacicazgos, etcétera, etcétera. A manera de defensa algunos sólo atinaron a retarlo a que presentara su candidatura a la presidencia del partido.

Para que en la asamblea extraordinaria del 7 de mayo, en la que se llevaría a cabo la elección, no fueran nuevamente sorprendidos, Aurelio Marín cabildeó con Gerardo Sosa para recordarle viejas historias y, en nombre del partido, solicitarle disciplina. Pero Marín, sabedor de cómo se las gastaba su ex compañero de liderazgo estudiantil, preparó además un operativo, de tal manera que si Sosa tomaba el micrófono sería abucheado y cuestionado sobre la

antidemocracia imperante en la universidad; incluso se alistó a un grupo de mujeres para que lo agredieran físicamente.

No fue necesaria la aplicación de tales medidas, pues Sosa no se presentó. Pero dejó evidencia de su inconformidad y rechazo al proceder de su partido con la publicación de un desplegado a plana entera:

A los priistas hidalguenses:

En la más reciente sesión extraordinaria del consejo político estatal del Partido Revolucionario Institucional, realizada el día 4 del mes en curso, expresé mi posición respecto de la elección de presidente y secretario general del Comité Directivo Estatal del PRI, la que ahora ratifico públicamente como una reiteración de mi convencimiento a favor de un proceso democrático, de consulta a la base, mediante el voto directo de la militancia para elegir a nuestros dirigentes.

La vida política nacional se caracteriza actualmente por una tendencia creciente de impulso a los procesos democráticos basados en la más amplia participación ciudadana. Consolidar la democracia como una forma de vida implica un proceso arduo y difícil que requiere la suma incluyente de voluntades.

En Hidalgo los priistas iniciamos la experiencia democratizadora en marzo de 1996, cuando una convención de delegados eligió por medio del voto directo a la dirigencia estatal de entre una terna que previamente expresó sus propuestas en todo el territorio hidalguense, y la continuamos en septiembre de 1998 para elegir con el voto universal, libre, secreto y directo de los militantes al candidato a gobernador del estado.

Convencido de que los mexicanos vivimos tiempos nuevos en la vida política participé en esa elección primaria por la candidatura para gobernador; en este proceso confirmé el reclamo de mis compañeros de partido para encontrar e impulsar nuevas formas que susti-

tuyan las viejas prácticas partidistas; ahora sostengo una posición congruente que me impide coincidir con la decisión de elegir a nuestra dirigencia con el voto indirecto del consejo político, sin la participación directa de los priistas.

Esa forma de elección constituye un serio retroceso en la vida democrática del Partido Revolucionario Institucional en Hidalgo, va en contra del gran movimiento que por ampliar la democracia promueve el presidente Zedillo e incluso en una reacción opuesta a los resultados de la auscultación hecha por el presidente del CEN del PRI en los comités directivos estatales, los que en su mayoría se han pronunciado por la consulta abierta como método para designar a quien será nuestro candidato a la presidencia de la república.

Con absoluto respeto a cada uno de mis compañeros de partido reafirmo mi posición institucional de rechazo al interés de quienes insisten en mantener a Hidalgo condenado al subdesarrollo social y político mediante la cultura de "la línea", negando a sus ciudadanos, particularmente a los priistas, la capacidad de expresarse y tomar sus propias decisiones.

La insólita circunstancia de encontrarnos a Sosa Castelán envuelto en la bandera de la democracia y esgrimiendo ante los mandos de su partido demandas en favor de las bases, la abordamos en la columna "Les doy mi palabra que..." del diario *Síntesis*, el 24 de mayo de 1999, misma que enseguida reproducimos:

Gerardo, paladín de la democracia

Quienes hemos transitado por la vida con el simple mérito de haber-nos alineado en las filas de las causas democráticas debiésemos darle a Gerardo Sosa una calurosa bienvenida al lado correcto de la vida. Ciertamente se tardó en arribar a esta orilla; pero bueno, pelillos a la mar y congratulémonos por lo que tiene importancia: la causa de la democracia gana un militante, que seguramente imbuido por el fue-

go de los nuevos conversos no escatimará tiempo, dinero (personal) y esfuerzo en su afán de transformar todos los organismos, instituciones, comités y personajes que, en pleno umbral del siglo XXI, no han podido aún sacudirse los feos vicios del dedazo, autoritarismo, ganдалlez en las decisiones, etcétera.

Ojalá no vea el licenciado en la tardanza para darle esta bienvenida una errónea valoración de su gallardo acto. Más bien deberá entenderlo como muestra de respeto a los cotos políticos, pues se esperaba que algunos (no muchos) de sus correligionarios se manifestaran, tanto más porque en el pasado proceso de la precandidatura a gobernador confirmó “el reclamo de mis compañeros de partido para encontrar e impulsar nuevas formas que sustituyan las viejas prácticas partidistas”; pero hemos de convencernos de que, seguramente dominados por la envidia y las mezquindades y también la sorpresa, han preferido acallar con su silencio antes que con sus gritos el histórico viraje de un líder.

Si nos es permitido habrá que recomendarle a Sosa que se mantenga con los ojos muy abiertos, pues las asechanzas de los que embisten de inmediato contra todo lo que huele a democracia son infinitas; pero para qué contarle de esto a Gerardo, si únicamente tendrá que recordar todo lo que instrumentaba (claro, cuando aún no se convertía a la democracia) contra los maestros democráticos de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

A pesar de que la democracia como forma de gobierno y, sobre todo, de equitativa convivencia entre los individuos, cuenta con cientos de años sobre la tierra, son muchos los espacios donde las voluntades autócratas no le han permitido llegar. De tal manera que el trabajo para un nuevo paladín de la democracia es infinito. Pero él lo sabe: “consolidar la democracia como una forma de vida implica un proceso arduo y difícil que requiere la suma incluyente de voluntades.” Asimismo, dichos trabajos de construcción democrática se complican más ya que: “en Hidalgo los priístas iniciamos la experiencia democratizadora (apenas) en marzo de 1996.”

El “gran movimiento que por ampliar la democracia promueve el

presidente Zedillo” ha de estar apoyado por muchas y muy diversas acciones, que no dudamos emprenderá el reciente democratizador con la vitalidad y perspicacia que le son tradicionales. Por ejemplo: seguros estamos que pronto podría soltar los hilos que penden de su mano y que mantienen un férreo y antidemocrático control sobre todas y cada una de las instancias de nuestra universidad, comenzando con el Consejo Universitario, parapeto de las decisiones unipersonales; habrá de continuar con la reintegración de la dignidad secuestrada a los organismos sindicales académicos y de los trabajadores administrativos y debería dejar de mal educar a los alumnos en el sostenimiento de su anquilosada organización.

Sabiendo que el nuevo compromiso con la democracia no permitirá palanquear a familiares y protegidos del grupo en la cercana disputa por las alcaldías del estado, el líder reformado deberá hacer trabajo político que permita la posibilidad a la ciudadanía de escoger solamente entre los buenos y los mejores hombres.

Conocemos también que pese a que por carretera nos separa únicamente una hora del centro de las grandes decisiones del país, los vientos renovadores tardan mucho en arribar a la Bella Airosa. Soplar y empujar para que los tibios aires democráticos surgidos de Los Pinos y que pasan por Insurgentes Norte lleguen hasta el Consejo Político que sesiona en el parque Hidalgo, es otra tarea.

La práctica de la democracia le permitirá comprender que no existe (como siempre creyó) una sola verdad (la de él) y habrá de surgir entonces el respeto a las ideas ajenas y la tolerancia a la militancia política distinta del tricolor.

En tanto se concretan estas ideas volvamos al reconocimiento; el desplegado periodístico que señala los nuevos caminos ya quedó ahí como el documento histórico que muestra que no importa que durante toda una vida se haya sido el hombre más alérgico a la democracia, siempre hay posibilidades de redención.

Ya podemos dormir tranquilos, el ocupante del tercer lugar en las elecciones primarias de su partido por la candidatura a gobernador expresó su: “rechazo al interés de quienes insisten en mantener a Hi-

algo condenado al subdesarrollo social y político mediante la cultura de "la línea".

¡Aleluya! Habrá nuevos tiempos en la universidad y en el estado.

Diputado federal

Gerardo Sosa no acudió a la reunión en la que Aurelio Marín fue investido como dirigente del PRI estatal, pero eso no significó una derrota para él, no. Simplemente había cumplido con otro paso —el del barniz democratizador— de los muchos marcados en su puntual agenda y que, según su entender, le conducirían a la gubernatura estatal.

Sosa Castelán dedicó sus esfuerzos a fortalecer la economía y la imagen de la fundación, que en buena hora había creado y que cada día le redituaba mayores beneficios de movilidad y, por ende, políticos. No descuidaba la universidad, antes bien, seguía promoviendo la construcción de edificios de toda índole. Sin embargo, su atención principal se concentraba en obtener una de las dos senadurías de Hidalgo. El sistema se la debía por su disciplinada participación en las elecciones internas. Especialmente la deuda recaía en Manuel Ángel Núñez, quien había sido beneficiado al obtener de Sosa un pronto y enfático reconocimiento como triunfador en la contienda electoral. Doblemente importante el reconocimiento, pues José Guadarrama alebrestaba el escenario con sus inconformidades.

La deuda existía, pero el grupo de control político no estaba dispuesto a pagar tan caro, así que movió el aparato priísta en favor de Esteban Ángeles, un oscuro político protegido por Jesús Murillo, que, sorprendentemente, había logrado hilvanar una larga cadena de puestos públicos. El otro candidato, que sería senador de la república, seguramente provocó un enorme disgusto a Sosa Castelán, pues se trataba de Ernesto Gil Elorduy, el sagaz político

con el que se mantuvo enfrentado cuando éste fungió como secretario general de gobierno en la época de Adolfo Lugo Verduzco y quien gozaba la fama de haber frenado el poderío y la impunidad feuhista que comandaba Sosa.

Finalmente, sin la presidencia del PRI estatal y sin la senaduría, hubo de conformarse con ser el candidato a la diputación federal por el IV Distrito Electoral con cabecera en Tulancingo. No era el puesto ideal para sus fines, pues el ejercicio legislativo terminaría tres años antes del renuevo en el gobierno. Pero no hubo de otra.

Siempre en la línea de convertir las derrotas en triunfos se lanzó en una intensa campaña que finalmente presentaba la posibilidad de magnificar una victoria, pues los asuntos electorales habían ido de mal en peor para el PRI en la rica zona industrial del oriente del estado. Desde el principio de la campaña impuso su sello. Dejó de lado el aparato y la línea priísta y se lanzó por su cuenta. Le acompañaba el equipo con el que había afrontado la campaña anterior, los efectivos de la universidad de los que disponía a su conveniencia, los medios y algunos periodistas incondicionales, la Fundación Hidalguense y las enormes sumas de dinero cuyo origen seguía siendo desconocido.

Las paupérrimas poblaciones de la sierra, que finalmente le proporcionaron buena parte de sus votos, fueron conquistadas con su aparato de campaña, pero con los tradicionales métodos del viejo priísmo. El reparto de despensas, el control de los pequeños caciques regionales y la gestión de obras.

Tulancingo y las otras zonas urbanas del distrito fueron un problema mayor. Ésa había sido su principal área de influencia como líder estudiantil, o sea, ahí se encontraban los ciudadanos que habían sido mayormente agraviados por las correrías "estudiantiles" de él mismo y de las huestes que le seguían. Por otra parte, la conservadora población tulancinguense, sobre la que el clero tenía una enorme influencia, había sido históricamente un fuerte bastión panista.

Sosa atacó con brigadistas los barrios, organizó funciones gratuitas de box y lucha, contrató y puso en acción todo tipo de grupos musicales. A la alta sociedad le ofreció conciertos en la catedral con la orquesta sinfónica universitaria; el diario de los soles y las estaciones de radio locales se saturaron con sus mensajes propagandísticos. Alcanzó el triunfo.

Coordinador virtual

El 6 de julio del 2000, cuatro días después de realizadas las votaciones para elegir diputados federales, Gerardo Sosa Castelán recibía la constancia de mayoría: ya era diputado federal electo. El cómputo señalaba que se habían emitido en ese distrito 105 mil votos y el 46 por ciento le correspondieron al candidato priísta. Había superado a la Alianza por el Cambio, que encahezaba el PAN, con 8 mil votos.

Días después volvería a sorprender a la clase política pues, sin que quedara claro cómo, se convirtió en el coordinador de los diputados hidalguenses. En la práctica nunca fue aceptado como tal y Carolina Viggiano Austria, David Penchina Grub, Raúl Sicilia Salgado y Omar Fayad Meneses se fueron por la libre, lo que también hizo Juan Manuel Sepúlveda Fayad, pero con un mayor rechazo a Sosa. De hecho solamente quedó en el membrete su representación, pero ya le había servido para insertarse como secretario de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Cámara de Diputados.

Desafina Sosa Castelán

Un jueves del mes de agosto del 2001 la Orquesta Sinfónica Miguel Hidalgo triunfaba al presentar bajo la dirección de su titular, el maestro Fernando Lozano, un extraordinario espectáculo de zarzuela en el Centro Nacional de las Artes en la ciudad de México.

Veinticuatro horas después se encontró con que el aula magna Alfonso Cravioto, de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, donde repetiría su actuación (sin costo para la universidad) tenía las puertas cerradas y “problemas” con la energía eléctrica.

El conflicto se desencadenó una semana antes, cuando un empleado menor de la fundación, el contador Carlos García, informó telefónicamente al maestro Lozano que le separaban del cargo porque: “no pensaban como él”. El diferendo principal radicaba en que el presidente de dicha organización, Gerardo Sosa, estaba inconforme con la programación que el maestro Lozano había definido para el resto del año; es decir, que éste se negaba a acatar la “sugerencia” de programar solamente música popular.

Se trataba de uno de los últimos capítulos de aquella historia que se iniciara meses después de que Gerardo Sosa concluyera su ejercicio formal en la rectoría de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Por entonces, un diario local señalaba en una nota las dificultades económicas de la universidad para continuar sosteniendo la orquesta sinfónica. Al día siguiente de la publicación, se ratificaba la crisis financiera universitaria y se destacaba la inminente desaparición de la sinfónica.

No hubo tal. Simplemente, se trataba de otro más de los efec-tistas manejos de Gerardo Sosa, pues al tercer día la primera plana del mismo diario se llenaba con la foto y la declaración del tan mentado ex rector: la Fundación (Universitaria o Hidalguense, vaya usted a saber) que Sosa presidía salvaba a la sinfónica: “Por ser una agrupación de alto nivel y plenamente aceptada por la sociedad hidalguense.”

Apenas transcurridos unos meses de esa jugada de control sobre la orquesta se le dejó de pagar a los ejecutantes; antes se pretendió saber cuál era “la música adecuada para la población hidalguense” y por lo tanto modificar la programación de una temporada elaborada profesionalmente por el director; aún más: olvidando los múltiples reconocimientos y elogios vertidos en su momento ha-

cia el maestro Fernando Lozano, se le destituye con el agravante de hacerlo a través del recadito con un empleado menor.

La orquesta sinfónica fue uno de los caballitos de batalla de Sosa Castelán para penetrar en los municipios del estado durante la costosísima precampaña que realizó en su pretensión de ser electo candidato priísta a la gubernatura estatal. Más de setenta integrantes de esa agrupación musical firmaron un documento dirigido a la Comisión de Cultura de la LVIII Legislatura de la Cámara de Diputados; en él se expresan así: “hace cuatro años, gracias a la ambición y con el afán de que una orquesta sirviera como aparato de promoción personal política...”

Los integrantes de la orquesta decidieron solidarizarse con su director y han aprovechado para elaborar una serie de demandas mínimas de mejoramiento laboral, pero su primer problema consiste en saber a quién dirigirse. Por una parte el doctor Enrique Macedo, secretario general de la universidad, declaró desconocer el asunto, posteriormente aseveró que la universidad es la contratante de los músicos y, sin embargo, un poco más tarde dio cita a los ejecutantes en la Fundación Hidalguense, donde se les daría respuesta a sus demandas.

Como parte de los espectadores que acudían a la gala musical fui informado por los empleados del Ceuni de la suspensión de dicho concierto. Fue desolador contemplar a los integrantes de la orquesta, con su traje de gala y sus instrumentos, parados a las afueras del recinto, asombrados, incrédulos e irritados y, más aún, el saber que las conveniencias y caprichos de la autoridad universitaria y fundacionista estaban dejando a la población pachuqueña amante de la buena música y a los jóvenes universitarios que apenas la descubrían, sin posibilidades de aprendizaje y disfrute cultural.

Principio o fin

Piedra angular

En el momento en que Gerardo Sosa se enteraba del magro recuento de los votos que la militancia priísta le había otorgado en su intento de convertirse en candidato de su partido a la gubernatura del estado, cuando ya iniciaba las acciones con las que seis años después pretende convertirse en candidato indiscutible de su partido a la gubernatura de Hidalgo.

Para empezar tendió puente de plata con Manuel Ángel Núñez Soto, vencedor en ese proceso e inminente gobernador del estado, al reconocerle de inmediato su triunfo. Después vendrían las negociaciones y su ubicación como diputado federal y coordinador, nominal, de la fracción hidalguense en el congreso. En paralelo a ese ejercicio legislativo ha venido atacando diversos frentes. Como en la anterior campaña, su base de lanzamiento la constituyó la universidad, en la que su voz ha seguido imperando. Pero esta vez contó con otro elemento central de su activismo: la Fundación Hidalguense que preside.

Caravana con sombrero ajeno

A través de este organismo pudo allegarse recursos de todo tipo y manejarlos de manera confusa. A veces como pertenecientes a la universidad y otras como ajenos a la misma. Igualmente con esta representación y los nexos logrados en su paso por la rectoría, pudo establecer contacto con organismos internacionales como las

fundaciones Kellog's, Jenkyns y Columbia, e incluso participar en programas derivados de la Organización de las Naciones Unidas. El mismo gobierno del estado, a través de la Secretaría de Desarrollo Social, ha realizado conjuntamente trabajos con la Fundación Hidalguense; de hecho, con casi todas las dependencias ha establecido convenios para operar programas de interés social y desde luego la iniciativa privada nacional también ha estado presente; por ejemplo la industria farmacéutica, la de materiales para laboratorio, deportivos, de la computación, etcétera.

El enorme volumen de recursos y el incansable activismo le permitieron que en una primera etapa llegara a ser conocido en todo el estado. Los políticos locales fueron sorprendidos testigos de que la presencia política de Sosa Castelán en el centro del estado se iba ampliando día con día y sus brigadas políticas, escudadas en el interés social, iban penetrando en lugares que antes le fueran tan ajenos como la Huasteca, el valle del Mezquital y la sierra.

La casi totalidad de los presidentes municipales, incluyendo a los de la oposición, le abrieron sus puertas para recibir la caravana portadora de beneficios. A la par que se atendían con los recursos universitarios las consultas médicas, odontológicas o los servicios demandados a los egresados de trabajo social, sus cuadros políticos establecían representaciones municipales de la fundación dentro de las cuales se encontraba siempre algún estudiante universitario.

Se creó otro círculo técnico y político de gente más capacitada y cercana a Sosa que se fue responsabilizando de atender y supervisar las presencias municipales de la Fundación Hidalguense.

Los recursos universitarios siempre estuvieron a disposición de Sosa Castelán, incluyendo los meramente académicos. La problemática de municipios o pequeñas comunidades con mucha frecuencia fueron motivo de los estudios de académicos e investigadores, quienes también utilizaron sus conocimientos para editar libros que permitieran el lucimiento de Sosa Castelán y le otorgaron material de altura para regalos o intercambios, especial-

mente en las fechas navideñas. La infraestructura cultural de la universidad —orquesta sinfónica, grupos de danza, de teatro, musicales— fue utilizada para abrir las puertas de las presidencias municipales.

Pero para que todo ese activismo rindiera frutos políticos debió ser publicitado. Ahí nuevamente jugó un papel fundamental *El Sol de Hidalgo*, que diariamente daba cuenta de manera destacada en textos y fotografías sobre el itinerario de esa caravana que iba recorriendo todo el estado. Fue hasta ya avanzado el 2003, y ante la competencia publicitaria de Miguel Ángel Osorio Chong, al que se le ha venido adjudicando la denominación de candidato oficial del gobernador, cuando Núñez Soto convocó a los dos activos precandidatos a disminuir su campaña y a esperar los tiempos electorales oficiales. Realmente poco duró el compromiso y al término del año ambos supuestos contendientes magnificaron cada una de sus presencias públicas.

Culminada la etapa inicial de darse a conocer se prepara, como lanzamiento para el 2004, la aparición de la estructura electoral que habrá de cubrir todo el estado con la finalidad principal de convencer de que el mejor candidato a la gubernatura para el 2005 será Gerardo Sosa Castelán.

Esta organización se sustenta en una especie de células multiplicadoras. La clásica estructura de juntar diez militantes que a su vez tendrán como función, cada uno, crear grupos de otros diez y así sucesivamente. El inicio de estas células se conforma ya por el personal académico y administrativo ligado a la universidad. Incluso el secretario general del sindicato académico Gil Borja juega un papel relevante.

Otra de las intenciones principales es que elementos ligados a Sosa Castelán se integren en los Comités de Obra que en todos los niveles están surgiendo en los municipios.

El haber constituido su propia plataforma de lanzamiento implica que su fuerza como precandidato no se la otorga el aparato

oficial, lo que evidentemente le permite una mayor autonomía ante la clase política hidalguense.

A propósito, sorprendió el que políticos estrechamente ligados a Jesús Murillo Karam, que sigue siendo factor de decisión fundamental en el estado, comenzaran a insertarse en los altos cuadros de la universidad. Gerardo Martínez Martínez, que entre otros puestos en el gobierno de Murillo Karam se desempeñó como director jurídico, accedió a la dirección del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, dejando atrás a cuadros históricos universitarios como Raúl Arroyo González; Eugenio Ímaz, antiguo secretario del despacho, llegó a la vida universitaria como director de un área de extensión universitaria, y el fiscalista y ex representante del gobierno hidalguense en el Distrito Federal, Omar Pacheco, logró una plaza para desarrollar investigación, actividad que le era ajena.

Una lectura socorrida vio en esos nombramientos la terminación del frío trato entre Murillo y Sosa y la posibilidad de que, en determinadas circunstancias, en el futuro llegasen a conciliar sus intereses. Una especie de terminación de la política del "cada quien su área de influencia" y la sustitución por la de "intercambio de espacios".

De lo perdido, lo que aparezca

El futuro está por escribirse, pero Sosa Castelán lo contempla sabiendo que, en el peor de los escenarios, habrá de tener como premio de consolación un escaño como senador de la república. Nada magra la cosecha para quien un día llegara desorientado a la capital de su estado, amparado fundamentalmente en el poder de sus puños y, eso sí, con una enorme ambición desatada!

Pilón

La cita

Tezka, en Amberes 78 casi esquina con Liverpool, elegante restaurante en el corazón de la Zona Rosa, fue el lugar seleccionado por Gerardo Sosa para cumplir la invitación que desde el 16 de mayo me formuló a través de un sorpresivo telefonema. Puntualidad y respeto estuvieron presentes en la tercera conversación formal que habíamos tenido en nuestra vida; de mi parte también la curiosidad por saber cuál sería su reacción ante el artículo "Nomás las patadas se oyen" que la semana anterior yo había publicado en *Síntesis*, abordando en términos duros para él la destitución que instrumentó de Alejandro Rosas como presidente de la federación de estudiantes de la universidad hidalguense.

Me dice que la universidad ha cambiado y que ese cambio ya no lo conozco, habla de más de ciento cincuenta investigadores y maestros con grado de doctor. Me recuerda el viaje que hicimos por todo el campus universitario en su época de rector. Acordamos que le pediría a alguien que me acompañe en un nuevo recorrido. Mencionamos diversos nombres y finalmente se me ocurrió que fuera el recientemente electo secretario general del sindicato de personal académico, el cirujano dentista Luis Gil Borja.

Le pregunto sobre la forma de financiamiento de la fundación; me explica que desde su época de rector entró en contacto con organismos internacionales que apoyan proyectos de desarrollo. Habla de haber organizado y asesorado una gran cantidad de grupos que obtuvieron financiamiento. Le pido ejemplos y menciona

como patrocinadores, entre otros, a las fundaciones Kellog's, Jenkyns, Columbia. Y como beneficiarios a grupos campesinos o urbanos de escasos recursos, especialmente en el valle del Mezquital y la Huasteca.

Declara recuperación de los financiamientos en increíbles porcentajes del 97 por ciento. Menciono que me sorprende su habilidad que le ha llevado a conseguir la representación del gobierno para inaugurar obras públicas por 500 millones de pesos. Dice que las inaugura en su calidad de legislador; le reviro que nunca he sabido que Sepúlveda inaugure algo y también es legislador. En su respuesta se da el único momento en que pierde el control. Grita: "¡por pendejo!"

Resulta evidente su animadversión por Juan Manuel Sepúlveda. Supongo que se acrecentó cuando, siendo Sosa coordinador de la representación de Hidalgo en el congreso, los diputados decidieron no considerarle ese rango. Especialmente Sepúlveda, que nunca asistió a sus convocatorias.

A propósito de la coordinación, me cuenta que terminada la contienda interna por la gubernatura y habiendo él reconocido prontamente el triunfo de Manuel Ángel Núñez, al hablarse de las futuras ubicaciones le fue prometida la senaduría, misma que finalmente le negaron argumentando otros compromisos. Finalmente aceptó la diputación a condición de que fuera el coordinador de la representación hidalguense.

Le planteo mi visión sobre la circunstancia política hidalguense, que concluyo señalando que la muy anticipada campaña que realiza, el derroche financiero con que se mueve, el aprovechamiento en su beneficio de los recursos físicos y humanos de la universidad, la penetración en todos los niveles del medio escrito más importante en la prensa del estado no será suficiente para que los ciudadanos olviden sus historias de porrismo en sus épocas de dirigente estudiantil y de autoritarismo y arbitrariedad en el desempeño de sus puestos burocráticos y universitarios.

Por supuesto rebate los señalamientos y ratifica su convicción de alcanzar la gubernatura, habla del pasado como de etapas superadas, considera que es el único aspirante que tiene una infraestructura política en todos los municipios e incluso me sorprende con su afirmación de que no solamente será el gobernador, sino que yo le habré de apoyar. Le señalo la lejanía de nuestras concepciones en el manejo de la cosa pública. Hablo de su autoritarismo, de su oposición a la pluralidad, de sus prácticas antidemocráticas, de su no delegación del poder, de la falta de respeto a sus subordinados, de su incapacidad de formar cuadros directivos. No acepta los señalamientos o los minimiza.

Transcurridas tres horas de plática en la que él había hecho constantes menciones a mi reciente artículo periodístico, en donde por igual lo criticaba a él y al presidente de la federación de estudiantes universitarios, y dado que no había mencionado nada del libro, le pregunté a bocajarro: ¿sabes que estoy escribiendo un libro? Dudó, y a punto de negarlo respondió con un tenue "sí, lo sé". ¿Y qué opinas?, volví a preguntar. Y se desgranó su respuesta preparada: "Te felicito, creo que hace falta escribir más sobre la universidad. Me da mucho gusto que hables de mí, me siento orgulloso por ser tan importante."

Le aclaré que se trata de un trabajo político que pretende puntualizar las relaciones que se establecieron en la segunda mitad del siglo pasado entre los gobernantes y el poder estudiantil de la universidad. Que no está dedicado a su trayectoria pero que desde luego, siendo relevantes sus actuaciones como el dirigente estudiantil que pronto amplía su poder al gobierno, que llega a rector y que impone a los dirigentes estudiantiles lo mismo que a los rectores pues, son constantes las menciones. Que el libro no pretende ser un compendio de nota roja pero que no evade mencionar los hechos delictivos en que se vieron envueltos los dirigentes estudiantiles.

Me dice que solamente me pide, en relación con el libro, "que no vaya a salir en un momento que le perjudique en su campaña".

Le señalo en mi respuesta que las prácticas políticas han borrado la claridad del inicio y terminación de las campañas políticas. Que él mismo lleva dos años en campaña y que otros aspirantes habrán de intensificar sus trabajos una vez que pasen las elecciones federales y que ello no terminará hasta después de la votación; por lo tanto todo el tiempo será de campaña y no hay manera de que el libro aparezca en otra época. Sí le ofrezco de manera espontánea que el libro no incursionará en los terrenos de lo íntimo, de lo personal.

Le planteo mi requerimiento de acceder a las actas del Consejo Universitario. Señala que no le ve problema, pues son documentos públicos. Le planteo mi interés por conocer la forma de operar de la fundación, acepta y le sugiero que Federico Vera Copca, su brazo derecho en el activismo de la fundación, podría ser el indicado para que sostuviéramos una charla. Acepta, dice que le dará indicaciones. Eso nunca sucedió.

Hasta el momento de terminar de escribir este trabajo no habíamos vuelto a saber el uno del otro, si bien es cierto que el doctor Gil Borja entró en contacto conmigo y durante dos días recorrimos las instalaciones universitarias con absoluta libertad y dialogando con todo tipo de universitarios. A manera de sintética conclusión diré que encontré áreas que funcionan con muy buenos resultados y otras que solamente son escenografía. Igualmente ratifiqué que el poder omnipresente se llama Gerardo Sosa Castelán.

Apéndice

Bromas estudiantiles

¿QUÉ PASÓ, MI LIC.?

Fernando Basurto impartió durante trece años la cátedra de comercio internacional en el Instituto de Ciencias Sociales de la UAEH. Un día aplicaba el examen final —solía hacerlo oral, delante del grupo— y cuando los dos primeros alumnos que lo habían presentado resultaron reprobados, se levantó Zenaido Meneses Pérez, pidió a los alumnos que abandonaran el salón y pasando adelante tomó del brazo al licenciado Basurto y le dijo:

—¿Qué pasó, mi lic.? Usted tiene futuro en la universidad, no nos haga eso.

Sacudiéndose la mano que le aferraba, Basurto preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿Qué pasó? Soy su alumno.

—No, yo jamás lo he visto en clase.

—Mire la lista, ahí estoy.

—Eso es distinto. Usted nunca ha asistido a esta clase, así que no puede estar aquí. Salga, que voy a continuar examinando.

—Me voy, pero nos vamos todos.

Y así fue. Ningún otro alumno entró a presentar el examen. Basurto entregó el acta con la mención de: “No presentados.”

El comentario de Lucas González, director del instituto, fue parco: “Estás en un lío, Fernando.” “No, no estoy en ningún lío”, fue la respuesta de Basurto; pero al reanudarse las clases del siguiente semestre ya no le asignaron grupo. Insistió, pidió explicaciones, solicitó audiencias hasta que finalmente lo remitieron con

el antiguo porro y ya para entonces administrador del Centro Universitario (Ceuni), Miguel Pontigo.

El funcionario fue al grano. “Tengo dos cartas”, le dijo; “ésta es una de ellas” y se la mostró: En un lenguaje soez, dos alumnas declaraban haber sido acosadas por Basurto y amenazadas de que si no aceptaban tener relaciones sexuales con él nunca aprobarían.

—Por lo tanto —dijo Pontigo—, se va usted de la universidad calladito o se enfrenta a un juicio universitario.

—Niego todo lo sostenido en ese escrito y me presento a juicio —respondió Basurto.

El Consejo Universitario jamás lo citó, no lo recibieron nunca más los funcionarios de la universidad y simplemente perdió su cátedra.

PUNTADAS DE ROSSELL

Hiperactivo, convencido de que la titularidad del poder estatal implica el autoritarismo, la majadería, la subordinación humillante de los demás, el arquitecto Rossell colmó los años de su gobierno con una gran cantidad de anécdotas.

Gustaba de revisar frecuentemente las obras de su gobierno acompañado de los ingenieros y arquitectos responsables. Los hacía viajar en los estribos del jeep que manejaba con pericia y a toda velocidad y su gozo era circular pasando por en medio de todos los charcos, de tal manera que sus acompañantes, independientemente del riesgo que corrían de salir disparados, terminaban bañados en lodo.

Con una millonaria inversión había renovado la Casa de Gobierno y en ella ocupaba lugar preponderante la alberca, en la que nadaba casi todas las mañanas y a donde gustaba de citar a acuerdo a diversos funcionarios. No fueron pocos los casos en que una molestia o simplemente un rato de humor gozoso le hacían decirle al funcionario en turno: “véngase a nadar, está muy buena el agua”. No bien comenzaba la negativa del funcionario y ya estaban los “guaruras” tomándolo por la fuerza y lanzándolo, tal cual, al agua. Su jefe de prensa, Marco Antonio González Pineda, y el entonces presidente municipal, Eduardo Valdespino, fueron algunos de los que sufrieron tan “bromista” trato.

GUANTES DE ORO

Armando Ponce Coronado fue uno de esos espíritus que necesitan vivir al filo de la navaja, necesitado siempre del flamazo de la adrenalina. La buscaba en todos los órdenes, hasta en lo deportivo. Su vida era una constante competición para probarse a sí mismo lo macho que era; por ello no solamente aceptaba todas las "cruzadas" que le proponían, sino que también las imponía.

En el plano de los golpes era aún más aguerrido. En el Instituto Científico Literario Autónomo (ICLA), antecedente de la universidad, era casi una tradición el ser bueno para los golpes, así que había por lo menos una veintena de excelentes peleadores; Ponce era uno de ellos, pero tenía la desventaja de pesar poco. Algo sin importancia para él, que algunas tardes se aparecía al pie de las escalinatas del viejo edificio, solitario, con su andar cansino y sus inseparables botas, pantalón de mezclilla y chamarra de cuero. De pronto, se detenía y gritaba a voz en cuello: "¿Quién se quiere partir la madre conmigo?" Dos o tres veces repetía el reto y de no encontrar rival iba a buscarlo en otro grupo de estudiantes. Al primero que se le atravesaba, sin que le importara pelo ni tamaño le plantaba una cachetada y comenzaba el pleito.

Peleaba tan ágil, tan vivo y entrón que al aparecer una convocatoria para el campeonato de los Guantes de Oro sus amigos lo llevaron a que se inscribiera. Ganó fácilmente el asalto inicial pero en el segundo estaba cansadísimo y fue un milagro que terminara de pie el tercero y ganara la pelea.

A partir de entonces sus entrenadores, que eran todos sus amigos cercanos, decidieron cuidarlo, juraron que no le permitirían más de tres copas y lo integraron a los entrenamientos del equipo de atletismo; incluso un par de domingos formó parte de los equipos de relevos. En tanto, jueves a jueves iba acumulando victorias, casi siempre por la vía del noqueo. Pero no estaba solo, un zurdo

de Real del Monte sumaba los mismos triunfos que él. Su enfrentamiento en la gran final era inevitable.

No hubo jamás deportista mejor portado en los quince días previos a esa pelea, y esa noche la Arena Afición resultó insuficiente para dar cabida a las inmensas porras del ICLA y el Real que habían llegado a apoyar a sus gallos. La gritería estudiantil tenía sobre todo la intención de acallar sus propios temores a la derrota, pues el zurdo era muy fuerte, un auténtico "barretero". Transcurrían las peleas preliminares y el rumor iba creciendo. Ponce no había llegado, no lo encontraban en ningún lado. Finalmente subió al cuadrilátero, cuando ya los realmontenses echaban abajo las tribunas con sus gritos y chiflidos, y el zurdo, pelado a rape y con la piel lustrosa, se cansaba de brincotear.

Frío y pálido a más no poder, Ponce saludó desgarbado desde el centro del ring a sus seguidores, que intuyeron que ésa no sería una noche de triunfo.

A pesar de los destellos de algunas buenas combinaciones de golpes, Ponce, lento y sin su viveza tradicional, fue vapuleado. Visitó la lona varias veces y siempre pudo levantarse por su gran corazón. La campana final fue un alivio para todos. Los insultos y las mentadas que se cruzaban las porras y que no habían parado durante toda la pelea arreciaban por las burlas de los del Real y se tenía una bronca generalizada.

Cuando el réferi levantó el brazo al zurdo y el comisionado se aprestaba a colocarle el cinturón de campeón, Jorge Ponce, hermano menor de Armando, surgió de improviso, saltó al ring y antes de que nadie pudiera impedirlo asestó un descotón al zurdo y ahí se armó la batahola, que afortunadamente pudo ser controlada sin mayores consecuencias.

Al siguiente día, en el instituto se conoció la explicación de la derrota. Dado el manojito de nervios que era Ponce, hacia la mitad del día de la pelea consiguió que sus acompañantes y entrenadores lo llevaran a una cantina para tomar un tequila que lo tranquiliza-

ra, pero uno no fue suficiente, así que a ése siguieron otros y otros, que sólo interrumpieron cuando la hora de la pelea ya estaba encima; entonces le dieron una tras otra numerosas tazas de café. Pero todo fue en vano, nos quedamos sin campeón en el ICIA y el atletismo y el boxeo perdieron un interesante prospecto. Años después, Ponce perdería la gran pelea contra el alcohol y la carretera.

LUIS MANUEL WILLARS ANDRADE

Al principiar 1987 un personaje singular comenzó a aparecer en los diarios y en los corrillos políticos. Pronto su nombre fue conocido por toda la población pachuqueña. Se trataba de Luis Manuel Willars Andrade, economista egresado del Tecnológico de Monterrey con posgrado en Bélgica, que había sido nombrado director de la Compañía Minera de Real del Monte y Pachuca.

Llegó para gastar indiscriminadamente el dinero de la empresa minera. Tenía buena relación con Rossell de la Lama, pero las cosas se le complicaron con la llegada de Lugo Verduzco. Se puso a competir, francamente, con el gobierno estatal en diversos rubros; por ejemplo, estableció sólidas relaciones con el clero, que culminaron con la donación de la monumental campana de la iglesia de La Villita, el 12 de diciembre de 1987.

Participó en diferentes patronatos de escuelas particulares y a uno, el Colegio Columbia, le donó un terreno propiedad de la compañía. En la población de Velazco, donde hay propiedades de la Real del Monte y él mismo posee un rancho, construyó un lienzo charro y patrocinó a la Asociación de Charros Águilas Reales; financió espectáculos musicales y conciertos. Fue padrino de graduación de egresados de diversas escuelas; transformó el club de la Compañía Real del Monte y Pachuca con una inversión millonaria en la alberca, las canchas, el gimnasio, la construcción de un frontón de calidad superior donde se realizaron campeonatos con jugosos premios. Desde luego, es éste un club elitista donde no tienen cabida los mineros.

Las relaciones con el sindicato se dieron desde su posición de fuerza, corrompiendo líderes, amenazándolos o expulsándolos. Por ello pudo despedir una gran cantidad de trabajadores y cerrar áreas laborales muy importantes, por ejemplo, la conocida como Maestranza.

Intentó un acercamiento con el gobierno de Adolfo Lugo a

través de acciones de apoyo a las actividades de la señora Alejandra Mora de Lugo Verduzco, especialmente en la reconstrucción del Hospital del Niño DIF, pero las buenas relaciones pronto se terminaron. Willars recibió desaires y agresiones que denunció en un insólito desplegado que también sirvió para dar a conocer su salida de la Real del Monte.

Pero antes, por supuesto, había entrado en contacto con el otro poder, el de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo. Andrés Becerril, secretario particular de Gerardo Sosa, fue el conducto de la relación entre Willars y Sosa, que no fructificó, chocaban sus personalidades. Entonces Agustín Sosa y Zenaido Meneses fueron los que sacaron provecho de esa relación que les resultó sumamente benéfica pues, con cargo a la cuenta de la compañía, se pagaron una larga lista de consumos y adquisiciones de los estudiantes, obtuvieron entrada libre al club de la compañía, así como constantes apoyos económicos.

BRINDAR PROTECCIÓN

A principios de los setenta, cuando Luis Echeverría recorría las universidades del país con las arcas abiertas tratando de comprar la amnesia de los estudiantes y la reivindicación de su nombre en la academia, llegó a Ciudad Sahagún a inaugurar un nuevo edificio para el seguro social.

De inmediato comenzó a funcionar en el anterior edificio una secundaria oficial y los líderes de Dina y Carros se pusieron de acuerdo para crear una escuela preparatoria que funcionase ahí mismo. Roberto Meza participó en el proyecto e invitó a impartir clases al licenciado Fernando Basurto, quien posteriormente sería nombrado director de la preparatoria.

Siendo la única preparatoria de la región, las primeras generaciones aceptaron alumnos de mayor edad que la correspondiente; así que cuando por pequeños problemas los líderes sindicales destituyeron de la dirección al licenciado Basurto, los alumnos se inconformaron. Los líderes acudieron a la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo buscando la incorporación y prontamente el dirigente de la federación de estudiantes, Aurelio Marín Huazo, acudió a "brindar protección".

El resultado fue que la universidad se apropió de la preparatoria, incluyendo el edificio que la albergaba, y se designó al ex presidente de la federación estudiantil Leopoldo Guasso como su flamante director.

CALMANTES MONTES

En los últimos días del gobierno del arquitecto Rossell diversos aspirantes a sucederlo pretendían hacer méritos. Uno de ellos, el ingeniero Agustín Straffon Arteaga, alto funcionario de Petróleos Mexicanos, le obsequió a la federación de estudiantes universitarios la gasolinera que se ubicaba en el cruce de Insurgentes y Reforma en el Distrito Federal.

Durante mucho tiempo fue administrada por Roberto Rico Montes, uno de los allegados a Gerardo. Pronto fue fama pública que en dicha administración no todos los dineros ingresaban a la contabilidad. Un día llegó Gerardo, insultó al encargado, lo golpeó y finalmente lo roció de gasolina al tiempo que lo corría.

Desde luego sus odios nunca son para siempre, pues al requerir de los servicios de Rico Montes con motivo de su precampaña a la gubernatura lo integró a su equipo electoral. Y su antiguo aliado, por supuesto, aceptó.

LA OVACIÓN

A principios de la década de los ochenta la violencia y el vandalismo de la FEUH estaban en todo su esplendor. Sus dirigentes, no contentos con asaltar en las cantinas, los bares de barrio y las vinerías, se iban atreviendo a más, hasta llegar a presentarse en los restaurantes de lujo y las discotecas de moda.

El procedimiento era siempre el mismo: se apersonaban en el lugar escogido, pedían mesa, solicitaban hablar con el dueño o encargado del negocio y externaban su demanda: comida y bebida gratis para seis, ocho o los que fueran, a cambio de no causar desmanes. Los pocos que no aceptaban miraban al día siguiente cómo cien estudiantes entraban al local y se robaban cuanto podían, alcohol, cerveza, refrescos, vasos, etcétera.

Por entonces abrió sus puertas la discoteca Borsalino, en la céntrica avenida Madero, propiedad de la conocida familia de empresarios apellidados Peláez. El lugar era elegante y, desde luego, caro. En él se refugiaban las noches de los viernes y los sábados jóvenes ricos de la ciudad a beber y bailar.

Un viernes se presentaron un grupo de ocho feuhistas ya alcoholizados y representaron su número acostumbrado ante el dueño del lugar, que no tuvo más remedio que aceptar la permanencia del grupo con tres botellas de brandy como "cortesía de la casa".

Ya instalados quisieron involucrarse en el ambiente, pero era obvio que no pertenecían a él. La concurrencia de niños bien vestían al último grito de la moda, bailaban música moderna, no reparaban en gastos y se sentían en casa; pero lo más notorio era que funcionaban como tribu, se conocían a la perfección y cambiaban de una mesa a otra para brindar o para bailar entre ellos, con un código general que les era desconocido a los recién llegados.

Estaban fuera de lugar y eso era notorio, a pesar de que nadie los miró, o quizá por ello. Al calor de los tragos el más atrevido de ellos atravesó el salón con sus pantalones de mezclilla y su chama-

tra con las siglas FEUH e invitó a bailar a una guapísima chica que se encontraba rodeada por una decena de amigos. Ninguno de ellos se incomodó, simplemente voltearon hacia otro lado; ella lo miró altiva, seria, y movió negativamente la cabeza. El galán tuvo que sufrir las miradas de toda la concurrencia durante su trayecto de regreso.

Los porros seguramente se hubieran sentido muy bien si alguien se hubiera ofendido por intentar bailar con las chicas o por piropear con palabras soeces a algunas otras; hubieran llegado a su terreno: la agresión, los golpes, la disputa. Pero lo que sucedió allí fue que simplemente los ignoraron, les hicieron un gran vacío a su alrededor.

Cada vez más sumidos en su soledad se concentraron en beber cruzadas entre ellos. Vaciaron sus tres pomos y se dirigieron a la salida. Antes de cruzar la puerta, uno de ellos se volvió hacia la concurrencia y chilló muy recio hasta hacerse oír por sobre la música que en ese momento era romántica. Todos los chavos voltearon a mirar a los enchamarrados:

—¡Chinguen a su madre! —gritó a todo pulmón el futuro abogado.

Y entonces ocurrió algo que solo iba a lograr esa vez en su vida: comenzaron unos tenues aplausos, cundió el ejemplo y se formó la ovación más grande que se haya dado en todos los tiempos en discoteca alguna de Pachuca.

BUENOS MUCHACHOS¹

Alberto Witurun

Media hora de espera, acompañado sólo de dos rones, Gerardo se paseaba nervioso de un extremo a otro de la habitación del auto hotel Set Inn.

Corrían los primeros meses de 1981 y él sabía que de esa reunión dependía el futuro de la organización estudiantil que durante años había dirigido y que le permitió alcanzar una diputación local y la secretaría general del sindicato burócrata con el apoyo y simpatía del gobernador Rojo Lugo.

A pocos minutos su espera terminó, Evaristo y el general acudían a la cita.

—Quiero pedirles que hablen con los presidentes de las escuelas para que den su apoyo a la “Pechocha”.

El general vio de reojo a Evaristo y respondió:

—No podemos, no está en nuestras manos.

—Yo les di todo mi apoyo... y hoy necesito que ustedes se lo den a Raúl (Ibarra Angulo).

—Es que no podemos, además, Gerardo, todos somos amigos...

La entrevista concluyó: Manuel Ángel Villagrán Valdespino y Evaristo Luvían Torres habían consumado la traición.

Dos años antes, en 1979, convertidos en los principales asesores del presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo (FEUH) junto con Francisco Chong, lograron que Gerardo Sosa Castelán cambiara su decisión y designara como su sucesor a Francisco Olvera Ruíz y no a su gran amigo José Luis Ángeles Becerra. La maniobra les funcionó. Cuando se enteraron de la determinación de Gerardo informaron al entonces procurador general de Justicia y primer presidente de la FEUH, Adalberto Chávez Bustos, que mantenía cierto control en el ámbito universitario.

¹ Publicado originalmente en *El Muro*, 7 de junio de 1992.

Y junto con sus hombres de confianza como Aurelio Marín Huazo, para ese entonces diputado local y secretario general del sector popular del PRI; Rafael Arriaga Paz, secretario general de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH), y Manuel Camacho Bertrán, director de control escolar de la misma institución, lograron que Edmundo Paniagua Vargas se insubordinara en contra de Gerardo.

Ante tal presión Sosa Castelán sacrificó a Ángeles Becerra y surgieron como vencedores Villagrán Valdespino y Luvían Torres porque su propuesta, Francisco Olvera Ruiz, que participaba con Francisco Chong y Francisco Granados en la elaboración de la revista *Vanguardia*, alcanzó la presidencia de la FEUH, después de múltiples enfrentamientos a golpes y balazos con los seguidores de Paniagua Vargas, que fue premiado con una curul en el congreso del estado y la dirigencia del Frente Juvenil Revolucionario.

Ahora ambos refrendaban su oposición, ejercían una influencia total en Olvera Ruiz y la querían prolongar con Luis Rey Ángeles Carrillo, maestro, normalista y pasante de la carrera de derecho.

Lo lograron, Ángeles Carrillo fue ungido, aunque de manera dividida, líder feuhista. Gerardo se convenció, sus antiguos amigos y hombres de confianza eran unos traidores.

De nada le valió protegerlos cuando un grupo de universitarios de Tulancingo, encabezados por Óscar Pacheco y Sergio García, intentaron darles un golpe de estado en 1977; así, con el apoyo de Jorge Rojo Lugo se inició la disputa por el control de la organización estudiantil. Hábil, visionario, el estudiante de Acaxochitlán sabía que la victoria en esta lucha sería punta de lanza para obtener el poder en la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, siguiendo el ejemplo de un gran amigo y entonces líder absoluto de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG), Raúl Padilla.

La orden girada desde las oficinas del Sindicato Único de Trabajadores al Servicio de los Poderes del Estado de Hidalgo, un día

antes de la toma de protesta de Luis Rey Ángeles Carrillo, fue precisa: recuperar la FEUH a costa de lo que fuera.

Operó la estrategia, en pocos meses fueron liquidados los simpatizantes de Villagrán, Luvían, Olvera y Ángeles en las escuelas dependientes de la UAEH. Pero la batalla decisiva se libró en la escuela de medicina, donde Felipe Santos Lara encabezó el movimiento que eliminó a Jorge Islas, cuñado de Aurelio Marín y último bastión del entonces presidente de la FEUH.

En febrero de 1982 Ángeles Carrillo se resistía a declinar la presidencia de la FEUH, aunque reconocía que los presidentes de las escuelas lo habían desconocido. "Acordamos posponer el cambio hasta mayo próximo", declaró a la prensa.

Disminuido y débil, el grupo de la traición rehusó una semana después sumarse a petición de Gerardo Sosa a la candidatura de Juan Alberto Flores Álvarez para rector de la UAEH. Manuel Ángel Villagrán, Francisco Olvera Ruiz, Evaristo Luvían y Luis Rey Ángeles creyeron que con el apoyo de Roberto Valdespino Castillo, secretario general de gobierno de Guillermo Rossell de la Lama, que tenía poco menos de un año en el poder, además de su estrecha relación con Adalberto Chávez Bustos, Rafael Arriaga Paz y Manuel Camacho Bertrán, podían ganar la elección con el secretario general del sindicato de personal académico (SPAUAEH), Javier Romero Álvarez.

Chávez Bustos, en reunión privada, les aseguró tener el control del edificio central, pero había una excepción: el ingeniero Carlos Herrera Ordóñez, que simpatizaba plenamente con Jorge Rojo Lugo y Gerardo Sosa Castelán.

El proceso fue tenso, desde la elección misma de la comisión electoral. Estela Quiroz, José Luis Araujo Aparicio, Felipe Santos Lara y otros más determinaron una terna conformada por Javier Romero Álvarez, Nicolás Ruiz y Juan Alberto Flores Álvarez.

Todos cumplían los requisitos, uno líder sindical, el segundo respetado maestro de la escuela de medicina y el tercero, el más

joven, renunció a su cargo como magistrado ante las presiones que ejercieron en su contra Roberto Valdespino y el propio Guillermo Rossell.

La noche de los comicios se respiraba un ambiente de intranquilidad, los consejeros fueron llamados uno a uno a depositar su voto directo y secreto.

Después de recibir su boleta, protegidos por una cortina cruzaban el nombre de su candidato y procedían a depositarlo en la urna.

Triunfo claro de Flores Álvarez. Al conocerse el resultado de la votación Adalberto Chávez Bustos, sin ocultar su enojo, espetó "chinguen a su madre" y salió presurosamente de la sala de Consejo Universitario acompañado sólo del licenciado Mario Pfeiffer Cruz.

Consumado el triunfo de Gerardo Sosa Castelán, un mes después Marco Antonio Briones Soto fue electo, por aclamación, presidente de la Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo, naciendo así el poderoso Grupo Universidad, durante el gobierno rossellista.

Pero el tiempo pasa, las afrentas parecen olvidadas, varios de los protagonistas de esta historia ocupan cargos de primer nivel.

—Qué milagro, licenciado.

—Aquí visitándolos —respondió quien fuera temido dirigente de la FEUH en los ochenta.

—¿Por qué no viene seguido?

—Sencillo, mi compadre nos traicionó.

Adentro en el aula Baltasar Muñoz Lumbier el rector Gerardo Sosa Castelán entregaba ese 13 de mayo de 1992 reconocimientos a los maestros de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

SOMOS DIFERENTES

En punto de las 10 de la mañana del jueves 9 de enero de 2003 caminaba en compañía de Alejandro Rosas, presidente de la FEUH, por los pasillos del edificio de dicha organización rumbo a su sala principal, donde impartiría la conferencia "La Federación de Estudiantes Universitarios de Hidalgo ante la sociedad."

Parecía increíble, ¡era increíble! Ahí estaba yo, hablando ante el comité ejecutivo de los estudiantes universitarios y representantes de todas las sociedades de alumnos. Días antes había recibido la invitación para participar como ponente en el 1er Congreso Estudiantil "Somos Diferentes".

Participaron, igualmente, algunos de los ex dirigentes como Adalberto Chávez Bustos, fundador en 1964 de la federación; Luis Rey Ángeles, Zenaido Meneses Pérez, así como un par de personajes de fuerte influencia en la organización en sus respectivas épocas: Evaristo Luvían Torres y Francisco Javier Vargas, "El Carnes".

Las presencias de Gerardo Sosa Castelán y la mía propia, con posiciones tan históricamente antagónicas, constituían el interés principal del congreso. Dicho interés radicaba no solamente en lo que dijéramos, sino en los elementos que se aportaran para entender mejor la nueva circunstancia de la federación en relación con el poder siempre avasallador de Sosa.

Gerardo pretendió en su intervención justificar y ensalzar sus acciones como dirigente estudiantil. Igualmente se aferró a engrandecer lo que señaló como su principal mérito: "el haber logrado la autonomía para la universidad, al impedir que los gobernadores en turno la siguieran manejando a su albedrío". Pero fue severamente cuestionado por los cobros a los estudiantes en los autobuses universitarios, porque los camiones andaban por Huejutla en campañas políticas y no se los prestaban a los alumnos para sus prácticas en lugares cercanos. Se escuchó diciendo que los autobuses los manejaba la Fundación Hidalguense.

A propósito de la fundación, y molesto por los cuestionamientos directos de los estudiantes, después de haber levantado la voz y manoteado en la mesa señaló que él “no hacía ahí lo que se le daba la gana, pues existía un patronato en el que figuraban, entre otros, don Mario Vázquez Raña, don Jorge Rojo Lugo y el licenciado Jesús Murillo Karam”.

En mi participación, hice un recorrido por las diversas etapas que bajo mi óptica se habían vivido en la organización estudiantil. La denominada por mí “rosa”, en donde los presidentes Chávez, Flores y Guasso obtienen pequeñas canonjías por su representación; el periodo “tricolor”, en donde Sánchez Vite involucra en la política estatal y premia con diputaciones locales a sus dirigentes Ponce, Venero y Arroyo.

“Rojo” el siguiente periodo por Jorge Rojo Lugo, el gobernador en turno que tenía mando en la universidad, pero también porque las trifulcas estudiantiles dirimidas hasta entonces a golpes pasan a ser “discutidas” con las armas en la mano. Marín, Sosa y Olvera ocuparon sucesivamente el liderazgo.

Efectivamente el activismo de Sosa disminuye la omnipotencia del gobernador en la UAFH, pero solamente para erigirse él primero como intermediario y paulatinamente con mayor poder personal, hasta llegar a detentarlo de manera absoluta; claro, sin desconocer por completo el padrino de Rojo Lugo, que a partir de entonces opina, pero no dirige en la universidad. ¿Sosa rescata la autonomía? Sí, pero solamente para quedarse como única autoridad. A partir de entonces él impone a los dirigentes estudiantiles, académicos y de trabajadores, lo hará también con los tres rectores posteriores a Carlos Herrera. Ello lo logra a través del control del Consejo Universitario, donde no solamente determina el sentido del voto de la mitad estudiantil del mismo, sino que dispone de la casi totalidad del voto de los maestros y directores.

Ángeles, Briones, Zenaído y Agustín Sosa, el hermano menor del líder, dirigen la FEUH, al tiempo que Rossell de la Lama ocupa

la gubernatura. El periodo “lila” tiene como principal característica el incremento de la violencia, que llega a los niveles más altos cuando Zenaído hace y deshace amparado en el poder local que ha construido Gerardo; pero también potenciado por el fuero que les da la presencia de José Antonio Zorrilla Pérez en la Dirección Federal de Seguridad y la debilidad manifiesta de Rossell ante el sector estudiantil y sus latrocinios.

Al tiempo que Sosa había impuesto a su hermano en la presidencia de la FEUH, él mismo se había designado secretario general de la universidad, aun cuando para nadie era un secreto que despachaba como el verdadero rector. Responsabilizado por lo tanto de los desmanes estudiantiles pretendió controlarlos, lo que no sucedió de inmediato, pues modificar la inercia de vandalismo e impunidad en que habían sido iniciados los estudiantes, no fue fácil, ni automático.

Lo cierto es que los posteriores liderazgos de Martín del Campo, Sánchez Altamirano y Navarrete Zorrilla se fueron alineando, teniendo en todos sentidos un perfil bajo. “Gris” sería el color adecuado para denominar dicho periodo.

Alejandro Rosas García llegó a la presidencia feuhista en enero del 2001, en lo que pareció un cambio de táctica en el férreo control que había ejercido Sosa en la elección de los dirigentes estudiantiles. Jugaron libremente cuatro candidatos y en el último momento, ante la fuerte posibilidad de su triunfo, que finalmente se dio, Sosa citó a Rosas para leerle la cartilla. Pero según el decir de Rosas nunca se llevaron bien y, por el contrario, con el tiempo las fricciones se hicieron más frecuentes.

Se señala como momento de ruptura definitiva el que en un festival organizado por la federación en Tulancingo y en donde actuaba el conocido rockero “El Mastuerzo”, al tiempo que agradecía la contratación que hizo la federación de su grupo musical, empezó a despotricar contra “el cacique de los estudiantes, el porro y ahora diputado federal Gerardo Sosa Castelán” y al obtener de

los cientos de estudiantes una rechifla masiva para Sosa, pidió una mentada generalizada para el mismo personaje al que llenaba de insultos. No solamente fue coreada la mentada, sino que se repitió a petición del respetable.

Obviamente, todos saben que Sosa, vengativo, habrá de responder al insulto. De hecho, es un secreto a voces que pronto será sustituido Rosas de su cargo en la federación. En ese marco se inscribe el que Rosas haya organizado con su comité el 1er Congreso Estudiantil y que a él haya sido invitado yo. Dicho congreso se denominó: "Somos Diferentes", siendo dicha expresión, en sí misma, una referencia al pasado, al deslinde sobre dicho pasado y evidentemente una provocación.

Circula también la versión de que Miguel Osorio Chong, entonces secretario general de gobierno, es quien estuvo apoyando a Rosas en su pleito con Sosa; ello por los movimientos políticos que se avecinaban de las elecciones federales y en las cuales Osorio sería un seguro candidato. Para sustituirlo en la secretaría general se mencionaba con insistencia a Sosa, así que el juego de Osorio fue claro: apoyar a sus detractores.

TIEMPOS Y CIRCUNSTANCIAS²

El lunes 9 de septiembre de ese año 1984 Fernando de la Peña, conocido industrial ya desaparecido, encabezó una nutrida caravana de simpatizantes y se registró en calidad de precandidato en las oficinas del Comité Directivo Estatal del PRI, en Pachuca, que presidía Roberto Valdespino, muerto también ya.

Parecía que De la Peña sería el representante priista en las elecciones del 2 de diciembre de ese 1984. Marín Huazo se presentó con la intención de ser considerado aspirante, pero Valdespino le dijo que no lo podía registrar.

"Yo reunía los requisitos, pero no hubo nadie que me explicara por qué me rechazaron, de hecho, hasta ahora, no lo sé", asienta Marín.

Sin embargo, De la Peña se retiró de la contienda. Oficialmente, de acuerdo con su versión, se enfermó, aunque circularon versiones de que lo habían presionado para que no participara.

Después de unos días de desconcierto, por que no había candidato priista a la alcaldía de Tulancingo, el sábado 3 quedó inscrito formalmente, en calidad de candidato, el ingeniero Luis Roche Carrascosa, quien a la postre sería presidente municipal. Roche había sido compañero de estudios en París, Francia, del hidalguense Adolfo Lugo Verduzco y establecieron una sólida amistad.

En 1984 Lugo Verduzco era dirigente nacional del PRI y se afirmó que había influido para que Roche arribara al Ayuntamiento de Tulancingo.

Roche Carrascosa no terminó su trienio, relevándolo Aurelio Marín Huazo al frente del Consejo de Administración Municipal, el 22 de septiembre de 1985 al 15 de enero de 1988.

Años más tarde, Marín Huazo participó en una consulta interna para que el PRI eligiera candidato, como años atrás, a la Presiden-

² Publicado originalmente en *El Sol de Hidalgo*, 29 de mayo de 2003.

cia Municipal de Tulancingo. Sus contendientes fueron Roberto Valdespino y Antonio Hernández García, dirigente campesino.

El triunfo, inobjetable, fue para Marín Huazo, quien nuevamente encabezó el ayuntamiento de Tulancingo.

ANTONIO HIDALGO

NOMÁS LAS PATADAS SE OYEN³

Rosas y Sosa se escudan bajo la misma bandera. Cuando Gerardo Sosa ha sido cuestionado por su férreo y unipersonal dominio sobre la universidad su justificación se basa en señalar que los gobernadores en turno tenían secuestrada la autonomía universitaria hasta que él llegó a rescatarla. Si reducimos la autonomía al nombramiento del rector, en parte tiene razón. El abuso del PRI-gobierno sumó a la UAEH como otra de sus dependencias y, por lo tanto, era rector quien resultaba designado por el gobernador. Así sucedió hasta que Sosa hábilmente logró controlar el Consejo Universitario, con base en que ya el 50 por ciento de los votos estaba en manos de los líderes estudiantiles.

Sosa se estrenó en su nuevo papel de elector dejando colgado a Javier Romero, candidato oficial, e impuso sorpresivamente a Alberto Flores y después no solamente nombró y reeligió a Juan Manuel Menes, sino que lo “enfermó” y removió para colocarse a sí mismo la corona. Con Manuel Camacho Bertrán ya cumplió el ciclo del nombramiento y la reelección. ¿Qué seguirá?

Así que, resumiendo: hay una parte de verdad en su dicho de haber recuperado de manos del gobierno la autonomía universitaria. Lo que no dice es que no entregó esa autonomía a su legítima propietaria: la comunidad universitaria. Simplemente se quedó con ella. Para nadie es un secreto, en la universidad hay un aparato administrativo que gobierna, pero el único que manda es Gerardo Sosa Castelán.

Alejandro Rosas, guardadas las distancias, navega con la misma bandera. Él señala: “Gerardo Sosa se ha apoderado de la UAEH, ha nombrado y dirigido a todos los presidentes de la FEUH posteriores a él mismo. Soy el único que alcanzó el puesto a pesar de él y no he acatado sus instrucciones, por eso arma un movimiento que

³ Publicado originalmente en *Síntesis*, 28 de junio de 2003.

pretende destituirme.” Aquí también las medias verdades. Hizo campaña por su cuenta y riesgo y algo arrebató del poder a Gerardo, pero no para entregarlo a los estudiantes, sus legítimos propietarios. Sino para quedarse con él, beneficiarse personalmente, no rendir cuentas a nadie y pretender extender su periodo. Igual de abusados, igual de abusivos.

El campirano dicho señala que “entre mula y mula, nomás las patadas se oyen”. Entre ellos sucedió lo mismo. Jamás se cayeron bien, aunque Rosas, integrante del comité ejecutivo de la federación cuando Gerardo participaba en la anterior precampaña para gobernador, hubo de apechugar y representó a Sosa en Tulancingo. Para las elecciones de la federación en el 2000, Rosas, más fogueado, muy grillo, de buena comunicación con los estudiantes, creyó que ya le tocaba presidir la federación. Gerardo había impuesto hasta entonces a ocho presidentes de la organización estudiantil, pero al término de la gestión de Héctor Navarrete Mendoza parecía que Sosa, de acuerdo con su nueva imagen, cambiaría de táctica y dejaría el libre juego de fuerzas, al menos al principio.

Elecciones libres, pero no tanto

Víctor Rodríguez Gaona fue el primer aspirante que comenzó a hacer campaña. Estudiante de derecho, cuenta con recursos y se maneja con labia de tal manera que va conformando un grupo de seguidores. Sus padres siempre han ocupado puestos directivos en la universidad y su tío es el líder y ave de tempestades en la Central de Abastos, feudo priísta. Víctor en su discurso hace gala de independencia, arremete por ejemplo “contra los fantasmas del pasado” y machaca en la necesidad del cambio. Toda su propaganda es azul y aparecen los dedos con la “V” de la campaña foxista. Pero también se le identifica con el desprestigiado político Orlando Arvizu y pertenece a la Fundación Colosio. Sus volantes, a medida

que avanzaba la campaña, se hicieron más agresivos. Hablaba de romper con la estructura tradicional de la FEUH.

Apareció también en la contienda y con mucha fuerza León Maximiliano Hernández, presidente de la sociedad de alumnos del ICCA. Su campaña la realiza con una impresionante cantidad de dinero. Su familia es de una sólida posición económica. Pronto se le ubica como el candidato oficial por su discurso, por el enorme gasto que realiza y por las facilidades que le otorgan empleados y autoridades medias de la universidad. Llega al registro de su candidatura con una hilera de autobuses y cerca de mil seguidores, portan pancartas y mantas homogéneas. Regalan miles de lapiceros, fólderes y libretas. Por la cantidad y calidad de los pósters y por el cierre de campaña con un supersonido y diez grupos de rock y música popular, se calcula que el costo de la campaña fue muy superior a los 500 mil pesos.

Se registraron finalmente seis candidaturas, pero solamente tres con verdaderas posibilidades. Las dos mencionadas y la de Alejandro Rosas García. Éste tenía a su favor la experiencia en el medio derivada de su participación en el comité saliente, un elevado promedio de 9.38 y tuvo un acierto mayor: se acercó al pequeño y muy activo grupo de estudiantes militantes del PRD encabezados por Alejandro Olvera. No descansaron en su activismo de salón por salón y estudiante por estudiante. Por las noches elaboraban cartulinas, pintaban mantas y tiraban volantes.

Introdujeron el matiz de las clases sociales y sostuvieron propuestas de fondo y beneficio colectivo como: desaparición de las cafeterías y establecimiento de un corredor de comidas baratas; fundación de la casa del estudiante; gestiones para disminuir el importe del pasaje en un 50 por ciento. Garantizaban limpieza en las elecciones de las sociedades de alumnos, amén de medidas democratizadoras como asambleas abiertas, consulta estudiantil, informe semestral de actividades y la definición central: ¡luchar contra el cacicazgo de Sosa!

La campaña prendió y se sustentó en una amplia base estudiantil muy bien organizada y espontánea. Todos sabían que no había dinero. Todavía el día del cierre de las campañas el doctor Enrique Macedo, secretario general de la universidad, impidió el cierre de los seguidores de Rosas en el principal lugar de la explanada y lo cedió al equipo de Maximiliano.

Sosa entendió que era el momento de influir en el juego. Les manifestó “me vale quién gane, pero que no sea Víctor”. La víspera de la elección, mandó llamar a Rosas a la Fundación Hidalguense, desde donde operaba. No quedó claro el resultado de su encerrona de dos horas, pero al parecer vetó a los perredistas.

Al siguiente día los resultados daban el triunfo a Rosas con 5 761 votos; Max en segundo con 4 199; Víctor 2 345 y el resto de los candidatos 2 580. En la primera reunión de los integrantes de la planilla triunfadora, en la que se asignaron los espacios en el comité, sorpresivamente Rosas comienza por descalificar a Alejandro Olvera, por “perredista y peligroso para la autonomía de la universidad”. Les designó puestos secundarios a quienes fueron los artífices de su campaña pero militaban en el PRD y pronto los hizo renunciar. Igualmente se olvida de las promesas de campaña a los estudiantes y comienza a usufructuar los dineros que le entrega la rectoría, y los que producen las cafeterías que concesiona, así como lo del Estacionamiento del Reloj y la discoteca Keops. Desde luego la vieja práctica de beneficio mutuo con algunos políticos resulta otra fuente importante de ingresos.

El rector soy yo

Ya triunfador Rosas volvió a hablar con Gerardo. Siguieron sin entenderse. Rosas terminó la plática sustentando sus objeciones con un “¡sí, pero yo gané!” Obteniendo como respuesta un frío: “solamente porque yo quise” y luego un amenazador “además, no vas a tener dinero”. En septiembre, Sosa se oponía a una ceremo-

nia del grito en las instalaciones universitarias, ante la insistencia de Rosas cortó con su socorrida frase “pues a ver cómo le haces, pues no te voy a autorizar ningún dinero”. Rosas reviró: “el rector ya nos lo autorizó”; explotó Sosa en un grito: “¡tú ya lo sabes, el rector soy yo!”

En diciembre del 2002 Rosas tuvo que organizar la tocada de rock para los jóvenes de Tulancingo. Acudieron por miles, convocados por el reventón y por la presencia del famoso rockero “El Mastuerzo”. Todo transcurrió normal hasta que, ya para terminar el concierto, Rosas anunció que entregaría un reconocimiento a “El Mastuerzo”. Éste, descalificando con palabras soeces a la federación, puso a consideración de los chavos si lo recibía. Finalmente aceptó, señalando que lo hacía porque estos directivos eran distintos de los de “La Sosa Nostra” de sus tiempos de estudiante en la UAEH y solicitó mandar un saludo desde allí al diputado Sosa Castelán. Las mentadas a voz en cuello y en chiflidos no se hicieron esperar. Pero no conforme, “El Mastuerzo” volvió a la carga: “más fuerte, que lo escuche bien el culpable de que no terminara mi carrera” y seguramente el coro de mentadas llegó hasta San Lázaro y hasta las elegantes oficinas del coordinador de los diputados hidalguenses.

Fue la gota que derramó la bilis; a partir de entonces Rosas empezó a sentir pasos en la azotea. Buscó a sus olvidados compañeros activistas y en los primeros días de este año organizó un congreso de dirigentes de la federación. Para mi enorme sorpresa me invitó a ser uno de los ponentes. Acepté hablar sobre el papel de la federación en la sociedad, poco después me comunicaron que Gerardo participaría también. Le acompañaron en su conferencia ni más ni menos que Zenaido Meneses Pérez y el licenciado Francisco Javier Vargas Pacheco, más conocido como “El Carnes”.

Rosas inauguró por fin un comedor a precios asequibles para los estudiantes y en abril alcanzó a poner la primera piedra de la prometida Casa del Estudiante Hidalguense. Eran sus patadas de

ahogado, su suerte estaba echada. La increíble red de poder que se ha construido Gerardo le iba apretando. Su alfil para destituir a Rosas era el presidente de la sociedad de alumnos del ICSHU. Justamente hacia ahí lanzó Rosas su último ataque. En estricto rigor, ya tenía que haber elecciones en Ciencias Sociales y Humanidades. Varios alumnos hacían proselitismo.

Pero el cambio no le convenía a Gerardo que esperaba que dicho presidente fuera poco tiempo después su candidato a presidir la federación. Por otra parte Rosas dijo, o le atribuyeron, que la convocatoria para su propia sucesión saldría hasta fin de año. La única carta que jugaba Rosas era la de lanzar la convocatoria de elecciones en ICSHU, lo presionaron y no cedía. Finalmente lo citaron de rectoría, la reunión se llevó a cabo en la casa de un funcionario. El rector Camacho Bertrán, el secretario general de la universidad doctor Enrique Macedo y, ¡asómbrese usted!, el flamante secretario de gobierno, licenciado Aurelio Marín Huazo. ¿Su presencia obedecería al cumplimiento de las obligaciones de su alta investidura? ¿Estaría mediando a favor del amigo al que hace 26 años le heredó la presidencia de la federación? ¿O pretendía desmentir el rumor que señala que Miguel Osorio Chong es quien ha venido financiando a Rosas para enfrentar a Gerardo?

Lo que sí es cierto es que hubo presiones para que no emitiera la convocatoria. Se llegó a los ofrecimientos clásicos: billetes, beca, puesto. No se dio por ofendido Rosas, solamente manifestó su desacuerdo con los montos. Y no hubo trato. Esa madrugada con su gente pegó la debatida convocatoria. Por 24 horas se activaron las campañas, pero vino la respuesta oficial. El licenciado Gerardo Martínez, director del instituto, acató la orden de suspender las clases de lunes a miércoles (y el jueves era día del maestro), pero el martes 14 ya aparecía en un diario local la nota y foto que daban cuenta de que los presidentes de las sociedades de alumnos de trece escuelas habían desconocido a Alejandro Rosas García como presidente de la FEUH.

No entregar cuentas de los ingresos y saber que pretende dejar el cargo hasta diciembre, siendo que su ejercicio termina en octubre, fueron los cargos. El mismo martes, en una asamblea extraordinaria de delegados, Alberto Madrid Cortés del campus de Ciudad Sahagún fue nombrado presidente interino.

Los delegados votando y sus mentores con el mazo dando. Le suspendieron los servicios al edificio de la FEUH, mandaron a descansar al personal y Rosas emigró al restaurante universitario acompañado por un grupo cada vez más pequeño, en el que no figuraban los perredistas, a los que hacía algunos meses había vuelto a dejar sin apoyo cuando en Servicios Escolares les habían desaparecido sus expedientes.

Pero sigo siendo el Rey

Que Gerardo sigue teniendo todo el control en la universidad no es noticia; que Rosas no resultó de su peso, tampoco; que Osorio Chong deberá de moverse con mucho cuidado, es evidente; que Marín Huazo conoce esos terrenos, ni hablar; que la federación maneja sin control mucho dinero, es sabido; que la rectoría no dice esta boca es mía, es lo de siempre; que el interés político y el poder económico van por la próxima dirigencia feuhista, es claro, y será difícil que los paren. Y que todo este asunto no es más que otro eslabón para el soñado 2005, es cierto.

ALFREDO RIVERA FLORES

Y EN MEDIO DE NOSOTROS, SU IMAGEN COMO UN DIOS

La universidad, el espacio plural por excelencia, el espacio de los libres, de los dignos, de los pensantes, de los críticos, de los que no aceptan imposiciones; fue escenario una vez más, de elecciones resueltas por: ¡unanimidad!

Uno a uno, el doctor Enrique Macedo fue recibiendo a los consejeros universitarios y transmitiéndoles el mensaje, que era sencillo y que en esencia señalaba: arreglen las diferencias al interior de los institutos, registren candidato único, que no sea alguien con mala imagen, que venga al registro con apoyos de estudiantes, maestros y trabajadores; recuerden, en la sesión del consejo: "no podrán cuestionarlo, ni objetar su plan de trabajo".

En la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo las instrucciones se deben de cumplir y se cumplieron. Posteriormente, los aspirantes más fuertes fueron convocados. Se les habló de la oportunidad que recibirían y de la lealtad que de ellos se esperaba. Gozosos con esa luz verde se fueron a juntar sus firmas de apoyo. Tenían la bendición.

No hubo ningún problema. Bueno, uno pequeño. En el Instituto de Ciencias Económico Administrativas el contador Echenique, que fue impuesto hace algunos meses en la dirección por el desaparecido licenciado en administración de empresas José María Sánchez (con la anuencia de su jefe), para cubrir el hueco (pequeño, muy pequeño) que dejaba Leonardo Rivera; entendió que no le ratificaban la confianza y siendo él alguien ya muy "cuereado" en las lides políticas quiso madrugar consiguiendo apoyos para el contador Adolfo Guillemín. El secretario general habló con ellos, se les enfriaron los ímpetus políticos y se sumaron a apoyar a quien no querían.

Así que el licenciado y maestro en administración Jesús Ibarra Zamudio pudo ver cumplidos sus sueños de llegar a la dirección de ICEA, después de que en la elección anterior no le cumplieron

las promesas. Tardadita, pero la disciplina paga. En el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Alberto Jaén Olivas, teniendo derecho a la reelección, nunca supo por qué lo dejaban fuera. Ahí se estrenará en el ambiente directivo universitario un joven abogado con muchas horas de vuelo y estrecha cercanía con el ex gobernador Murillo Karam: Gerardo Martínez Martínez.

Para dirigir el finalmente creado Instituto de Artes uno hubiera esperado el nombramiento de un maestro en música, en teatro, en danza, en artes plásticas o en literatura; al menos un promotor cultural, ¡vamos!, siquiera un asiduo a dichas expresiones artísticas. Pero no, dirigirá el Instituto de Artes Universitario una abogada, casualmente compañera de generación de Sosa Castelán, de larga trayectoria en la docencia y breve paso en la Coordinación de Extensión Universitaria: Reyna Hinojosa. Mucho nos tememos que su dinámica no será suficiente para lograr en ese instituto la calidad que se requiere.

Y a pesar de esas y otras singularidades en los nombramientos la comunidad universitaria, en pleno, se expresa a favor en todos los casos y de manera: ¡unánime!

No otros candidatos, no inconformidades, no cuestionamientos. Que se note el poder, el mando.

Usted y yo sabemos que el doctor Enrique Macedo no cuenta personalmente con el peso suficiente para tener ese control sobre los universitarios. Evidentemente tampoco el rector. No podemos darle vueltas. La aceitada maquinaria funciona dirigida desde otras alturas. Se trata del control de siempre, pero más refinado, más sofisticado. Otros se repiten, Sosa se renueva constantemente y va por más, pero nadie lo quiere ver.

Que grave sería que fuera cierta la opinión que me expresó la noche de las elecciones un maestro universitario: "Todos los consejeros sabemos que son las instrucciones de Gerardo, ya ni siquiera se presenta, no lo vemos, pero acatamos lo que se nos pide."

Cuadro resumen

Año	Presidentes de la FEUH	Rectores	Gobernadores	Periodo
1964	Adalberto Chávez Bustos	Juventino Pérez Peñafiel	Carlos Ramírez Guerrero	rosa
1965				
1966	Jaime Flores Zúñiga			
1967				
1968	Leopoldo Guasso Sánchez		Manuel Sánchez Vite	tricolor
1969				
1970	Armando Ponce Coronado	Jesús Angeles Contreras		
1971			Manuel Sánchez Vite	
1972	Miguel Abel Venero			
1973				
1974	César Arroyo			
1975	Aurelio Marín Huazo	Carlos Herrera Ordóñez	Othoniel Miranda Andrade	rojo
			Raúl Lozano Ramírez	
			Jorge Rojo Lugo	
1976			José Luis Suárez Molina	
1977	Gerardo Sosa Castelán			
1978			Jorge Rojo Lugo	
1979	Francisco Olvera Ruiz			
1980				

1981	Luis Rey Angeles Carrillo	Juan Alberto Flores Alvarez	Guillermo Rossell de la Lama	lila
1982	Antonio Briones Soto			
1983				
1984	Zenaido Meneses Pérez			
1985		Juan Manuel Menes Llaguno	Adolfo Lugo Verduzco	verde
1986	Agustín Sosa Castelán			
1987				
1988				
1989		Gerardo Sosa Castelán	Jesús Murillo Karam	gris
1990	Ramón Martín del Campo			
1991				
1992				
1993	Marco Antonio Sánchez Altamirano	Juan M. Camacho Bertrán	Humberto Lugo Gil	
1994				
1995				
1996				
1997	Héctor Navarrete Mendoza			
1998				
1999				
2000			Manuel Ángel Núñez Soto	
2001	Alejandro Rosas García			
2002				
2003				

Índice

Reconocimientos	9
Prólogo. Un libro necesario y agradecible	11
<i>Miguel Ángel Granados Chapa</i>	
Introducción	17
PRIMERA PARTE: LA ORGANIZACIÓN	
Las huellas de la FEUH	25
Pachuca, ciudad tranquila	25
Tres botones de muestra	27
Los periodos gubernamentales	35
La connivencia	35
Periodo rosa (1964-1968)	35
Periodo tricolor (1968-1975)	42
Periodo rojo (1975-1981)	49
Periodo lila (1981-1986)	57
Periodo verde (1986-1992)	58
Periodo gris (1993-2003)	74
Acciones y actores	85
La institución	103
Lo académico	103
Lo sindical	107
Lo material	116
Principio y fin	125

La
Sosa
nostra

se terminó de imprimir
en la ciudad de México,
durante el mes de mayo
del año 2004.

La edición, en papel de
75 gramos, consta
de 4,000 ejemplares más
sobrantes para reposición
y estuvo al cuidado de
la oficina litotípográfica
de la casa editora.



SEGUNDA PARTE: EL INDIVIDUO

El principio131
Del pueblo a la capital131
Como el sapito132
Sosa, secretario general de la universidad135
Yo, lo político135
Gerardo rector145
Horizontes más amplios163
Diputado federal179
Principio o fin185
Pilón189

APÉNDICE

Bromas estudiantiles195
¿Qué pasó, mi lic.?195
Puntadas de Rossell197
Guantes de Oro198
Luis Manuel Willars Andrade201
Brindar protección203
Calmantes montes204
La ovación205
Buenos muchachos207
Somos diferentes211
Tiempos y circunstancias215
Nomás las patadas se oyen217
Y en medio de nosotros, su imagen como un dios224
Cuadro resumen226

licia detuvo a un estudiante que manejaba ebrio. Poco después, un numeroso grupo de estudiantes preparatorianos atacaban la Comandancia Municipal y golpeaban con palos a los policías. En los forcejeos el policía Ernesto Ríos López disparó a Tomás Carbajal Islas en el estómago; aunque él mismo recibió un balazo en la mano y fue golpeado salvajemente. El estudiante fue trasladado para su atención al Hospital General de la ciudad de México.

El día siguiente, desde las seis de la mañana, mientras la capital de la república era flagelada por un sismo devastador, en Tulancingo se difundió un mensaje radiofónico citando a todos los estudiantes de la Preparatoria 2. Por la mañana salieron de Pachuca rumbo a aquel municipio dos autobuses con estudiantes de la Preparatoria 3; algunos iban armados.

A mediodía, los estudiantes encabezados por Zenaido Meneses, presidente de la FEUH, recorrieron las calles de Tulancingo lanzando cohetes, gritando y amenazando para que el comercio cerrara. El secretario municipal, Pedro Soto Ortega, presentó su renuncia.

El día 20 las renunciaciones continuaron en la administración municipal. Los responsables de Comunicación Social y de Acción Social y Contraloría dejaron sus puestos; Luis Roche pidió el apoyo del pueblo. Los policías del municipio conurbado de Santiago Tulantepec abandonaron el servicio temerosos de ser atacados.

Creció el clima de tensión y explotó cuando se dio a conocer la muerte del estudiante lesionado, aún más porque no se aclaró que su fallecimiento fue a consecuencia de los sismos y no por la bala recibida. Así que cuando Luis Roche, conminado a renunciar por los funcionarios de Rossell, se niega, todo estaba listo para que actuara el congreso, controlado por el gobernador mediante su presidente Jaime Daniel Baños Paz, abogado que le debía el puesto a Rossell.

En tal circunstancia, el 22 de septiembre de 1985 a las tres de la tarde se decretó la desaparición de poderes en el municipio de Tulancingo; pero antes, la sociedad tulancinguense vivió un día

de sobresaltos. Cerca de las dos de la mañana hubo un bombazo a un costado de la presidencia municipal y otro más en la casa de la cultura; a bordo de una camioneta *pick up*, varios individuos realizaron disparos contra la presidencia municipal; se quedó sin agua el 60 por ciento de la población al ser saboteado el sistema de bombeo del pozo; en vehículos de todo tipo arriban estudiantes de diversas escuelas universitarias que recorren las calles en tropel.

El coordinador del congreso, Jaime Daniel Baños Paz se trasladó al hotel La Joya apoyado por una treintena de patrullas para instalar el Consejo de Administración Municipal. La sorpresa, que por supuesto corresponde a una lógica política evidente, se presentó al ser nombrado Aurelio Marín Huazo presidente del consejo que gobernaría en Tulancingo. Marín, quien contó desde su inicio político con el padrinazgo del ex gobernador Rojo Lugo, había sido presidente de la Federación Estudiantil Universitaria, diputado local y dirigente del sector popular del PRI.

Por la tarde, el centro de la agitación se trasladó al panteón municipal de San Miguel, rumbo al libramiento para Cuauhtepac, donde, en tanto, se llevaba a cabo el sepelio del estudiante muerto: todo el mundo sabía que se pretendía quemar la presidencia municipal. Los líderes estudiantiles habían estado en el velorio y al terminar el sepelio salieron encabezados por Zenaido Meneses en más de cincuenta camiones y otros vehículos. Desde las ventanillas los estudiantes blandían armas de distintos calibres.

Al llegar a la presidencia la encontraron desierta, pues sus cuatro guardianes se habían retirado. Los estudiantes quebraron a pedradas los vidrios, sacaron de un taller ubicado al otro lado de la carretera tanques de gasolina de 50 litros que tenían preparados e iniciaron la quemazón.

Sí, el vandalismo estudiantil desatado, pero tras ellos “la mano que mece la cuna”; el día 27 Zenaido Meneses fijaba su postura: “acudí al gobierno a pedir la destitución del cuerpo policiaco de Tulancingo; entonces el profesor José Guadarrama (secretario de go-